Michael Moorcock

El misterio del lobo blanco



Ediciones Martinez Roca, S. A.

Colección dirigida por Alejo Cuervo

Traducción de Hernán Sabaté

Diseño cubierta: Llorenç Martí
Ilustración: Michael Whelan

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autori−zación escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendi−dos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos, así como la expor−tación e importación de esos ejemplares para su distribución en venta, fuera del ámbito de la Comunidad Económica Europea.

Título original: *The Weird ofthe White Wolf*

© 1967,1970,1977, Michael Moorcock
© 1989. Ediciones Martínez Roca, S. A.
Gran Via, 774, 7.°, 08013 Barcelona
ISBN 84−270−1386−8
Depósito legal B. 36.496−1989
Impreso por Romanyá/Valls, Verdaguer, 1, Capelladas (Barcelona)

Impreso en España - Printed in Spain

A la memoria de Ted Carnell, editor de New Worlds *y* Science Fantasy, *que publicó todas las primeras historias deElric, y me sugirió escribir la serie.*
Un hombre amable y generoso que me estimuló en mis primeros años y sin el que estos relatos no se hubieran escrito.

Prólogo
El sueño de Aubec

En este sueño conoceremos algo de cómo surgió la Edad de los Reinos Jóvenes y del papel que jugó la Dama Negra, Myshella, cuyo destino se vería más tarde entrelazado con el de Elric de Melniboné...

Desde la ventana sin cristales de la torre de piedra, era posible ver el ancho río que serpenteaba entre sus riberas, amplias y pardas, a través de un terreno ondulado de espe−sos sotos verdes que se confundían muy gradualmente con la masa de la foresta propiamente dicha. Y, al otro lado de la foresta se alzaba el acantilado gris y verde pálido. Su roca cubierta de líquenes, más oscura cuanto más arriba, termi−naba confundiéndose con las piedras -aún más enormes- de la base del castillo, que dominaba el terreno en tres di−recciones distrayendo toda atención del río, de las rocas y de la foresta. Sus muros eran altos y de recio granito, con numerosas torres: un tupido campo de torres agrupadas como para protegerse mutuamente.

Aubec de Malador se maravilló al verlo y se preguntó cómo era posible que lo hubieran construido manos huma−nas, salvo que hubiera intervenido la magia. Sombrío y mis−terioso, el castillo parecía poseer un aire desafiante, pues se levantaba en el mismo borde del mundo.

En aquel instante, el cielo encapotado bañaba con una extraña luz intensamente amarilla el costado occidental de las torres, haciendo más profunda la negrura donde no al−canzaba. Enormes huecos de cielo azul se abrían en la capa gris que cubría generalmente el lugar, y unas masas de nu−bes rojas se confundían con ésta, mezclándose para produ−cir una gama de tonos más amplia y matizada. Sin embargo, aunque el cielo era impresionante, no conseguía que la mi−rada se apartara de la serie de enormes despeñaderos crea−dos por la mano del hombre que constituían el castillo de Kaneloon.

El conde Aubec de Malador no se apartó de la ventana hasta que la oscuridad se hizo completa en el exterior, y fo−resta, acantilado y castillo no fueron más que sombras con−tra un fondo de negrura. Se pasó una mano recia y nudosa por la cabeza, casi calva, y se encaminó pensativo hasta el montón de paja que le hacía las veces de cama.

La paja estaba apilada en el nicho formado por un con−trafuerte y el muro exterior, y la estancia gozaba de buena iluminación gracias al farol del conde. El aire, en cambio, era frío cuando se acostó en la paja con la mano cerca de su espada, un mandoble de tamaño prodigioso que constituía su único armamento. La espada parecía forjada para un gi−gante -prácticamente, tal era el aspecto que ofrecía Aubec de Malador-, con su ancha cruceta, una poderosa empuña−dura incrustada de piedras preciosas y una hoja de cinco palmos, ancha y lisa. Junto al mandoble guardaba su arma−dura, vieja y resistente, y sobre ella se encontraba el casco, con las plumas negras de su parte superior algo deshilacha−das y ligeramente mecidas por la corriente de aire que pe−netraba por la ventana.

Malador dormía.

Sus sueños, como de costumbre, eran turbulentos. En ellos aparecían poderosos ejércitos avanzando por campos en llamas, estandartes que tremolaban con los blasones de un centenar de naciones, bosques de lanzas de relucientes puntas, mares de cascos erguidos, los sones valientes y sal−vajes de los cuernos de guerra, el retumbar de los cascos de los caballos y los cantos y gritos de los soldados. Eran sue−ños de tiempos pasados, cuando Aubec de Malador era jo−ven y había conquistado para la reina Eloarde de Klant todas las naciones del sur, casi hasta el confín del mundo. Sólo Ka−neloon, en el propio borde del mundo, había quedado ex−cluido de sus conquistas, y ello, debido a que ningún ejérci−to se atrevía a llegar hasta allí.

Para una persona de tan gloriosos antecedentes marcia−les, estos sueños resultaban sorprendentemente perturbadores, y Malador despertó varias veces esa noche, sacudien−do la cabeza en un intento de librarse de ellos.

Malador habría preferido soñar con Eloarde, aunque ella era la causa de su inquietud, pero la reina no apareció en el sueño; no vio su cabello negro y sedoso mecido al viento en torno a su pálido rostro, ni sus ojos verdes y sus labios en−cendidos, ni su porte altivo y desdeñoso. Eloarde le había nombrado para aquella empresa; Malador no la había em−prendido por propia voluntad, aunque no había tenido elección, puesto que, además de su dama, Eloarde era tam−bién su reina. El campeón era por tradición el amante de ésta, y Aubec de Malador no podía imaginar que las cosas pudieran ser de otra manera. Como campeón de Klant, su deber era obedecer y dejar el palacio para buscar a solas el castillo de Kaneloon, conquistarlo y declararlo parte del Imperio, para que pudiera decirse que los dominios de la reina Eloarde se extendían desde el mar del Dragón hasta el confín del mundo.

Más allá de éste no había nada, salvo los remolinos de materia del Caos informe que se extendía hasta la eternidad desde los acantilados de Kaneloon, turbio y bullente, multi−color, lleno de monstruosas semiformas, pues sólo la Tierra poseía leyes y estaba constituida de materia ordenada, que se movía a la deriva en el mar del Caos como había hecho durante eones.

Por la mañana, el conde Aubec de Malador apagó el farol que había dejado encendido toda la noche, se enfundó la cota de malla y las espinilleras, se colocó en la cabeza el cas−co de plumas negras, apoyó el mandoble en el hombro y sa−lió de la torre de piedra, el único resto que quedaba en pie de algún antiguo edificio.

Sus pies, calzados con botas de cuero, avanzaron trasta−billando entre unas piedras que parecían parcialmente di−sueltas, como si el Caos hubiera bañado una vez aquel lugar, en vez de batir las torres de Kaneloon. Tal cosa, sin embar−go, resultaba totalmente imposible, pues era bien sabido que los límites de la Tierra eran constantes.

El castillo de Kaneloon le había parecido más próximo la noche anterior, y Aubec se daba cuenta ahora de que ello se debía a su enorme tamaño. Siguió el curso del río hundiendo los pies en el suelo embarrado y aprovechando las grandes ramas de los árboles para protegerse del sol, que calentaba cada vez con más fuerza mientras se abría camino hacia los acantilados. Kaneloon quedaba ahora fuera de la vista, a gran altura sobre Aubec. Con cierta frecuencia, éste utilizaba la espada como un machete para abrirse paso en aquellos puntos donde el follaje era especialmente tupido.

Se detuvo varias veces a descansar y aprovechó para be−ber las frías aguas del río y refrescarse la cara y la cabeza. No tenía prisa; no tenía el menor deseo de visitar Kaneloon y le fastidiaba aquella interrupción de su vida junto a Eloarde, que creía haberse ganado merecidamente. También él sen−tía un temor supersticioso por el misterioso castillo que, se decía, sólo estaba habitado por un ocupante humano: la Dama Negra, una hechicera sin piedad que comandaba una legión de demonios y otras criaturas del Caos.

Contempló los acantilados a mediodía y divisó el sende−ro que conducía hacia su cima con una mezcla de preocu−pación y alivio. Había pensado que debería escalar los peñas−cos, pero no era un hombre que se decidiera por la ruta difícil cuando se presentaba una alternativa más fácil, de modo que hizo un lazo con una cuerda en torno a la espada y se la colgó al hombro, pues era demasiado larga y difícil de manejar para llevarla al costado. Luego, todavía de mal humor, empezó a ascender el sinuoso camino.

Las rocas cubiertas de líquenes eran evidentemente an−tiguas, en contradicción con las especulaciones de ciertos filósofos que se preguntaban por qué sólo se había oído ha−blar de Kaneloon desde hacía unas pocas generaciones. Au−bec de Malador compartía la respuesta más extendida a tal interrogante: que los exploradores no se habían aventurado tan lejos hasta tiempos relativamente recientes.

Volvió la mirada hacia atrás, sendero abajo, y vio a sus pies las copas de los árboles meciéndose ligeramente bajo la brisa. La torre en la que había pasado la noche apenas re−sultaba visible en la distancia, y el conde Aubec sabía que, más allá de ella, no había ninguna muestra de civilización, ningún puesto avanzado del hombre, en muchas jornadas de viaje hacia el norte, el este o el oeste... Al sur quedaría el Caos. Aubec no había estado nunca tan cerca del confín del mundo y se preguntó qué efecto tendría sobre su cerebro la visión de la materia informe.

Por fin llegó a la cima del acantilado y permaneció en pie con los brazos en jarras, contemplando el castillo que se alzaba a un par de kilómetros, con sus torres más altas ocultas tras las nubes y sus inmensas murallas incrustadas en la roca, que se extendían a lo lejos, limitadas a

ambos costados por el propio borde del acantilado. Y, más allá de éste, salpicando como la espuma marina a apenas unos palmos de la base del castillo, Aubec de Malador vio chapotear y agitarse la materia del Caos, predominantemente gris, azul, parda y amarilla en aquel momento, aunque sus colores eran cambiantes.

Le invadió una sensación de tan indescriptible profundidad que durante un largo rato no fue capaz de cambiar de postura, completamente abrumado por la percepción de su propia insignificancia. Finalmente se le ocurrió pensar que si alguien vivía en el castillo de Kaneloon debería tener una mente muy fuerte o estar loco; tras un suspiro, continuó ha−cia su objetivo y apreció que el terreno era perfectamente plano, inmaculado, de un tono verde obsidiana que refleja−ba de forma imperfecta la cambiante materia del Caos, de la que desvió su mirada cuanto pudo.

Kaneloon tenía muchas entradas, todas lóbregas e in−hóspitas y, de no haber sido de formas y tamaños regulares, habrían podido pasar por las bocas de otras tantas cavernas.

Malador hizo una pausa antes de decidir cuál tomaba y, acto seguido, se encaminó con manifiesta determinación hacia una de ellas. Penetró en una oscuridad que pareció prolongarse eternamente. El túnel era frío y estaba vacío, con la sola presencia de Aubec de Malador.

Muy pronto se perdió. Sus pasos no producían eco algu−no, lo cual le causó sorpresa; después, la negrura empezó a dar paso a una serie de perfiles angulosos, como los muros de un pasadizo serpenteante; unos muros que no llegaban al invisible techo, sino que terminaban a unos metros de altu−ra por encima de su cabeza. Estaba en un laberinto. Se detu−vo, volvió la vista atrás y vio con horror que el laberinto se retorcía en múltiples direcciones, aunque él estaba seguro de haber seguido en línea recta desde la entrada.

Por un instante la confusión embargó su mente y la lo−cura amenazó con adueñarse de él, pero luchó por contro−larse y desenvainó la espada, tembloroso. ¿Qué camino se−guir? Decidió continuar andando, incapaz de decir, ahora, si avanzaba hacia adelante o hacia atrás.

La locura que acechaba en las profundidades de su cere−bro se filtró hasta su conciencia y se convirtió en miedo. Y, siguiendo inmediatamente a la sensación de miedo, apare−cieron unas siluetas. Unas formas de movimientos veloces que surgían de diversas direcciones, maléficas, diabólicas, absolutamente horribles.

Una de aquellas criaturas se acercó a él y Aubec la golpeó con su espada. El ser huyó, aunque no pareció herido. Se acercó otro, y luego otro más, y Aubec olvidó su pánico mien−tras descargaba golpes a su alrededor, manteniendo a raya a las criaturas hasta que todas ellas hubieron huido. Entonces se detuvo y se apoyó, jadeando, sobre la espada. Luego, cuan−do miró a su alrededor, el miedo volvió a invadirle y aparecie−ron nuevas criaturas, seres de grandes ojos llameantes y te−mibles espolones, de rostro malévolo y burlón y de facciones casi familiares, algunas reconocibles como pertenecientes a viejos amigos y parientes, aunque retorcidas en horrorosas muecas paródicas. Soltó un grito y corrió hacia las criaturas enarbolando su enorme espada, lanzando golpes y tajos, has−ta dejar atrás a un grupo de ellas y doblar una esquina del la−berinto para encontrarse frente al siguiente grupo.

Una risa maliciosa recorrió los retorcidos pasadizos, si−guiéndole y precediéndole en su carrera. Aubec tropezó y cayó contra una pared. Al principio, la pared pareció de pie−dra sólida, pero luego, lentamente, se volvió blanda y el campeón se hundió en ella atravesándola, hasta tener la mi−tad del cuerpo en un corredor y la otra en otro. Terminó de cruzar la pared y, todavía a gatas en el suelo, alzó la cabeza y vio a Eloarde, pero una Eloarde cuyo rostro envejecía mien−tras Aubec lo miraba.

«Estoy loco -pensó-. ¿Es eso realidad o fantasía...? ¿O quizá ambas cosas?» Extendió una mano y gritó:

- ¡Eloarde!

La imagen desapareció, pero fue reemplazada por una horda de demonios. Aubec se incorporó y giró sobre sí mis−mo con la espada, pero los demonios se pusieron fuera de su alcance y Aubec les lanzó un rugido mientras avanzaba. Por un instante, concentrado en aquel ejercicio, el miedo le abandonó de nuevo y, al hacerlo, se desvanecieron también las visiones hasta que comprendió que

el miedo precedía a las diabólicas manifestaciones e intentó controlarlo.

Casi lo consiguió, esforzándose en tranquilizarse, pero el miedo volvió a surgir y las criaturas cobraron forma en las paredes con sus agudas voces llenas de maliciosa hilaridad.

Esta vez no las atacó con la espada, sino que se plantó donde estaba con toda la calma que pudo y se concentró en su propio estado mental. Al hacerlo, las criaturas empeza−ron a difuminarse y le pareció que se encontraba en un valle apacible, sosegado e idílico. Sin embargo, rondando cerca de su conciencia, le pareció ver los muros del laberinto dé−bilmente perfilados y unas formas repugnantes moviéndose aquí y allá por los innumerables pasadizos.

Cayó en la cuenta de que la visión del valle era tan iluso−ria como el laberinto y, con esta certeza, tanto el valle como el laberinto desaparecieron definitivamente y Aubec se en−contró en el enorme salón de un castillo que no podía ser otro que el de Kaneloon.

El salón estaba desierto aunque bien amueblado y no al−canzó a ver la fuente de luz que lo bañaba, brillante y unifor−me. Avanzó hacia una mesa sobre la cual se amontonaban unos rollos de pergamino y escuchó con agrado el eco de sus pasos. Enormes puertas claveteadas de metal se abrían en el salón, pero, de momento, decidió no investigarlas y se con−centró en el estudio de los pergaminos para saber si podían serle de ayuda para desvelar el misterio de Kaneloon.

Apoyó la espada contra la mesa y asió el primer rollo.

Era un hermoso ejemplar de vitela roja, pero las letras negras escritas en su interior no tenían ningún sentido para él y le dejaron desconcertado, pues, aunque los dialectos variaban de un lugar a otro, sólo había una lengua en todas las partes de la Tierra. Otro rollo mostraba signos diferentes y el tercero que abrió presentaba una serie de dibujos muy estilizados que se repetían aquí y allá de un modo que le hizo pensar que se trataba de algún tipo de alfabeto. Disgus−tado, dejó caer el pergamino, agarró la espada, exhaló un tremendo suspiro y gritó:

-¿Quién habita aquí? ¡Quienquiera que sea, ha de saber que Aubec, conde de Malador, campeón de Klant y con−quistador del sur, reclama este castillo en nombre de su rei−na Eloarde, emperatriz de todas las Tierras Meridionales!

Al gritar aquellas palabras familiares, Aubec se sintió un poco más tranquilo, pero no recibió respuesta. Levantó ligera−mente el casco y se rascó el cuello. Después tomó la espada, la apoyó en su hombro y se encaminó hacia la puerta más grande.

Antes de alcanzarla, la puerta se abrió de pronto y una cosa enorme de aspecto humano y manos como tenazas metálicas le sonrió.

Aubec retrocedió un paso y luego otro hasta que, vien−do que el ser no avanzaba, se detuvo y lo contempló.

Era aproximadamente un palmo más alto que él y tenía unos ojos ovalados de múltiples facetas que, por su natura−leza, parecían inexpresivos. Su rostro era anguloso y tenía un tono gris, metálico. La mayor parte de su cuerpo estaba formado también de metal bruñido, conjuntado y articula−do como si fuera una armadura. Sobre la cabeza llevaba un casco muy ceñido, claveteado de adornos de cobre. Produ−cía una sensación de tremendo e insensato poder, aunque no se movía.

- ¡Un golem! -exclamó el conde de Malador, creyen−do recordar de las leyendas tales criaturas fabricadas por el hombre-. ¡Qué magia te habrá creado!

El golem no respondió, pero sus manos, formadas en realidad por cuatro dedos metálicos cada una, empezaron a flexionarse lentamente. Continuó sonriendo.

Aquel ser no tenía la misma cualidad amorfa que sus an−teriores visiones. El golem era sólido, real y poderoso, y ni siquiera el valor y la fuerza de Aubec podían derrotarlo, por mucho que se esforzara. Sin embargo, el conde tampoco podía dar media vuelta y escapar.

Con un chirrido de articulaciones metálicas, el golem penetró en el salón y extendió sus manos bruñidas hacia el conde de Malador. Éste podía optar por atacar o por huir, pero lo segundo habría sido una necedad sin sentido. Deci−dió atacar.

Agarrando su gran espada con ambas manos, golpeó el flanco del torso, que parecía ser su zona más débil. El golem bajó el brazo y la espada golpeó contra el metal con un po−tente estrépito, provocando una vibración en la hoja que sacudió todo el cuerpo del campeón. Aubec retrocedió, trastabillando. El golem fue tras él sin la menor vacilación.

Malador volvió la vista atrás y escudriñó el salón con la esperanza de encontrar un arma más potente que la espada, pero sólo descubrió una serie de escudos ornamentales col−gados en la pared de la derecha. Echó a correr hacia allí, arrancó uno de los escudos de su panoplia y lo sujetó

a su brazo. Era una rodela ovalada muy ligera, formada por varías capas de madera trenzada. No es que fuera gran cosa como defensa, pero le hizo sentirse un poco mejor cuando se volvió de nuevo para hacer frente al golem.

Éste avanzó y Malador creyó advertir algo familiar en él, igual que le habían parecido conocidos los demonios del la−berinto, pero la impresión fue sólo vaga. Aubec se dijo que la extraña hechicería de Kaneloon estaba afectando su mente.

La criatura metálica alzó las tenazas de su mano derecha y lanzó un rápido golpe a la cabeza del conde, quien lo evitó levantando la espada para protegerse. Las tenazas chocaron con el arma y, de inmediato, el golem lanzó otro golpe con su brazo derecho al estómago de Aubec. El escudo paró el gol−pe, aunque las extremidades metálicas se clavaron profunda−mente en él. Aubec arrancó la rodela de las tenazas al tiempo que descargaba la espada en las articulaciones de las rodillas.

Con la mirada puesta aún en la lejanía, como si no tuvie−ra el menor interés en el hombre, el golem avanzó como un ciego mientras Aubec daba media vuelta y se encaramaba a la mesa, esparciendo los rollos de pergamino por el suelo. Desde su nueva posición, descargó un mandoble sobre la cabeza de la criatura y los adornos de cobre soltaron chis−pas mientras el metal y lo que contenía quedaban abollados. El golem se tambaleó y, a continuación, se agarró a la mesa y la levantó del suelo para obligar a Aubec a saltar. Esta vez, el conde de Malador corrió hacia la puerta y tiró del pica−porte, pero la hoja de madera no se abrió.

La espada estaba mellada y despuntada. Aubec dio la es−palda a la puerta mientras el golem extendía el brazo hacia él y descargaba su manaza metálica sobre el extremo supe−rior del escudo. Éste saltó hecho astillas y un dolor laceran−te recorrió el brazo del hombre. Se lanzó hacia el golem, pero no estaba habituado a manejar la gran espada de aque−lla manera y lanzó la estocada con torpeza.

Aubec sabía que estaba perdido. El ánimo y la habilidad en el combate no bastaban frente a la fuerza bruta del go−lem. Cuando éste lanzó su siguiente golpe, el hombre se hizo a un lado, pero uno de los dedos metálicos le alcanzó, atravesándole la armadura y, aunque de momento no sintió ningún dolor, vio que perdía sangre.

Se puso en pie, tambaleante, mientras se desembarazaba de los fragmentos de madera a que había quedado reducido el escudo y agarró con firmeza la espada.

«Este demonio sin alma no tiene puntos débiles -pen−só- y, como carece de verdadera inteligencia, no hay modo de hacerle entrar en razón. ¿Qué puede temer un golem?»

La respuesta era simple. El golem sólo temería algo tan fuerte o más que él mismo.

Aubec debía utilizar la astucia.

Corrió hacia la mesa volcada con el golem tras él, saltó sobre la mesa y giró sobre sus talones. Vio que el golem tro−pezaba con el obstáculo pero, contrariamente a sus espe−ranzas, no cayó. Pese a ello, el tropiezo retrasó a la criatura metálica y Aubec aprovechó la ocasión para correr hacia la puerta por la que había entrado el golem. La hoja se abrió, y el hombre se encontró en un pasadizo serpenteante, en−vuelto en profundas sombras, no muy diferente del laberin−to que había encontrado a su llegada a Kaneloon. La puerta se cerró, pero Aubec no encontró nada con que atrancarla. Corrió pasadizo arriba antes de que el golem derribara la puerta a golpes y continuara su persecución con pasos tor−pes pero apresurados.

El corredor se retorcía en todas direcciones, y aunque había momentos en los que no podía ver al golem, Aubec no dejaba de escucharlo y le embargó el temor enfermizo de que, en cualquier momento, podía doblar una esquina y encontrarse justo delante de él. No sucedió así, sino que lle−gó ante una puerta y, tras abrirla y cruzar su umbral, se en−contró de nuevo en el salón del castillo de Kaneloon.

Casi se tranquilizó de haber llegado a aquel lugar que ya conocía, pero pronto escuchó el chirrido de las piezas metá−licas del golem, que continuaba persiguiéndole. Aubec nece−sitaba otro escudo, pero la parte del salón donde ahora se en−contraba carecía de panoplias. La pared sólo contenía un es−pejo grande y redondo de brillante metal pulimentado. Era demasiado pesado para que le sirviera de ayuda, pero lo aga−rró y lo descolgó de los ganchos que lo sostenían. El espejo cayó al suelo con un fuerte estrépito y se apresuró a levantar−lo, arrastrándolo con él mientras se alejaba a trompicones del golem, que acababa de aparecer de nuevo en la estancia.

Utilizando las cadenas de las que había estado colgado el espejo, Aubec sujetó el gran objeto

ante él y, cuando el go−lem aumentó su velocidad y se lanzó sobre él, levantó el im−provisado escudo.

El golem lanzó un alarido.

Aubec de Malador se quedó asombrado. El monstruo se detuvo de inmediato y se apartó del espejo, como enco−giéndose. Aubec adelantó el metal bruñido hacia el golem, y el ser dio media vuelta y huyó por la puerta que acababa de cruzar, soltando un aullido metálico.

Aliviado a la vez que desconcertado, Aubec se sentó en el suelo y estudió el espejo. Aunque de buena calidad, no había en él nada mágico, desde luego. Sonrió y exclamó en voz alta:

-Esa criatura se ha asustado de algo, sin duda. ¡Se ha es−pantado de sí misma! -Echó la cabeza hacia atrás y se rió a carcajadas, ahora más tranquilo. Después, frunció el ceño y añadió-: ¡Ahora tengo que encontrar a los hechiceros que la han creado para vengarme de ellos!

Se puso en pie, sujetó con más fuerza las cadenas del es−pejo en torno al brazo y se dirigió hacia otra puerta, rece−lando de que el golem hubiera completado el circuito del laberinto y apareciera de nuevo por la misma puerta de an−tes. Cuando comprobó que la puerta no se abría, levantó la espada y la descargó sobre la cerradura como si fuera un ha−cha hasta que cedió. Penetró en un pasadizo bien ilumina−do, al final del cual parecía haber otra estancia. La puerta es−taba abierta.

Mientras avanzaba por el pasadizo, un olor almizcleño llegó a su olfato. Era un aroma que le recordó a Eloarde y las comodidades de Klant.

Cuando llegó a la cámara circular, vio que se trataba de un dormitorio, la alcoba de una mujer, impregnado de la fragancia que había percibido en el pasillo. Controló la di−rección que adoptaba su mente, pensó en Klant y en la leal−tad que debía a su tierra, y se dirigió hacia otra puerta que conducía fuera de la alcoba. Tiró de ella hasta abrirla y des−cubrió una escalera de piedra que ascendía en espiral. La su−bió y pasó junto a unas ventanas cuyos cristales parecían de esmeralda o de rubí; tras ellos parpadeaban unas formas en sombras, y Aubec comprendió que se hallaba en el lado del castillo que daba a la inmensidad del Caos.

La escalera parecía conducir a una torre y, cuando al−canzó por fin la portezuela de su parte superior, Aubec esta−ba sin aliento y se detuvo unos instantes antes de entrar. Después, abrió la portezuela de un empujón y entró en el habitáculo de la cúspide.

En uno de los muros se abría un enorme ventanal, un mirador de cristal transparente a través del cual podían ver−se las oleadas de la siniestra materia del Caos. Junto al ven−tanal, de pie, una mujer le miraba como si estuviera espe−rándole.

-Realmente eres un campeón, conde Aubec -dijo la mujer con una sonrisa que tal vez quería ser irónica.

-¿Cómo es que conoces mi nombre?

-No es por arte de magia que lo sé, conde de Malador: tú mismo lo has gritado con suficiente fuerza en el momen−to en que has visto el salón en su verdadera forma.

-¿Y no ha sido eso obra de brujería? -replicó Aubec con displicencia-. ¿El laberinto, los demonios..., incluso el valle? ¿No es el golem producto de la magia? ¿No es obra de la hechicería todo este castillo maldito?

-Puedes llamarlo así si quieres, ya que ignoras la ver−dad -replicó la mujer encogiéndose de hombros-. La ma−gia, en tu mente al menos, es un saber imperfecto que sólo proporciona un ligero indicio de los poderes verdaderos que existen en el universo.

Aubec no respondió, algo impaciente al escuchar tales afirmaciones. Observando a los filósofos de Klant, había ad−vertido que las palabras misteriosas solían ser disfraces de cosas e ideas muy comunes. Así pues, lanzó a la mujer una mirada abierta y enfurruñada.

Su interlocutora era rubia, de ojos verdeazulados y fac−ciones suaves. Su larga túnica era de un color parecido al de sus ojos. Poseía una gran y enigmática belleza y, como todos los habitantes de Kaneloon que había encontrado hasta en−tonces, le resultaba ligeramente familiar.

-¿Reconoces Kaneloon? -preguntó la hermosa desco−nocida.

-Ya basta -respondió él, sin hacer caso de la pregun−ta-. ¡Llévame ante los dueños de este lugar!

-No hay aquí nadie más que yo, Myshella, la Dama Ne−gra. Y soy la dueña.

-¿Y sólo para encontrarte a ti he vencido tantos peli−gros? -replicó Aubec, decepcionado.

-En efecto... Y unos peligros mayores de lo que imagi−nas, conde Aubec. ¡Esos monstruos que

viste nacían de tu propia imaginación!

-No te burles de mí, Dama Negra.

-Hablo sinceramente -se echó a reír ella-. El castillo crea sus defensas a partir de la propia mente. Raro es el hombre que pueda hacer frente y vencer a su imaginación. Ninguno ha conseguido encontrarme aquí en doscientos años. Desde esa fecha, todos han muerto de miedo..., has−ta hoy.

La mujer le sonrió. Su sonrisa fue cálida.

-¿Y cuál es el premio para tan gran hazaña? -replicó él con aspereza.

La Dama Negra se rió otra vez y señaló hacia la ventana que se abría sobre el confín del mundo y el Caos más allá.

-Ahí fuera, nada existe todavía. Si te aventuras en ello, deberás enfrentarte de nuevo con las criaturas de tu propia fantasía oculta, pues no existe nada más que ver.

Se volvió hacia Aubec con admiración y él carraspeó, in−cómodo.

-De vez en cuando -continuó ella-, llega a Kaneloon un hombre capaz de soportar tal prueba. Entonces pueden ensancharse los confines del mundo, pues, cuando un hom−bre resiste ante el Caos, éste debe retroceder y cobran exis−tencia nuevas tierras.

- ¡De modo que éste es el destino que tienes en mente para mí, hechicera!

Ella le miró casi con timidez. Su belleza pareció intensi−ficarse cuando Aubec la miró. Asió la empuñadura de la es−pada, apretándola con fuerza mientras la mujer avanzaba con elegancia hasta él y le tocaba, como por casualidad.

-Existe una recompensa a tu valor. -Le miró a los ojos y no dijo una palabra más acerca del premio, pues era evi−dente cuál era el que ofrecía-. Y después..., cumple mis de−seos y enfréntate al Caos.

-Mi dama, ¿no sabes que el rito exige del campeón de Klant que sea el fiel consorte de la reina? -Aubec soltó una risa retumbante-. He venido aquí a eliminar una amenaza para las tierras de mi reina, no para ser tu amante y lacayo.

-Aquí no hay ninguna amenaza.

-Eso parecer cierto...

La Dama Negra retrocedió unos pasos como si volviera a estudiarle. Para ella, aquello no tenía precedentes; hasta entonces, nadie había rechazado su ofrecimiento. Aquel hombre recio, que conjugaba tan bien valor e imaginación, le gustaba. Era increíble, se dijo, cómo podían arraigar en unos pocos siglos las tradiciones..., unas tradiciones que po−dían unir a un hombre con una mujer a la que, probable−mente, ni siquiera amaba. Miró a Aubec, plantado delante de ella con el cuerpo tenso y el gesto nervioso.

-Olvida Klant -le dijo-. Piensa en el poder que ten−drás en tu mano. ¡El verdadero poder de la creación!

-Mi dama, reclamo este castillo para Klant. Esto es lo que he venido a hacer, y lo cumpliré. Si salgo de aquí con vida, seré reconocido como su conquistador y tú acatarás la situación.

Ella apenas le escuchó. Estaba pensando en diversos pla−nes para convencerle de que su causa era más importante que la de él. ¿Tal vez podía seducirle todavía? ¿O utilizar al−guna pócima para embrujarle? No, aquel hombre era dema−siado fuerte para cualquiera de ambas cosas; era preciso idear otra estratagema.

La Dama Negra notó que sus pechos se henchían invo−luntariamente cuando miró al conde. Habría preferido se−ducirle. Conseguirlo había sido siempre un premio, tanto para ella como para los héroes que habían vencido los peli−gros de Kaneloon en el pasado. Entonces, al fin, creyó tener el argumento decisivo.

-Piensa, conde Aubec -le susurró-. Piensa... ¡Nuevas tierras para el Imperio de tu reina! Él frunció el ceño.

-¿Por qué no extender aún más los límites del Imperio? -continuó ella-. ¿Por qué no crear nuevos territorios?

La Dama Negra le miró con nerviosismo mientras él se quitaba el yelmo y se rascaba la cabeza, robusta y calva.

-Por fin has dicho algo con sentido -murmuró, vaci−lante.

-Piensa en los honores que recibirías en Klant si logra−ses conquistar no sólo Kaneloon, sino también lo que hay más allá...

-Es cierto -dijo Aubec, acariciándose el mentón-. Es cierto...

Sus pobladas cejas aparecían ahora intensamente frun−cidas.

-Nuevas llanuras, nuevas montañas, nuevos mares..., nuevas poblaciones, incluso... ¡ciudades enteras llenas de gente recién surgida y, sin embargo, con el recuerdo de gene−raciones de antepasados tras ella! Todo esto puedes hacerlo tú, conde de Malador... ¡Por la reina Eloarde y por Lormyr!

Una leve sonrisa cruzó el rostro de Aubec, prendida al fin su imaginación.

- ¡Es cierto! Si puedo vencer tales peligros aquí... ¡tam−bién puedo hacerlo ahí fuera! ¡Será la mayor aventura de la historia! ¡Mi nombre se hará legendario! ¡Malador, señor del Caos!

La mujer le dirigió una mirada de ternura, aunque casi le había engañado. Aubec se colgó la espada al hombro.

-Lo intentaré, Dama Negra.

Los dos permanecieron juntos ante la ventana contem−plando la materia que formaba el Caos, cuchicheando y me−ciéndose interminablemente. La mujer nunca había termina−do de acostumbrarse a su presencia, pues cambiaba sin cesar. En aquel instante, entre sus revueltos colores predominaban el rojo y el negro. Zarcillos de violeta y anaranjados surgían en espirales en la masa informe y se deshacían serpenteando.

Formas extrañas se movían velozmente en la materia del Caos, con sus siluetas nunca detalladas, nunca reconoci−bles con claridad.

-Los Señores del Caos dominaban este territorio -dijo Aubec-. ¿Qué dirán a mi intromisión?

-No pueden decir nada, y, además, pueden hacer muy poco. Incluso ellos deben obedecer la ley del Equilibrio Cósmico que ordena que, si el hombre resiste al Caos, éste seguirá sus mandatos y se hará Orden. Así es como crece la Tierra, poco a poco.

-¿Cómo entraré?

Myshella aprovechó la ocasión para sujetar su brazo ro−busto y musculoso y señalar con él por la ventana.

-Mira... Ahí... Hay un sendero que conduce desde esta torre hasta el acantilado, ¿lo ves? -dijo, lanzándole una pe−netrante mirada.

-¡Ah, sí! No lo había visto hasta ahora. Un sendero.

La mujer, detrás de él, sonrió para sí.

-Voy a quitar la barrera -informó. Aubec se ajustó el casco a la cabeza y declaró solemne−mente:

- ¡Por Klant y Eloarde, y sólo por ellos, me embarco en esta aventura!

La Dama Negra se acercó a la pared y subió la ventana. Aubec no la miró siquiera cuando inició su avance por el sendero hacia la niebla multicolor.

Mientras le veía desaparecer, ella sonrió. Qué fácil era engañar al hombre más fuerte simulando seguirle la co−rriente. Quizá añadiría tierras a su Imperio, pero tal vez en−contraría a sus pobladores reacios a aceptar a Eloarde como emperatriz. De hecho, si Aubec hacía bien su trabajo, quizá estaría creando a Klant una amenaza mayor de la que había supuesto Kaneloon.

Y, con todo, Myshella admiró a aquel hombre, se sintió atraída por él. Tal vez porque no le había resultado tan ac−cesible como aquel héroe anterior, que había ganado la tie−rra del propio Aubec al Caos hacía apenas doscientos años. ¡Ah, aquél había sido un gran hombre! Pero él, como la ma−yoría de quienes le precedieron, no había necesitado más persuasión que la promesa de su cuerpo.

La debilidad del conde Aubec había residido en su fuer−za, se dijo cuando él ya había desaparecido en la densa niebla.

Le entristecía un poco que, en esta ocasión, la ejecución de la tarea encomendada a ella por los Señores del Orden no le hubiera producido el habitual placer.

Y, sin embargo, se dijo, tal vez sentía un placer más sutil en la demostración de firmeza del hombre y en los medios que había utilizado para convencerle.

Durante siglos, los Señores del Orden le habían confia−do Kaneloon y sus secretos, pero el progreso había sido len−to, pues eran contados los héroes que podían sobrevivir a los peligros de Kaneloon; contados quienes podían vencer los peligros creados por ellos mismos.

Sin embargo, la tarea tenía sus recompensas, decidió fi−nalmente con una ligera sonrisa en los labios. Se encaminó a otra estancia para preparar la transición del castillo a la nue−va era del

mundo.

Así fueron sembradas las semillas de la Era de los Reinos Jóvenes, la Era del Hombre, que iba a producir la caída de Melniboné.

LIBRO PRIMERO

La Ciudad de Ensueño

Que cuenta el regreso de Elric a Imrryr, qué hizo allí, y cómo,
al fin, su destino cayó sobre él...

1

-¿Qué hora es?

El hombre de la barba negra se despojó de su yelmo do−rado y lo arrojó lejos de sí, sin impórtale dónde cayera. Se quitó los guanteletes de cuero y se acercó al fuego crepi−tante del hogar para que el calor impregnara sus huesos helados.

-La medianoche pasó hace mucho rato -gruñó otro de los hombres armados congregados en torno a las lla−mas-. ¿Sigues estando seguro de que vendrá?

-Tiene fama de ser un hombre de palabra, si eso te tranquiliza -intervino un tercero.

Quien así hablaba era un joven alto y de facciones páli−das cuyos finos labios formaron las palabras y las escupie−ron con un tonillo malicioso. El joven exhibió una sonrisa lobuna y contempló al recién llegado directamente a los ojos con un aire burlón.

El hombre que acababa de entrar le volvió la espalda en−cogiéndose de hombros.

-A pesar de ese tono irónico, tienes razón en lo que di−ces, Yaris. Veréis como no tarda en aparecer -afirmó.

Sin embargo, sus palabras eran las de quien desea, sobre todo, tranquilizarse a sí mismo.

Ahora eran seis los hombres reunidos en torno al fuego. El sexto era Smiorgan, el conde Smiorgan el Calvo de las Ciudades Púrpura, un hombre bajo y corpulento de cincuenta años de edad, con un rostro cruzado de cicatrices y parcialmente cubierto por una mata tupida de vello negro azabache. Sus ojos llameaban malhumorados y sus dedos, cortos y rechonchos, jugueteaban, nerviosos, con la rica empuñadura de su espada. Smiorgan tenía la cabeza absolu−tamente pelada, lo cual daba origen a su apodo, y sobre su armadura dorada y llena de adornos le caía una capa ancha de lana, teñida de color púrpura.

-Nuestro hombre no le tiene ningún cariño a su primo -afirmó Smiorgan con voz apagada-. Se ha vuelto un amar−gado. Yyrkoon ocupa el Trono de Rubí en su lugar y le ha proclamado traidor y fugitivo de la ley. Elric nos necesita si quiere recuperar su trono y a su prometida. Podemos con−fiar en él.

-Esta noche estás lleno de confianza, conde -replicó Yaris con otra leve sonrisa-. Algo muy raro en los tiempos que corren. Lo que yo propongo es que...

Hizo una pausa y exhaló un profundo suspiro mientras observaba a sus compañeros. Su mirada pasó de Dharmit de Jharkor, con su cara chupada, a Fadan de Lormyr, que man−tenía apretados sus labios carnosos mientras contemplaba fijamente las llamas.

-Habla, Yaris -le instó malhumorado Nación, el vilmariano de facciones patricias-. Escuchemos qué tienes que decirnos, muchacho, si merece la pena prestar aten−ción.

Yaris se volvió hacia Jiku el Dandi, quien bostezó grose−ramente y se rascó su larga nariz.

-¿Y bien, Yaris, qué ibas a decir? -añadió Smiorgan, impaciente.

-Lo que propongo es que nos pongamos en acción ahora mismo y no perdamos más tiempo esperando a los ca−prichos de Elric. Seguro que en este momento está riéndose de nosotros en alguna taberna a cien leguas de aquí..., o tal vez esté con los Príncipes de los Dragones, preparando al−guna trampa contra nosotros. Llevamos años preparando esta expedición y tenemos poco tiempo para lanzar el ata−que, pues nuestra flota es demasiado grande, demasiado conspicua. Aunque Elric no nos haya traicionado, muy pronto habrá un montón de espías corriendo hacia el este para avisar a los Príncipes de los Dragones de que se ha reu−nido una enorme escuadra contra ellos. Nos disponemos a adueñarnos de una fortuna fantástica, a vencer a la mayor ciudad comercial del mundo y a saquear sus incalculables riquezas..., o a encontrar una muerte horrible a manos de sus Príncipes, si esperamos demasiado. No perdamos más el tiempo e icemos velas antes de que nuestra presa se entere del plan y prepare refuerzos.

-Siempre has estado demasiado dispuesto a desconfiar de todo el mundo, Yaris -respondió el

rey Nación de Vilmir con palabras lentas y medidas, dirigiendo una mirada de desdén al joven de facciones tensas-. No podríamos alcan−zar Imrryr sin los conocimientos de Elric sobre el laberinto de canales que conduce a sus puertos secretos. Si Elric no viene con nosotros, nuestra empresa será estéril y vana. Le necesitamos. Tenemos que esperarle, o abandonar nuestros planes y regresar a nuestras casas.

-Al menos, yo estoy dispuesto a correr el riesgo -au−lló Yaris, despidiendo cólera por sus ojos sesgados-. Te es−tás volviendo viejo..., todos lo estáis. Los tesoros no se con−quistan con tiento y precaución, sino lanzándose a un ata−que rápido y temerario.

- ¡Estúpido! -replicó la voz atronadora de Dharmit. Una triste risotada recorrió el salón bañado por las llamas-. Yo también hablé así en mi juventud... y pronto perdí toda una flota de buenas naves. La astucia, junto a los aconteci−mientos de Elric, nos darán Imrryr... Eso, y la escuadra más poderosa que ha navegado por el mar de los Suspiros desde que los estandartes de Melniboné ondeaban sobre todas las naciones de la Tierra. Aquí estamos todos ahora, los Señores del Mar, más poderosos del mundo, al mando cada uno de nosotros de un centenar de veloces navíos. Nuestros nom−bres son temidos y famosos y nuestras flotas devastan las costas de multitud de naciones menos fuertes. ¡El poder está en nuestras manos!

Dharmit cerró su gran puño y lo movió frente al rostro de Yaris. Su tono de voz se hizo más controlado y lanzó una sonrisa maliciosa, observando al joven y escogiendo sus pa−labras con precisión:

-Pero todo esto no tiene valor ni sentido sin el poder que posee Elric. El suyo es el poder del conocimiento, de la hechicería, si preferís usar la palabra maldita. Sus padres co−nocían el laberinto que protege Imrryr de los ataques desde el mar, y le transmitieron el secreto. Imrryr, la Ciudad de Ensueño, duerme en paz, y así continuará haciéndolo a me−nos que tengamos una guía para ayudarnos a mantener un buen rumbo entre los traicioneros canales navegables que conducen a sus puertos. Necesitamos a Elric; nosotros lo sa−bemos y él también. ¡Ésta es la verdad!

-La confianza que expresáis, caballeros, resulta reconfortable.

Había un tonillo de ironía en la voz profunda que surgió de la entrada del salón. Las cabezas de los seis Señores del Mar se volvieron de inmediato hacia la puerta.

La confianza en sí mismo que acababa de demostrar Yaris desapareció tan pronto como sus ojos se cruzaron con los de Elric de Melniboné. Los de éste eran unos ojos de vie−jo en un rostro juvenil, de finos rasgos. Eran unos ojos car−mesí que miraban a la eternidad. Yaris notó un escalofrío y volvió la espalda a Elric, prefiriendo contemplar el brillante resplandor del fuego.

Elric dirigió una cálida sonrisa al conde Smiorgan cuan−do éste le puso la mano en el hombro. Entre los dos existía una cierta amistad. Después, hizo un gesto condescendien−te de asentimiento a los otros cuatro y se acercó al fuego con paso elegante y ligero. Yaris se hizo a un lado para de−jarle pasar. Elric era alto, de anchas espaldas y cintura estre−cha. Llevaba su larga melena recogida y sujeta a la nuca y, por alguna oscura razón, parecía disfrazado con las ropas de los bárbaros del sur. Vestía unas botas altas hasta las rodillas de suave piel de gamuza, un peto de plata con extraños di−bujos labrados en él, un chaleco de lino a cuadros blancos y azules, unos calzones de lana escarlata y una capa de suave terciopelo verde. Al cinto portaba su espada mágica de ne−gro acero, la temida *Tormentosa* que había forjado una ma−gia antigua y extraña.

Su extravagante indumentaria resultaba de pésimo gus−to y no se adecuaba en absoluto a su rostro sensible y a sus manos de largos dedos, casi delicadas, pero Elric hacía os−tentación de ella porque contribuía a destacar el hecho de que no pertenecía a ninguna compañía, de que era un des−terrado y un solitario. Sin embargo, en realidad, poco nece−sitaba dar un aspecto tan estrafalario, pues sus ojos y su piel bastaban para distinguirle sin la menor duda.

Elric, último señor de Melniboné, era un albino puro que obtenía su poder de alguna fuente secreta y terrible.

-Bueno, Elric -suspiró Smiorgan-, ¿cuándo salimos hacia Imrryr?

-Cuando vosotros queráis; a mí me da igual -respon−dió Elric encogiéndose de hombros-. Concededme un poco de tiempo para ultimar ciertos asuntos.

-¿Mañana? ¿Podemos levar anclas mañana? -intervino Yaris con un cierto titubeo, conocedor del extraño poder adormecido en el interior de aquel hombre al que hacía unos minutos había acusado de traición.

Elric sonrió en respuesta a la impaciencia del joven.

-Dentro de tres días -respondió-. Tres días..., o más.

- ¡Tres días! ¡Imrryr ya habrá sido advertida de nuestra presencia para entonces! -exclamó el grueso y cauto Fadan.

-Yo me ocuparé de que la flota no sea encontrada -prometió Elric - . Pero antes tengo que ir a Imrryr... y regresar.

-No podrás hacer el viaje en tres días; ni el barco más rápido puede conseguirlo -replicó Smiorgan.

-Estaré en la Ciudad de Ensueño en menos de un día -afirmó Elric con voz suave pero rotunda.

-Si tú lo dices -respondió Smiorgan encogiéndose de hombros-, lo creeré... Pero ¿a qué viene esta necesidad de visitar la ciudad antes del ataque?

-Tengo mis motivos de conciencia para hacerlo, con−de Smiorgan, pero no os preocupéis, no voy a traicionaros. Yo mismo dirigiré el ataque, estad seguros de ello.

Su rostro lívido como la muerte recibía la luz espectral del fuego y sus ojos encendidos parecían flamear. Una de sus finas manos asía con firmeza la empuñadura de su espa−da mágica y su respiración parecía más profunda.

-Imrryr cayó, en espíritu, hace quinientos años -si−guió-; muy pronto, su caída será completa... y definitiva. Tengo que cobrarme una pequeña deuda y ésta es la única razón de que os ayude. Como sabéis, sólo he puesto algunas condiciones; que arraséis la ciudad hasta no dejar piedra so−bre piedra, y que cierto hombre y cierta mujer no sufran daño alguno. Me refiero a mi primo, Yyrkoon, y a su herma−na, Cymoril...

Yaris notó desagradablemente secos sus finos labios. Gran parte de su actitud arrogante se debía a la temprana muerte de su padre. El viejo rey del mar había muerto dejando al joven Yaris como nuevo monarca de sus tierras y sus flotas. Yaris no estaba nada seguro de sus capacidades para gobernar un reino tan inmenso y trataba de aparentar más confianza de la que realmente sentía.

-¿Cómo vamos a ocultar la flota, Elric? -quiso saber.

-Yo os ocultaré -prometió el melnibonés en respues−ta a su inquietud-. Ahora voy a ocuparme de ello, pero an−tes comprobad que todos vuestros hombres están fuera de los barcos. ¿Te encargarás de eso, Smiorgan?

-Ahora mismo -respondió con voz atronadora el cor−pulento conde.

Smiorgan y Elric salieron juntos del salón dejando tras ellos a cinco hombres, cinco guerreros que notaron una atmósfera helada, llena de malos presagios, en el caldeado salón.

«¿Cómo podrá esconder una escuadra tan poderosa si nosotros, que conocemos este fiordo mejor que nadie, no hemos encontrado dónde hacerlo?», se preguntó Dharmit de Jharkor, desconcertado.

Nadie le respondió.

Tensos y nerviosos, aguardaron mientras el fuego parpa−deaba débilmente y se apagaba sin que nadie lo atendiera. Finalmente, Smiorgan regresó dando grandes zancadas. Ve−nía envuelto en una bruma fantasmal de miedo, un aura casi tangible, y era presa de unos temblores incontenibles. Unas sacudidas tremendas, torturadoras, recorrían su cuerpo y tenía la respiración muy acelerada.

-¿Y bien? ¿Ha ocultado Elric nuestra flota... en un abrir y cerrar de ojos? ¿Qué has hecho? -exclamó Dharmit, im−paciente, al tiempo que decidía no prestar atención al es−pantoso estado de Smiorgan.

-La ha escondido.

Fue lo único que Smiorgan pudo decir y no surgió de su boca más que un hilillo de voz, como el de un hombre en−fermo y consumido por la fiebre.

Yaris dio unos pasos hasta la entrada y concentró la mi−rada más allá de las laderas del fiordo, salpicadas de fuegos de campamento encendidos. Probó a distinguir la silueta de los mástiles y las velas de los navios, pero no alcanzó a ver nada.

-La niebla nocturna es demasiado espesa -murmu−ró-. No consigo apreciar si nuestros barcos están anclados en el fiordo o no. -Instantes después, soltó una exclama−ción involuntaria al observar un rostro blanco que surgía de la densa bruma-. Saludos, Elric -balbuceó, advirtiendo el sudor en las tensas facciones del melnibonés.

Elric pasó a su lado tambaleándose, y entró en el salón.

-Vino -murmuró-. He hecho lo necesario y me ha costado un gran esfuerzo.

Dharmit tomó una jarra del fuerte vino de Cadsandria y, con mano temblorosa, llenó un cuenco de madera tallada. Sin una palabra, lo pasó a Elric, quien lo apuró con rapidez.

-Ahora dormiré un poco -dijo a continuación, recos−tándose en un sillón y envolviéndose en su

capa verde.

Cerró sus ojos carmesí desconcertantes y cayó en un so−por nacido de la más absoluta fatiga.

Fadan se acercó hasta la puerta, la cerró y pasó la sólida tranca de hierro para asegurarla.

Ninguno de los seis durmió mucho esa noche. Por la mañana, la puerta apareció abierta y Elric no estaba en el si−llón. Cuando salieron al exterior, la niebla era tan densa que pronto se perdieron de vista entre ellos, aunque apenas les separaban un par de palmos.

Elric estaba de pie, con las piernas abiertas, en la grava de la estrecha playa. Volvió la cabeza hacia la entrada del fiordo y vio con satisfacción que la niebla seguía haciéndo−se más compacta, aunque sólo se extendía sobre el fiordo en sí, ocultando a la potente flota. Alrededor, el cielo estaba despejado y un pálido sol invernal se reflejaba intensamen−te en las rocas negras de los tortuosos acantilados que do−minaban la costa. Ante él, el mar se alzaba y caía monótona−mente, como el pecho de algún gigante marino dormido, gris y puro, brillante bajo la fría luz solar. Elric pasó los de−dos por los relieves de la empuñadura de su negra espada y un viento constante del norte hizo volar los amplios plie−gues de su capa verde, envolviendo su cuerpo alto y enjuto.

El albino se sentía mejor que la noche anterior, cuando había gastado todas sus fuerzas en conjurar la niebla. Era un profundo conocedor del arte de la magia natural, pero no tenía las reservas de energías que habían poseído los Hechi−ceros Emperadores de Melniboné cuando gobernaban el mundo. Sus antepasados le habían transmitido sus conocimientos, pero no su vitalidad mística; muchos de los conju−ros y secretos que conocía estaban fuera de su alcance por−que no tenía los recursos, tanto espirituales como físicos, para llevarlos a cabo. Y, en cuanto a aquellos conocimien−tos. Elric sólo sabía de otro hombre que los igualara: su pri−mo Yyrkoon. Su mano se cerró con más fuerza en torno a la empuñadura de la espada al pensar en su primo, que había traicionado su confianza por dos veces, y se obligó a con−centrarse en su tarea del momento: pronunciar los conjuros que le ayudarían en el viaje a la isla de los Príncipes de los Dragones, cuya única ciudad, Imrryr la Bella, era el objetivo de la coalición de los Señores del Mar.

Amarrada a la orilla había una pequeña chalupa de vela, la minúscula embarcación de Elric, sólida y mucho más re−sistente y vieja de lo que parecía. El mar inquieto levantaba espuma en torno a sus cuadernas con la retirada de la ma−rea, y Elric advirtió que le quedaba poco tiempo para ejecu−tar sus hechizos favorables.

Tensó el cuerpo y puso en blanco su mente consciente, para invocar secretos de las oscuras profundidades de su mente. Meciéndose de un lado a otro, con los ojos abiertos sin ver y los brazos extendidos delante del cuerpo ejecu−tando signos profanos en el aire, empezó a hablar en tono monocorde y sibilante. Poco a poco, su tono de voz se ele−vó, recordando el aullido lejano de una ventolera al acer−carse; luego, de pronto, la voz se hizo aún más aguda hasta convertirse en un aullido salvaje dirigido a los cielos, y el aire empezó a temblar y a estremecerse. Siluetas en som−bras empezaron a cobrar forma lentamente sin permanecer quietas un instante, danzando veloces en torno al cuerpo de Elric mientras éste echaba a andar con las piernas rígidas hacia su embarcación.

Su voz, en sus insistentes aullidos que invocaban a los espíritus del viento, era inhumana. Los *silfos* de la brisa, los *sharnahs* creadores de galeras, los *h'Haarshanns* autores de torbellinos. Nebulosos e informes, los espíritus giraron en torno a él mientras Elric invocaba su ayuda con las pala−bras extrañas de sus antepasados que, eras atrás, habían rea−lizado pactos impensables con los espíritus para procurarse sus servicios.

Con las extremidades rígidas todavía, Elric subió a la chalupa y, como un autómata, sus manos izaron la vela y la ajustaron. Entonces, una gran ola surgió del plácido mar, elevándose más y más hasta cernerse como una montaña sobre la pequeña embarcación. Con un violento fragor el agua se desplomó ante la chalupa, la levantó y la lanzó fuera del fiordo, a mar abierto. Sentado a popa con los ojos en blanco, Elric continuó su siniestra salmodia mágica mien−tras los espíritus del aire tomaban la vela e impulsaban la embarcación sobre las aguas más de prisa de lo que podría navegar cualquier barco mortal. Y, en todo instante, el aulli−do ensordecedor e impío de los espíritus desatados llenó el aire en torno a la barca mientras la costa desaparecía y lo único que quedaba a la vista era el mar abierto.

2

Y así fue, con los demonios del viento por compañeros de viaje, como regresó Elric, último príncipe de la estirpe real de Melniboné, a la última ciudad que todavía goberna−ba su raza; la última ciudad y la muestra final de la arquitec−tura melnibonesa. Los rosa difuminados y los sutiles matices amarillos de sus torres más próximas aparecieron antes sus ojos horas después de que Elric saliera del fiordo; una vez junto a la costa, los espíritus dejaron la embarcación y vola−ron de vuelta a sus guaridas secretas entre los picos de las montañas más altas del mundo. Elric despertó entonces de su trance y contempló con renovado asombro la belleza de las delicadas torres de su propia ciudad, que resultaban visi−bles incluso a aquella considerable distancia, protegidas to−davía por la formidable muralla marina con su gran verja, el laberinto de las cinco puertas y los tortuosos canales de al−tos muros, de los que sólo uno conducía al puerto interior de Imrryr.

Elric sabía que no debía arriesgarse a entrar en el puerto por el laberinto, aunque conocía perfectamente la ruta. De−cidió, pues, llevar su embarcación a tierra a cierta distancia costa arriba, en una pequeña cala que conocía de antiguo. Con mano segura y experta, guió su chalupa hacia el refugio secreto, oculto a la vista por unos matorrales cargados de bayas azules de una especie altamente venenosa para el hombre, ya que su jugo le volvía a uno ciego, primero, para luego hacerle víctima de una lenta locura. Aquella baya, el *nodoil,* sólo creía en Imrryr, como sucedía con otras plan−tas raras y mortales.

Unos retazos de nubes ligeras cruzaban lentamente y a baja altura el cielo bañado por el sol. como delicadas telara−ñas movidas por una súbita brisa. Todo el mundo parecía azul, dorado, verde y blanco; Elric varó la chalupa en la pla−ya, aspiró el aire limpio y fragante del invierno y el aroma de las hojas y las hierbas en putrefacción. En alguna parte, una zorra reclamó a su compañero con un aullido y Elric se lamentó de que su agotada raza no apreciara ya la belleza natural y prefiriera quedarse siempre en la ciudad y pasar muchos de sus días en un sopor narcótico. No era la ciudad la que dormía, sino sus habitantes supercivilizados. Hasta él llegaron de nuevo los aromas invernales, limpios e intensos, y se sintió completamente satisfecho de ostentar sus dere−chos de nacimiento y de no gobernar la ciudad, como era su destino desde la cuna.

En cambio, Yyrkoon, su primo, ocupaba el Trono de Rubí de Imrryr la Bella y odiaba a Elric porque sabía que el albino, pese a su desagrado por coronas y gobiernos, seguía siendo por derecho el monarca de la Isla del Dragón y él, Yyrkoon, era un usurpador no elegido por Elric para ocupar el trono, como exigía la tradición melnibonesa.

Pero Elric tenía mayores razones para odiar a su primo. Por ellas, la antigua capital caería con todo su magnífico es−plendor y el último fragmento de un Imperio glorioso que−daría barrido al derrumbarse las torres rosa, amarilla, púr−pura y blancas..., si Elric cumplía su plan y los Señores del Mar tenían éxito.

Elric se dirigió a pie tierra adentro hacia Imrryr y, mien−tras cruzaba la extensión de suave

hierba, el sol pintó la tie−rra de un tono ocre antes de desaparecer, dando paso a una noche oscura y sin luna, lóbrega y llena de malos presagios.

Llegó por fin a Imrryr. Allí, recortaba su silueta en la profunda negrura, surgía una ciudad de fantástica magni−ficencia, tanto en concepción como en ejecución. Era la ciudad más antigua del mundo, construida por artistas y con−cebida como una obra de arte más que como un lugar don−de vivir. Pero Elric sabía que la suciedad acechaba en mu−chas de sus callejas y que los Señores de Imrryr dejaban va−cías y deshabitadas muchas de sus torres antes que permitir a la población bastarda de la ciudad residir en ellas. Queda−ban ya pocos Amos Dragones, pocos que tuvieran sangre melnibonesa.

Edificada siguiendo el contorno del terreno, la ciudad tenía un aspecto orgánico, con callejas serpenteantes que ascendían en espiral hasta la cima de la colina, donde se al−zaba el castillo, alto, orgulloso y repleto de torres en espiral, obra maestra definitiva y culminante del antiguo artista ol−vidado que la había construido. Pero no emanaba ahora de Imrryr la Bella ningún sonido de vida, sino sólo una sensa−ción de sopor y desolación. La ciudad dormía, y los Amos Dragones y sus damas, con sus esclavos especiales, dormían sueños narcotizados de grandezas y de horrores increíbles mientras el resto de la población, sometida a toque de que−da, permanecía tendida en pobres jergones e intentaba no soñar nada.

Elric, con la mano siempre cerca de la empuñadura de su espada, se deslizó por una puerta sin vigilancia de la mu−ralla de la ciudad y empezó a caminar con cautela a través de las calles a oscuras, siempre ascendiendo por las tortuo−sas callejas hacia el gran palacio de Yyrkoon.

El viento susurraba entre las salas vacías de las torres del Dragón y, en varias ocasiones, Elric tuvo que esconderse en rincones donde las sombras fueran más profundas, al escu−char el ruido de unas pisadas y ver aparecer algún grupo de centinelas cuya misión era hacer respetar estrictamente el toque de queda. A veces, escuchaba una carcajada salvaje que el eco traía de una de las torres, todavía iluminada por la brillante luz de una antorcha que formaba sombras extra−ñas y perturbadoras en las paredes; otras, acompañaba a la risotada el grito estremecedor, seguido de un lamento fre−nético, idiota, de algún desdichado esclavo sometido a una obscena agonía para placer de su amo.

Elric no estaba asombrado ni consternado por los gritos y las luces borrosas. Las apreciaba. Seguía siendo un melnibonés -el líder natural de su pueblo, si decidía recuperar el papel que le pertenecía- y, aunque sentía un oscuro im−pulso que le llevaba a vagar y a probar los placeres menos refinados del mundo exterior, tenía tras él diez mil años de una cultura cruel, brillante y malévola, y el pulso de sus an−tepasados latía con fuerza en sus deficientes venas.

Llamó con impaciencia a una sólida puerta de madera negra. Había llegado hasta el palacio y ahora se encontraba ante una pequeña entrada trasera, vigilando cautelosamen−te a su alrededor, pues sabía que Yyrkoon había dado órde−nes a los centinelas para que acabaran con él si intentaba entrar en Imrryr.

Un cerrojo chirrió al otro lado de la puerta y ésta se abrió hacia dentro silenciosamente. Un rostro delgado y surcado de arrugas apareció ante Elric.

-¿Eres el rey? -susurró el hombre, escrutando las sombras nocturnas.

Quien hablaba era un individuo alto y extremadamente enjuto, de brazos largos y nudosos que se balanceaban tor−pemente mientras se aproximaba, forzando sus pequeños ojos como cuentas hasta distinguir a Elric en la oscuridad.

-Soy el príncipe Elric -respondió el albino-. Pero ol−vidas, mi buen amigo Montón de Huesos, que un nuevo rey ocupa el Trono de Rubí.

Montón de Huesos sacudió la cabeza y sus ralos cabe−llos le cayeron sobre el rostro. Con una brusca sacudida, los apartó de los ojos y se hizo a un lado para que Elric en−trara.

-La isla del Dragón no tiene más que un rey y su nom−bre es Elric; no importa que un usurpador intente cambiar las cosas.

Elric no hizo caso de la declaración, pero sonrió leve−mente y aguardó a que el hombre volviera a pasar el cerrojo.

-Ella sigue durmiendo, señor -murmuró Montón de Huesos mientras ascendía una escalera a oscuras, seguido por Elric.

-Ya lo suponía -respondió Elric -. No creas que subestimo los poderes de hechicería de mi buen primo.

Los dos hombres continuaron ascendiendo, ahora en completo silencio, hasta que llegaron por fin a un pasadizo iluminado por las llamas vacilantes de una serie de antor−chas. Los muros de mármol reflejaban las llamas y revelaron a Elric, acuclillado tras una columna junto a Montón de Huesos, que la sala en la que estaba interesado se encontra−ba protegida por un inmenso arquero -un eunuco, por su aspecto- que vigilaba, atento y despierto. El centinela lu−cía el cráneo pelado y era muy grueso, con una reluciente armadura azul y negra que le comprimía las carnes, y tenía los dedos cerrados en torno a la cuerda de su arco corto de hueso, en el cual tenía montada una fina saeta. Elric supuso que el individuo era uno de los excelentes arqueros eunu−cos de la ciudad, un miembro de la Guardia Silenciosa, la mejor unidad de combate de Imrryr.

Montón de Huesos, que había instruido a Elric en las ar−tes de la esgrima y el tiro con arco, estaba al corriente de la presencia del centinela y se había preparado para ello. Con anterioridad, había ocultado un arco tras una columna. Tomó el arma en las manos y, sin hacer ruido, dobló la ma−dera utilizando la rodilla y montó la cuerda, tensándola. Co−locó una flecha en ésta, apuntó al ojo derecho del guardián y soltó el dardo... en el preciso instante en que el eunuco volvía el rostro hacia él. La flecha falló: tropezó con la pieza de la armadura que protegía el cuello del eunuco y cayó, inofensiva, sobre las losas del suelo entre las que asomaba la hierba y el musgo.

Elric reaccionó con rapidez y saltó hacia adelante, con su espada mágica desenvainada y dejándose llevar por la ex−traña energía que le invadía. El negro acero cortó el aire al descargar el primer golpe, y su filo hizo saltar en astillas el arco de hueso que el eunuco interpuso en su camino con la esperanza de parar el golpe. El centinela soltó un jadeo y abrió sus labios carnosos y húmedos tomando aliento para lanzar un grito de advertencia. Al abrir la boca, Elric com−probó que, como había esperado, el eunuco era mudo y le habían extirpado la lengua. El tipo sacó su espada corta y consiguió parar a duras penas el siguiente embate de Elric. Saltaron chispas del acero y la *Tormentosa* hendió el filo de la espada del eunuco, quien se tambaleó y cayó hacia atrás ante el empuje de la espada mágica, que parecía dotada de vida propia. El estruendo de metal contra metal resonó por el corto pasadizo, transportado por el eco, y Elric maldijo al destino que había hecho volver la cabeza al tipo en el mo−mento crucial. Con otro golpe rápido y certero, la *Tormen−tosa* rompió la torpe guardia del eunuco.

Éste sólo llegó a ver la silueta a media luz de su oponen−te tras el torbellino de la negra hoja de la espada, que pare−cía muy ligera y cuya longitud doblaba la de su arma. El eu−nuco se preguntó, enfurecido, quién podría ser su atacante y, por fin, creyó reconocer su rostro. De inmediato, una pe−lícula escarlata oscureció su visión; notó un dolor lacerante que se adueñaba de su rostro y a continuación -con filosofía, pues los eunucos son dados necesariamente a cierto fa−talismo- comprendió que iba a morir.

Elric se inclinó sobre el cuerpo abotargado del eunuco, extrajo la espada del cráneo del cadáver, y limpió con la capa de su oponente muerto la mezcla de sangre y sesos que ensuciaba la hoja. Montón de Huesos, sabiamente, había de−saparecido. Elric escuchó el ruido de sus pies calzados con sandalias que subían la escalera. Empujó la puerta hasta abrirla y penetró en una sala iluminada únicamente por dos pequeñas velas situadas a ambos extremos de una cama an−cha y cubierta con un rico tapiz. Dio unos pasos hasta el costado de la cama y contempló a la muchacha de cabello negro azabache que yacía en ella.

El albino torció la boca en una mueca y unas lágrimas brillantes resbalaron de sus extraños ojos carmesí. Temblo−roso, retrocedió hasta la puerta, envainó la espada y pasó los cerrojos. Regresó junto al lecho e hincó la rodilla al lado de la muchacha durmiente. Las facciones de ésta eran tan deli−cadas como las de Elric y guardaban un gran parecido con ellas, pero poseían, además, una exquisita belleza. La mu−chacha respiraba levemente, sumida en un sueño provoca−do no por una fatiga natural, sino por la magia perversa de su hermano.

Elric extendió la mano y tomó en ella los delicados de−dos de la durmiente. Los llevó a sus labios y los besó.

-Cymoril -musitó, y una agonía de añoranza latió en su interior al pronunciar aquel nombre-. Cymoril, despierta...

La muchacha permaneció inmóvil; su respiración conti−nuó inalterada y sus ojos siguieron cerrados. Las blancas facciones de Elric formaron otra mueca y sus ojos rojos se encendieron mientras se adueñaba de él una cólera terrible y apasionada. Su mano siguió asiendo la de ella, tan fláccida e insensible como la de un cadáver; continuó cogido a ella hasta que tuvo que soltarla por

temor a estrujar entre los suyos aquellos delicados dedos.

Un soldado empezó a dar voces y golpes en la puerta en ese instante.

Elric volvió a colocar la mano de la durmiente entre sus firmes pechos y se puso en pie. Volvió la vista hacia la puer−ta, desconcertado.

Otra voz más aguda y fría interrumpió los gritos del sol−dado.

-¿Qué sucede? ¿Alguien ha intentado entrar a ver a mi pobre hermana durmiente?

«Es Yyrkoon, ese tenebroso engendro del diablo», dijo Elric para sí.

Tras unos confusos balbuceos de los soldados, la voz de Yyrkoon se alzó al otro lado de la puerta mientras gri−taba:

-¡Quienquiera que esté ahí dentro, te destruiré mil ve−ces cuando caigas en mis manos! No tienes escapatoria. Si mi buena hermana sufre el menor daño... Si eso sucede, te prometo que no morirás, ¡pero suplicarás a tus dioses poder hacerlo!

-¡Yyrkoon, miserable canalla, no puedes amenazar a quien es tu igual en las artes ocultas! ¡Soy yo, Elric, tu rey por derecho! ¡Vuelve a tu madriguera antes de que invoque contra ti todos los poderes maléficos que existen sobre la tierra y debajo de ella!

Yyrkoon respondió con una risa insegura.

-De modo que has vuelto a intentar que mi hermana despierte. Con ello no sólo la matarías, sino que enviarías su alma al más profundo infierno..., donde podrías seguirla de buen grado.

-Por los seis pechos de Amara..., serás tú quien pruebe las mil muertes antes de que transcurra mucho tiempo.

-Ya basta de charla -alzó su voz Yyrkoon-. Soldados, os ordeno que derribéis esa puerta y me traigáis con vida a ese traidor-. ¡Elric, hay dos cosas que no volverás a tener jamás: el amor que te queda, pues pronto te arrastrarás ante mí suplicando que libere tu alma de la agonía.

Elric no hizo caso de las amenazas de Yyrkoon y obser−vó la estrecha ventana de la estancia. Tenía el tamaño justo para que un hombre pudiera pasar por ella. Se inclinó sobre Cymoril y depositó un beso en sus labios; después, se acer−có a la puerta y abrió los cerrojos sin hacer ruido.

Se produjo un estruendo cuando un soldado se lanzó con todo el peso de su cuerpo contra la puerta. Ésta se abrió de golpe y el hombre tropezó debido al impulso, cayendo de bruces al suelo. Elric desenvainó la espada, la alzó sobre su cabeza y la descargó en el cuello del soldado. La cabeza de éste rodó de sus hombros y Elric lanzó un potente grito con voz sonora y retumbante.

- ¡Arioco! ¡Arioco! ¡Te ofrezco esta sangre y esta alma! ¡Ayúdame! ¡Te ofrezco este hombre, poderoso Rey del In−fierno! ¡Ayuda a tu siervo, Elric de Melniboné!

Tres soldados penetraron a la vez en la estancia. Elric descargó la espada sobre uno de ellos y le partió la cara por la mitad. El hombre lanzó un grito horrible.

- ¡Arioco, Señor de las Tinieblas..., te ofrezco esta sangre y esta alma! ¡Ayúdame, Señor del Mal!

En el extremo opuesto de la sala en penumbra empezó a formarse lentamente una niebla más oscura, pero los solda−dos continuaron su acoso y Elric hubo de esforzarse para mantenerles a raya.

Continuó gritando el nombre de Arioco, Señor de los Infiernos Superiores, sin cesar y casi inconscientemente, mientras se veía obligado a retroceder debido al número de sus adversarios. Detrás de los soldados, Yyrkoon vociferaba furioso y frustrado, instando a sus hombres, pese a todo, a que apresaran con vida al albino. Esta condición proporcio−naba una pequeña ventaja a Elric... Eso y la espada mágica, la *Tormentosa,* que despedía una extraña luminosidad negra al moverse y cuyo agudo aullido, como una especie de can−to, taladraba los oídos de quienes lo escuchaban. Dos cuer−pos más cubrían ahora el suelo alfombrado de la cámara, empapando con su sangre el refinado tejido.

- ¡Sangre y almas para mi señor Arioco!

La niebla oscura se hinchó y empezó a cobrar forma. El−ric dirigió una mirada al rincón donde ello sucedía, y le recorrió un escalofrío a pesar de que ya había visto en ante−riores ocasiones aquel horror surgido del infierno. Los sol−dados estaban ahora de espaldas al ser aparecido en el rin−cón y Elric se encontraba junto a la ventana. La masa amorfa que constituía la horrenda manifestación del veleidoso dios protector del monarca albino, se hinchó aún más y Elric re−conoció su forma insoportablemente extraña. El sabor acer−bo de la bilis llenó su boca y luchó por mantener la cordura mientras conducía a los soldados hacia el ser que avanzaba como una

masa viscosa.

De pronto, los soldados parecieron percibir que había algo detrás de ellos. Cuatro se volvieron y unos gritos des−quiciados surgieron de sus gargantas al tiempo que aquel horror oscuro hacía un último movimiento para envolver−les. Arioco se cernió sobre el cuarteto, absorbiéndoles el alma. Luego, lentamente, sus huesos empezaron a ceder y a quebrarse y, envueltos aún en más gritos animales, los hom−bres cayeron al suelo como repulsivos invertebrados; pese a tener el espinazo roto, todos ellos seguían con vida. Elric apartó la vista, agradeciendo por una vez que Cymoril si−guiera dormida, y saltó al alféizar de la ventana. Miró hacia abajo y comprendió con desesperación que, finalmente, no iba a poder escapar por allí. Entre él y el suelo había más de un centenar de metros. Corrió entonces hacia la puerta, donde Yyrkoon, con los ojos como platos por el miedo, in−tentaba mantener a raya a Arioco. Éste empezaba ya a desva−necerse.

Elric apartó a su primo de un empujón, lanzó una última mirada a Cymoril y echó a correr por donde había venido, resbalando sobre el suelo bañado en sangre. Montón de Huesos salió a su encuentro en lo alto de la oscura escalera.

-¿Qué ha sucedido, rey Elric? ¿Qué hay ahí dentro?

Elric tomó a Montón de Huesos por uno de sus magros hombros y le obligó a descender los peldaños.

-Ahora no hay tiempo para eso -respondió jadean−te-, pero debemos darnos prisa mientras Yyrkoon esté ocupado con su actual problema. Dentro de cinco días, Imrryr experimentará una nueva fase en su historia..., tal vez la última. Quiero que te asegures de que Cymoril queda a sal−vo, ¿me has entendido?

-Sí, mi señor, pero...

Llegaron a la puerta y Montón de Huesos descorrió los cerrojos para abrirla.

-No tengo tiempo de decirte nada más. Regresaré den−tro de cinco días..., y con compañía. Ya entenderás a qué me refiero cuando llegue el momento. Lleva a Cymoril a la to−rre de D'a'rputna y espérame allí.

Tras estas palabras, Elric se alejó con pasos silenciosos, corriendo en la noche, con los gritos de los soldados mori−bundos taladrando todavía la oscuridad a su espalda.

3

Elric permanecía callado en la proa de la nave insignia del conde Smiorgan. Desde su regreso al fiordo y la poste−rior salida de la flota a mar abierto, sólo había hablado para dar órdenes, y éstas con la máxima concisión posible. En−tre los Señores del Mar se comentaba con murmullos que llevaba en su interior un gran sentimiento de odio que em−ponzoñaba su alma y le hacía un hombre bastante peligro−so, tanto para el enemigo como para el camarada. Incluso el conde Smiorgan evitaba el contacto con el taciturno albino.

Las proas invasoras surcaban el mar hacia el este, y las aguas aparecían negras de embarcaciones ligeras mecién−dose en todas direcciones, como la sombra de alguna enor−me ave marina reflejada en la superficie brillante. Casi me−dio millar de naves cubrían el océano, todas ellas de forma similar, largas, esbeltas y construidas para la velocidad, más que para el combate, ya que su misión habitual era el co−mercio y las incursiones costeras. El pálido sol acariciaba las velas y avivaba los brillantes colores de las lonas: anaran−jados, azules, negros, púrpuras, rojos, amarillos, verdes cla−ros y blancos. Cada nave llevaba al menos dieciséis reme−ros, todos ellos experimentados combatientes. Los tripu−lantes de los barcos eran también los guerreros que ataca−rían Imrryr; las naciones del mar no podían desperdiciar a ningún hombre capaz de luchar, ya que sus tierras estaban poco pobladas, pues perdían cientos de hombres cada año en sus expediciones de saqueo habituales.

En el centro de la gran flota navegaban algunos barcos de mayor tamaño, en cuyas cubiertas estaban instaladas grandes catapultas que se emplearían para atacar la muralla marina de Imrryr. El conde Smiorgan y los demás Señores del Mar contemplaban con orgullo la flota, pero Elric se li−mitó a mirar hacia adelante, sin dormir, sin apenas moverse, con sus blancas facciones azotadas por el viento y la espuma salada y con la mano descolorida en torno a la empuñadura de su espada.

La flota continuó su marcha hacia el este, rumbo a la isla del Dragón y sus fantásticas riquezas..., o hacia el espanto más infernal. Incansables, lanzadas a su destino, las naves avanzaron con los remos batiendo las aguas al unísono y las velas hinchadas por el viento favorable.

Las proas surcaban las olas hacia Imrryr la Bella para sa−quear y arrasar la ciudad más vieja del mundo.

Dos días después de que la flota zarpara, la costa de la isla del Dragón apareció a la vista y el estrépito de las armas reemplazó al sonido de los remos; los barcos se agruparon y se dispusieron a conseguir lo que cualquier hombre cuerdo juzgaría imposible.

Las órdenes fueron pasando de barco a barco y la escua−dra empezó a disponerse en formación de combate; luego, los remos crujieron en sus hendiduras y la flota, con las ve−las arriadas ahora, reemprendió la marcha pesadamente.

El día era despejado y frío, y una tensa expectación em−bargaba a todos los hombres, desde los Señores del Mar has−ta los cocineros de a bordo, al pensar en el inmediato futuro y en lo que éste les traería. Los mascarones de proa en for−ma de serpiente marina enfilaron hacia el gran muro de pie−dra que cerraba el primer acceso al puerto. Medía casi treinta metros de altura y en él había varias torres, más fun−cionales que las espirales como encajes de la ciudad, que brillaban a lo lejos, tras la impresionante muralla. Las naves de Imrryr eran las únicas autorizadas a cruzar la gran verja del centro de la muralla, y la ruta a través del laberinto -in−cluso la entrada exacta al mismo- constituía un secreto celosamente guardado por los navegantes de la ciudad.

En la muralla marina, que ahora se alzaba enorme sobre la flota, los asombrosos centinelas ocupaban apresuradamente sus posiciones. Para ellos, la amenaza de un ataque era casi inimaginable, pero allí estaba. ¡Una gran flota, la ma−yor que habían visto nunca, venía contra Imrryr la Bella! Los soldados tomaron sus posiciones entre el susurro de sus ca−pas y túnicas amarillas, y el estruendo metálico de sus cora−zas, pero lo hicieron con perplejidad y desgana, como si se negaran a aceptar lo que veían. Acudieron a sus puestos con desesperado fatalismo, sabiendo que, incluso si las naves invasoras no llegaban a entrar en el laberinto, ellos no estarían vivos para ver el fracaso del asalto.

Dyvim Tarkan, comandante de la Muralla, era un hom−bre sensible que amaba la vida y sus placeres. Atractivo e instruido, lucía una pequeña perilla y un bigote fino. Tenía un aspecto magnífico con su armadura de bronce y su casco de altas plumas. Tarkan no quería morir y dio órdenes con−cisas a sus hombres, que procedieron a cumplirlas con or−denada precisión. Escuchó, preocupado, los gritos lejanos procedentes de las naves y se preguntó cuál sería el primer movimiento de los invasores. No tuvo que esperar mucho para obtener la respuesta.

El brazo de la catapulta de una de las naves de vanguar−dia se alzó acompañado de un sonido vibrante y lanzó una roca de gran tamaño que surcó el aire con un balanceo apa−rentemente grácil y despreocupado. El tiro quedó corto y la roca se hundió en las aguas, rociando de espuma las piedras de la muralla.

Tragando saliva dificultosamente e intentando contro−lar el temblor de su voz, Dyvim Tarkan ordenó disparar la catapulta de defensa. Con el sonido de un latigazo, la cuerda fue cortada y una bola de hierro voló en respuesta hacia la flota enemiga. Las naves estaban tan juntas que la bala no podía fallar y, en efecto, cayó de pleno en la cubierta de la nave insignia de Dharmit de Jharkor, destrozando su quilla de madera. En cuestión de segundos, la nave se hundió y Dharmit con ella, acompañada de los gritos de los hombres heridos y mutilados. Parte de la tripulación fue izada a bor−do de otras embarcaciones, pero los heridos fueron aban−donados a su suerte.

Otra catapulta dejó oír su sonido y, esta vez, el proyectil alcanzó de pleno una torre llena de arqueros. Las piedras sa−lieron despedidas y los ocupantes que no habían perdido la vida sufrieron una espantosa caída, para morir en el mar cubierto de espuma que batía la muralla. Esta vez, furiosos por la muerte de sus camaradas, los arqueros de Imrryr respon−dieron con una andanada de finos dardos contra la masa ene−miga. Entre los invasores se levantaron gemidos y alaridos mientras las flechas de plumas rojas se clavaban cruelmente en sus carnes. Pero los invasores respondieron a las flechas utilizando sus propios arcos y pronto no quedó en la muralla más que un puñado de hombres, con su única máquina de guerra destruida y una parte de la muralla desmoronada.

Dyvim Tarkan estaba vivo, aunque el rojo de la sangre teñía su túnica amarilla y el asta de un dardo sobresalía de su hombro izquierdo. Vivía aún cuando la primera nave ariete avanzó

obstinada hacia la gran verja de madera y la golpeó con fuerza, debilitándola. Una segunda nave arreme−tió contra el portón de la primera y, entre ambas, derriba−ron la verja y pasaron al otro lado. Eran las primeras embar−caciones no imrryrianas que lo hacían en la historia. Tal vez fue el terrible espanto de ver rota la tradición, lo que hizo perder pie al pobre Dyvim Tarkan en el borde de la muralla y le llevó a caer con un alarido hasta romperse el cuello en la cubierta del buque insignia del conde Smiorgan, en el momento que el barco cruzaba la verja.

Las naves ariete abrieron paso al barco del conde Smior−gan, pues Elric tenía que indicar el camino por el laberinto. Delante de ellos aparecían cinco altas entradas como fauces oscuras muy abiertas, todas de parecida forma y tamaño. El−ric señaló la del centro y, a paladas cortas, los remeros em−pezaron a dirigir la embarcación hacia la oscura boca de la entrada. Durante algunos minutos, navegaron a oscuras.

-¡Luces! -gritó Elric-. ¡Encended las antorchas!

Las teas ya estaban dispuestas y procedieron a encen−derlas. Los tripulantes vieron que se encontraban en un in−menso túnel horadado en la roca, que se retorcía tortuosa−mente en todas direcciones.

-Que los barcos se mantengan juntos -ordenó Elric, y su voz resonó en la oquedad, ampliada cien veces.

El rostro de Elric era una máscara de sombras y luces brillantes mientras las antorchas elevaban lenguas de fuego hacia el techo apenas visible. Detrás de él, podían escuchar−se los murmullos de asombro y temor de los hombres y, mientras nuevos barcos iban entrando en el laberinto y en−cendían sus antorchas, Elric apreció que algunas de ellas temblaban, reflejando el temor supersticioso de sus porta−dores. Pero también el albino sintió cierta inquietud al ob−servar las sombras danzantes, y sus ojos, obnubilados por el resplandor de las teas, brillaron febriles.

Con siniestra monotonía, los remos siguieron chapo−teando en el agua mientras el túnel se ensanchaba y apare−cían a la vista varias entradas a nuevas cavernas.

-La entrada central -ordenó Elric.

El piloto al timón asintió y guió la nave hacia la entrada que el albino indicaba. Salvo el apagado murmullo de algu−nos hombres y el ruido de los remos, en la caverna de techo elevadísimo reinaba un silencio lúgubre y de mal presagio.

Elric contempló las aguas negras y frías, y se estremeció.

Por fin, salieron de nuevo a la luz del sol y los hombres miraron hacia arriba, asombrados de la altura de los muros que se alzaban sobre ellos. En la cima de aquellos muros se hallaban apostados más arqueros vestidos de amarillo y pro−tegidos con armaduras de bronce y, cuando el buque del conde Smiorgan inició la salida de las oscuras cavernas con las antorchas encendidas todavía bajo el frío aire invernal, las flechas comenzaron a llover de lo alto en el estrecho ca−ñón, hundiéndose en cuellos y extremidades.

-¡Más de prisa! -aulló Elric-. ¡Remad más de prisa! ¡Ahora nuestra única arma es la velocidad!

Con frenética energía los remeros se aplicaron a su la−bor y las naves empezaron a tomar velocidad, pese a que los dardos de los imrryianos se cobraban un alto precio en vi−das de guerreros y tripulantes. El canal de altos muros des−cribía en ese tramo una recta, y Elric vio ante sí los embar−caderos de Imrryr.

-¡De prisa, de prisa, nuestra recompensa está a la vista!

De pronto, el barco dejó atrás los muros del laberinto y se encontró en las aguas remansadas del puerto, frente a los guerreros congregados en el muelle. La nave se detuvo a la espera de refuerzos que iban saliendo del canal. Cuando hu−bieron cruzado veinte naves, Elric dio la orden de atacar el muelle y la *Tormentosa* aulló en su vaina. El costado de ba−bor de la nave insignia golpeó el embarcadero mientras las flechas llovían sobre él. Los dardos silbaron alrededor de El−ric pero, milagrosamente, no recibió ningún impacto mien−tras saltaba a tierra con un grupo de enardecidos invasores. Los hacheros de Imrryr salieron al encuentro de los marineros, pero quedó en evidencia que tenían pocos ánimos para la lucha, demasiado desconcertados por el curso que ha−bían tomado los acontecimientos.

La negra hoja de Elric cayó con fuerza frenética en la gar−ganta del hachero más próximo a él y le segó la cabeza. Lan−zando su diabólico aullido ahora que había probado la san−gre, la espada cobró vida en la mano de Elric, buscando sangre fresca para derramar. En los labios descoloridos del albino ha−bía una sonrisa pétrea, siniestra, y sus ojos eran apenas dos rendijas mientras

golpeaba a los guerreros con determinación.

Su plan era dejar la lucha para aquellos que había con−ducido hasta allí, pues tenía otras cosas que hacer... y en se−guida. Detrás de los soldados de ropas amarillas se alzaban las altas torres de Imrryr, bellísimas con sus colores suaves y resplandecientes, sus rosa coralinos y azules difuminados, sus amarillos pálidos y dorados, sus blancos y sus sutiles to−nos glaucos. Una de aquellas torres era el objetivo de Elric: las torres de D'a'rputna, donde había ordenado a Montón de Huesos que llevara a Cymoril en la certeza de que podría conseguirlo en plena barahúnda invasora.

Elric se abrió camino, bañando en sangre a quienes in−tentaban detenerle, y los soldados caían entre gritos horri−bles mientras la espada mágica les absorbía las almas.

Por fin, Elric los dejó atrás, enfrentados a las brillantes espadas de los invasores que seguían asaltando al embarca−dero, y echó a correr por las tortuosas callejas hacia arriba, dando muerte con su espada a todo aquel que intentaba de−tenerle. Parecía un espectro lívido, con las ropas hechas ji−rones y ensangrentadas, y la coraza abollada y rascada, pero corría a toda prisa por las serpenteantes callejuelas empe−dradas hasta llegar por fin ante la esbelta torre de suaves to−nos azules y dorados, la torre de D'a'rputna. La puerta esta−ba abierta, señal de que había alguien en el interior, y Elric cruzó la entrada y se encontró en el gran salón de la planta baja. Nadie salió a su encuentro.

-¡Montón de Huesos! -gritó con un rugido que le sonó atronador incluso a él mismo-. ¿Estás ahí, Montón de Huesos?

Subió el tramo de peldaños a grandes saltos, repitiendo el nombre de su criado. Al llegar al segundo piso, se detuvo de pronto al escuchar un gemido procedente de una de las cámaras.

-¿Eres tú, Montón de Huesos?

Elric se acercó a la estancia y escuchó un jadeo sofoca−do. Empujó la puerta y se le hizo un nudo en el estómago al ver a su viejo criado tendido en el suelo desnudo de la cá−mara, tratando en vano de detener el flujo de sangre que brotaba de una gran herida en el costado.

-¿Qué ha sucedido? ¿Dónde está Cymoril?

El viejo rostro de Montón de Huesos mostró una mueca de dolor y pena.

-Ella... La he traído aquí, amo, como ordenaste, pero... -tosió y le rezumó sangre por la barbilla-, pero el prínci−pe Yyrkoon me... Debió seguirnos hasta aquí. Me... me hirió y se llevó a Cymoril otra vez. Dijo que la pondría a buen re−caudo..., en la torre de B'aal'nezbett. Amo..., lo siento...

-Así debe ser -replicó Elric presa de cólera. Después, dulcificó un tanto la voz-. No te preocupes, mi viejo ami−go..., te vengaré a ti y a mí mismo. Todavía puedo alcanzar a Cymoril ahora que sé dónde la ha llevado Yyrkoon. Gracias por intentarlo, amigo mío... Que tu largo viaje por el último río sea plácido.

Giró sobre sus talones bruscamente y abandonó la cá−mara. Bajó corriendo la escalera y ganó la calle.

La torre de B'aal'nezbett era la más elevada del Palacio Real. Elric la conocía bien, pues era allí donde sus antepasa−dos habían estudiado sus oscuros hechizos y habían llevado a cabo sus temibles experimentos. Se estremeció al pensar en lo que Yyrkoon podía estar haciéndole a su propia her−mana.

Las calles de la ciudad estaban silenciosas y extraña−mente desiertas, pero Elric no tenía tiempo de preguntarse la razón de que así fuera. Corrió sin perder un instante hacia el palacio, encontró la verja desguarnecida y la puerta prin−cipal del edificio sin centinelas. También eso era inusual, pero Elric dio gracias por la buena fortuna mientras conti−nuaba su veloz avance, ascendiendo por los pasadizos que tan bien conocía en dirección a la torre más alta.

Por fin, alcanzó una puerta de brillante cristal negro sin tirador ni cerrojo alguno. El albino golpeó el cristal frenéti−camente con su espada mágica, pero la puerta sólo pareció absorber el golpe y recuperar su forma. Los golpes no te−nían efecto contra el cristal.

Elric se estrujó la mente tratando de recordar la palabra mágica que haría que la puerta se abriera. No se atrevió a ponerse en trance, cosa que, con un poco de tiempo, lleva−ría la palabra a sus labios; en lugar de ello, prefirió hurgar en su subconsciente hasta encontrarla. Todo su cuerpo se puso a temblar mientras sus facciones se retorcían y hasta su cerebro empezó a dar sacudidas. La palabra mágica esta−ba a punto de salir; las cuerdas vocales se tensaron en su garganta y su pecho se elevó.

Vomitó la palabra por fin, y toda su mente y su cuerpo se dolieron del esfuerzo. A continuación, Elric añadió:

-¡Te lo ordeno: ábrete!

Sabía que, una vez franqueado el obstáculo, su primo conocería su presencia allí, pero no tenía más remedio que arriesgarse. El cristal se expandió, latiendo y respirando, hasta que empezó a deshacerse. Desapareció en la nada, en algo más allá del universo físico y del tiempo. Elric exhaló un suspiro de agradecimiento y penetró en la torre de B'aal'nezbett. Pero ahora, mientras Elric subía trabajosa−mente los peldaños hacia la cámara central, un fuego espec−tral, helado y ominoso, danzaba en torno a él. También le envolvía una música extraña, misteriosa, que latía, sollozaba y retumbaba en su cabeza.

Encima de él vio a un Yyrkoon que le sonreía burlón, empuñando también una espada mágica, gemela de la que blandía Elric.

-¡Engendro del infierno! -exclamó Elric con voz apa−gada y débil -. Veo que has recuperado la *Enlutada.* Muy bien, mide sus poderes contra su hermana, si te atreves. He venido a destruirte, primo.

La *Tormentosa* emitía un peculiar gimoteo, un suspiro audible por encima de la música aulladora y extraterrenal que acompañaba el fuego helado. La espada mágica se agitó en la mano de Elric y éste tuvo dificultades para controlarla. Reuniendo todas sus fuerzas, el albino terminó de ascender los escasos peldaños que le quedaban y dirigió una furiosa estocada a Yyrkoon. Más allá del fuego espectral bullía una lava verdeamarillenta por todas partes, encima y debajo. Los dos hombres estaban ahora envueltos solamente por el fuego brumoso y la lava que acechaba detrás de éste... Se encontraban fuera de la Tierra, enfrentados en una batalla decisiva. La lava dejó de hervir y empezó a rezumar hacia adentro, dispersando el fuego.

Las dos espadas se encontraron, y un terrible rugido re−chinante hendió el aire cuando ambas hojas chocaron. Elric notó que todo su brazo se entumecía y le producía un hor−migueo desagradable. El albino se sintió un títere. Ya no era su propio dueño, sino que era la espada la que decidía sus actos por él. La hoja, con Elric asido a la empuñadura, pasó con un rugido junto a su espada hermana y produjo un pro−fundo corte en el brazo izquierdo de Yyrkoon. Éste lanzó un alarido y abrió los ojos como platos en un gesto de agonía. *La. Enlutada* respondió al ataque de la *Tormentosa,* e hirió a Elric en el mismo lugar en que éste había alcanzado a su pri−mo. Exhaló un gemido de dolor, pero continuó avanzando y consiguió herir de nuevo a Yyrkoon en el costado dere−cho con un golpe lo bastante potente como para haber aca−bado con la vida de cualquier otro hombre. Yyrkoon se echó a reír entonces; soltó una risotada propia de un demonio surgido de las infames profundidades del infierno.

Su primo había perdido por fin sus últimos restos de cordura y la ventaja estaba ahora de parte de Elric. Sin em−bargo, la gran magia que Yyrkoon había conjurado estaba todavía en acción y Elric sintió como si un gigante le hubie−se agarrado y estuviera aplastándole mientras él se esforza−ba en hacer valer su ventaja. De la herida de Yyrkoon seguía brotando sangre, y ésta cubría también a Elric. La lava esta−ba retirándose lentamente y Elric pudo apreciar entonces la entrada a la cámara central. Detrás de su primo se movía otra forma. Elric soltó un jadeo. Cymoril había despertado y, con expresión de horror en el rostro, le gritaba algo in−comprensible.

La espada aún cayó otra vez en un arco negro, golpeó la hoja hermana que Yyrkoon empuñaba todavía y abrió la guardia de éste.

-¡Elric! -gritó en ese instante Cymoril, desesperada-. ¡Sálvame..., sálvame ahora, o quedaremos condenados por toda la eternidad!

Elric se quedó perplejo ante las palabras de la mucha−cha, sin comprender a qué se refería. En un arranque de fu−ria salvaje, obligó a Yyrkoon a retroceder escalera arriba ha−cia la cámara.

-Elric, guarda la *Tormentosa.* Envaina la espada o nos veremos separados otra vez - insistió Cymoril.

Sin embargo, aunque el albino hubiera podido controlar la espada sibilante, no la habría envainado. El odio se había adueñado de su corazón y Elric no estaba dispuesto a guar−dar la espada hasta que la hubiera hundido en el perverso corazón de su primo.

Cymoril sollozaba ahora, suplicándole, pero Elric no po−día hacer nada. Aquel ser idiota y babeante que había sido Yyrkoon de Imrryr se volvió al escuchar el llanto de su her−mana y contempló a ésta con una sonrisa burlona. Soltó una risotada y extendió una de sus manos temblorosas hasta asir por el hombro a la muchacha. Ella pugnó por escapar, pero Yyrkoon disponía aún de su fuerza maléfica. Aprovechando el momento de distracción de su adversario. Elric lanzó una potente estocada al monarca impostor, casi separándole el tronco de las piernas.

Y, a pesar de todo, increíblemente, Yyrkoon aún siguió vivo, absorbiendo su vitalidad de la hoja que todavía seguía enfrentándose a la espada mágica del albino. Con un último impulso, Yyrkoon empujó a Cymoril delante de sí y la mu−chacha, con un grito, murió atravesada por la *Tormentosa.*

Entonces, Yyrkoon lanzó una última carcajada en forma de alarido y su alma negra cayó aullando hacia el infierno.

La torre recuperó sus anteriores proporciones y desapa−reció todo rastro de lava o fuego. Elric se sintió desorienta−do, incapaz de dominar sus pensamientos. Contempló los cuerpos sin vida de los dos hermanos, y en un primer ins−tante eso fue lo único que reconoció: los cadáveres de un hombre y una mujer.

A continuación, la siniestra verdad fue abriéndose paso en su cerebro y Elric exhaló un gemido casi animal, abru−mado de pesar. Había matado a la mujer que amaba. La espa−da cayó de su mano, manchada con la sangre de Cymoril, y rodó escalera abajo con un estruendo. Entre sollozos, Elric se dejó caer de rodillas junto a la muchacha exánime y la le−vantó en sus brazos.

-Cymoril -gimió, notando ahora un dolor lacerante en todo su cuerpo-. ¡Cymoril..., yo te he matado!

4

Elric volvió la vista hacia las ruinas de Imrryr, cuyas to−rres y edificios habían quedado arrasados y eran consumi−dos ahora por las grandes lenguas de fuego de un voraz in−cendio, y animó a los sudorosos remeros a que aumentaran el ritmo de sus paladas. La nave, con las velas recogidas to−davía, dio una cabezada bajo el impulso de una corriente de aire contraria y Elric se vio obligado a asirse del pasamanos del costado de babor para no salir arrojado por la borda. Volvió a mirar hacia Imrryr y notó un nudo en la garganta al darse cuenta de que ahora era un completo desarraigado, un renegado que había matado a una mujer, aunque fuera involuntariamente. Llevado por su ciego afán de venganza, acababa de perder a la única mujer que había amado en su vida.

Ahora, todo había terminado y el albino no podía imagi−nar ningún futuro para él, pues su futuro siempre había esta−do vinculado a su pasado y hoy, efectivamente, aquel pasa−do quedaba a su espalda convertido en ruinas flameantes. Unos sollozos sin lágrimas se agolparon en su pecho y sus dedos se cerraron con más fuerza todavía en el pasamanos de la nave.

A regañadientes, su mente volvió a centrarse en Cymoril. Elric había depositado su cuerpo en un sofá y había prendido fuego a la torre. Después, había vuelto sobre sus pasos y había encontrado a los invasores que, victoriosos, regresaban a sus barcos cargados con un cuantioso botín y numerosas esclavas, prendiendo fuego llenos de júbilo a to−dos los bellos y altos edificios que encontraban a su paso.

Él había causado la destrucción del último signo tangi−ble que demostraba que alguna vez había existido el gran−dioso y magnífico Brillante Imperio. Ahora, el albino sentía que la mayor parte de sí mismo había desaparecido con la ciudad.

Dirigió una nueva mirada a Imrryr y, de pronto, su pesar aumentó todavía más al ver que otra torre, bella y delicada como un fino encaje, se resquebrajaba y se derrumbaba en−vuelta en llamas.

Elric había destruido el último gran monumento de la vieja raza a la que él mismo pertenecía. Quizá algún día los hombres aprendieran de nuevo a construir torres fuertes y esbeltas como las de Imrryr pero, de momento, tal conoci−miento agonizaba en el caos atronador de la caída de la Ciu−dad de Ensueño y de la rápida extinción de la raza melnibonesa.

Sin embargo, se preguntó el albino, ¿qué había sido de los Señores del Dragón? Ni éstos ni sus naves doradas ha−bían salido al encuentro de los invasores; únicamente los soldados de a pie habían colaborado en la defensa de Im−rryr. ¿Acaso habían ocultado las naves en algún canal secre−to y habían huido tierra adentro cuando los invasores asal−taron la ciudad? El ataque había sido demasiado fácil y las tropas de Imrryr habían opuesto demasiada poca resisten−cia para poderlas considerar derrotadas de verdad. Ahora que las naves de los Señores del Mal se retiraban, ¿no era posible que sus adversarios estuvieran proyectando alguna réplica inesperada? Elric intuía que existía un plan en ese sentido; tal vez un plan que incluía la presencia de los dra−gones. Un escalofrío le recorrió al pensarlo. No había hecho a sus aliados la menor mención de los animales que los melniboneses habían dominado durante siglos. En aquel mismo instante, era posible que alguien estuviera abriendo las puer−tas subterráneas de las Cavernas de los Dragones. El albino apartó de su mente aquella temible perspectiva.

Mientras la flota se encaminaba hacia mar abierto, Elric, con los ojos entristecidos vueltos hacia Imrryr, rindió silencioso homenaje a la ciudad de sus antepasados y a Cymoril. Una oleada de cálida amargura le recorrió de nuevo mien−tras la dolorosa evocación de la muerte de su amada bajo su propia espada volvía a su mente. Recordó las advertencias de Cymoril, cuando la había dejado para aventurarse en los Reinos Jóvenes, respecto a que, si dejaba a Yyrkoon como regente del Trono de Rubí y renunciaba a su autoridad du−rante un año, perdería definitivamente ambas cosas. Se mal−dijo a sí mismo. Luego, un murmullo como el retumbar de un trueno lejano se extendió por la flota y Elric se volvió con rapidez, concentrándose en identificar la causa del al−boroto.

Treinta navíos de guerra melniboneses de velas doradas habían aparecido a ambos lados del puerto, procedentes de dos de las bocas del laberinto. Elric comprendió que las na−ves contrarias debían haberse ocultado en aquellos canales esperando atacar a la flota invasora cuando ésta regresara, saciada y agotada por los excesos. Las naves doradas, gran−des galeras de combate, eran las últimas embarcaciones de Melniboné, y el secreto de su construcción se había perdi−do. Producían una sensación de antigüedad y de poder adormecido mientras avanzaban velozmente, impulsadas cada una de ellas por cuatro o cinco hileras de grandes re−mos, con la intención de rodear a las naves invasoras.

Su flota pareció empequeñecer ante sus ojos hasta pro−ducir la impresión de una serie de virutas de madera frente al gran esplendor de las deslumbrantes naves de guerra. És−tas estaban bien pertrechadas y listas para el combate, mien−tras que los hombres a bordo de los barcos invasores se ha−llaban rendidos de cansancio tras el éxito de la incursión. El albino se dio cuenta de que sólo había un modo de salvar, al menos, una pequeña parte de la flota. Para ello debería con−jurar un viento mágico que impulsara sus velas. La mayoría de las naves insignia se hallaban

cerca del barco de Yaris, a bordo del cual se encontraba ahora el albino, pues el joven capitán se había embriagado en exceso durante el saqueo y había muerto acuchillado por una esclava melnibonesa. Jun−to al barco de Elric se encontraba el del conde Smiorgan y el corpulento Señor del Mar le dirigió una mirada ceñuda, pues comprendía perfectamente que él y sus naves, pese a ser superiores en número, no tenían ninguna posibilidad en una batalla naval.

Sin embargo, conjurar unos vientos lo bastante fuertes para impulsar tantos barcos era un asunto peligroso, pues el sortilegio liberaría una energía colosal y cabía la posibilidad de que los espíritus que controlaban el viento se volvieran contra quien los había conjurado, si éste no iba con mucho cuidado. Sin embargo, era su única posibilidad pues, de lo contrario, los mascarones de las proas doradas que levanta−ban espuma al cortar las aguas reducirían las naves incursoras fragmentos de madera flotando en las aguas.

Tras tomar fuerzas, Elric empezó a pronunciar los nom−bres antiguos y terribles, llenos de vocales, de los seres que existían en el aire. Tampoco ahora podía arriesgarse a en−trar en trance, pues tenía que estar pendiente de cualquier indicio de que los espíritus del viento se estuvieran vol−viendo contra él. Los invocó en un extraño idioma que a ve−ces era agudo como el grito de un ave marina y, a veces, gra−ve y retumbante como el ruido de las olas al batir contra la costa. Por fin, las siluetas difusas en los espíritus del viento empezaron a revolotear ante su borrosa mirada. El corazón le producía unas terribles punzadas en el pecho y notó que las piernas le flaqueaban. Reuniendo todas sus energías, conjuró un viento que, con un aullido, empezó a soplar fu−riosa y caóticamente a su alrededor, sacudiendo de un lado a otro incluso a las enormes melnibonesas. Elric consiguió, por fin, encauzar el viento y lo dirigió hacia el velamen de una cincuentena de naves invasoras. Otras muchas no pu−dieron ponerse a salvo al quedar fuera del radio de acción de sus poderosas ráfagas.

Sin embargo, cuarenta de las embarcaciones escaparon finalmente de los mascarones melniboneses y, entre el au−llido del viento y el crujido de las cuadernas, saltaron las olas haciendo gemir los mástiles que apenas podían sujetar sus velas totalmente hinchadas. El viento arrancó los remos de las manos de los tripulantes, dejando un rastro de made−ras astilladas en la blanca estela salada que hervía tras la popa de cada una de las naves.

En un abrir y cerrar de ojos, Elric y sus compañeros se encontraron fuera del círculo de las naves melnibonesas, que seguía cerrándose lentamente, y surcando a velocidad de vértigo el mar abierto. Todas las tripulaciones percibían algo distinto en el aire y alcanzaban a ver fugazmente las formas extrañas, de siluetas confusas, que rodeaban sus naves. Había algo inquietante y malévolo, algo sobrenatural que producía asombro y temor, en aquellos seres que les ayudaban.

Smiorgan hizo un gesto con la mano a Elric, acompaña−do de una sonrisa de gratitud.

-¡Ahora estamos a salvo gracias a ti, Elric! -gritó des−de el puente de su embarcación-. ¡Sabía que nos traerías suerte!

Elric ignoró sus palabras.

Ahora, los Señores del Dragón iniciaban la persecución con ánimo de venganza. Las naves doradas de Imrryr eran casi tan veloces como la flota invasora ayudada por la magia, y algunas galeras agresoras -cuyos mástiles no habían re−sistido la fuerza del viento que impulsaba sus velas y se ha−bía partido- fueron apresadas.

Elric observó como eran lanzados desde las cubiertas de las galeras de Imrryr unos poderosos garfios metálicos de brillo apagado que caían con estruendo de madera astillada sobre los barcos de la flota que iban quedando a la deriva detrás del suyo. Las catapultas de las naves de los Señores del Dragón arrojaban una lluvia de fuego sobre gran parte de las embarcaciones fugitivas. Unas llamas voraces caían sobre las cubiertas como lava de olor pestilente y corroían las cuadernas como si fuera vitriolo sobre papel. Los hombres lanzaban alaridos, tratando en vano de apagar el fuego que prendía en sus ropas. Incluso saltaban a unas aguas que no extinguían las llamas. Algunos se hundieron en el océano y fue posible seguir su descenso, así como el de las naves nau−fragadas, cayendo en espiral entre llamas, incluso bajo la su−perficie, como polillas quemadas por la luz.

Las cubiertas invasoras no alcanzadas por el fuego que−daron rojas de sangre invasora cuando los enfurecidos gue−rreros de Imrryr cayeron al abordaje sobre los incursores descolgándose por largas cuerdas, empuñando grandes espadas y hachas de combate y produciendo terribles es−tragos entre los saqueadores del mar. Flechas y jabalinas imrryrianas llovían desde las elevadas

cubiertas de las gale−ras, diezmando a los aterrorizados ocupantes de las naves menores.

Elric fue testigo de todo mientras la suya y un puñado de naves más empezaban, poco a poco, a poner distancia entre ellos y la primera galera perseguidora de Imrryr, el buque insignia del almirante Magum Colim, comandante de la flota melnibonesa.

Por fin, Elric se dignó hacer un comentario al conde Smiorgan.

-¡Les hemos dejado atrás! -gritó para hacerse oír por encima del viento ululante, con el rostro vuelto hacia la nave del conde, donde éste permanecía de pie en el puente observando el cielo con ojos muy abiertos-. ¡Pero cuida de que tus naves sigan un buen rumbo hacia el oeste o esta−mos perdidos!

Smiorgan, sin embargo, no respondió. Su mirada seguía fija en el firmamento y en sus ojos había una expresión de terror impensable en un hombre que, hasta aquel momen−to, no había mostrado jamás el menor asomo de miedo. Inquieto, Elric siguió la mirada de Smiorgan y no tardó en verlos.

¡Eran dragones, sin duda! Los grandes reptiles estaban a algunos kilómetros de distancia, pero Elric conocía el aspec−to de las enormes bestias voladoras. La envergadura de alas habitual de aquellos monstruos casi extintos era de unos diez metros. Sus cuerpos de serpiente, que empezaban en una cabeza de hocico largo y estrecho y terminaban en una cola que constituía un látigo temible, alcanzaban los quince metros y, aunque no lanzaban fuego y humo por la boca como decían las leyendas, Elric sabía que su veneno era combustible y que podía prender fuego en la madera o en la ropa por simple contacto.

A lomos de los dragones cabalgaban unos guerreros de Imrryr. Armados de largos aguijones como lanzas, hacían sonar unos cuernos de extrañas formas que emitían curio−sas notas sobre el mar turbulento y el sereno firmamento azul. Al aproximarse a la flota dorada, que quedaba ahora a media legua de distancia, el dragón que abría la marcha ini−ció un descenso en amplios círculos hacia la enorme galera insignia. Cuando sus alas batían el aire, hacían un sonido se−mejante al crujido de un relámpago.

El monstruo de piel escamosa verdegrisácea se cernió sobre la nave dorada que se mecía en el mar turbulento y blanco de espuma. Recortada su silueta contra el cielo sin nubes, el dragón ofrecía una buena perspectiva y Elric pudo observarlo con detalle. El aguijón que el Señor del Dragón agitaba sobre la cabeza del almirante Magum Colim era una lanza larga y fina sobre la cual podía apreciarse, incluso a aquella distancia, un extraño gallardete de líneas negras y amarillas en zigzag.

Elric reconoció en seguida la enseña. Dyvim Tvar, Señor de las Cavernas de los Dragones y amigo de la infancia de Elric, encabezaba la escuadra de míticos animales, que ven−garía la destrucción de Imrryr la Bella.

El albino lanzó un nuevo grito a Smiorgan, de nave a nave.

-Ahora, ése es nuestro mayor peligro. ¡Haz lo que pue−das para mantenerlos a raya!

Se escuchó un estrépito metálico mientras los hombres se preparaban, casi sin esperanzas, para repeler la nueva amenaza. El viento embrujado no les proporcionaba ningu−na ventaja frente al rápido vuelo de los dragones. Dyvim Tvar actuaba en evidente acuerdo con Magum Colim y su aguijón azuzó al dragón en el cuello. El enorme reptil saltó hacia arriba y empezó a ganar altura. Tras él iban otros once dragones, cerrando distancias ahora.

Con aparente lentitud, los dragones empezaron a batir las alas acompasadamente hacia la flota invasora cuyos tri−pulantes elevaron plegarias a sus dioses suplicando un mi−lagro.

Estaban condenados sin remedio. Hasta la última nave de los Señores del Mar estaba irremisiblemente perdida y la expedición había sido infructuosa.

Elric advirtió la desesperación en los rostros de los hombres mientras los mástiles de las embarcaciones conti−nuaban cimbreándose bajo la fuerza del aullador viento em−brujado. Ahora no les quedaba otra cosa que morir...

Luchó por liberar su mente del torbellino de dudas que la llenaba. Desenvainó la espada y percibió el poder perver−so y pulsante que guardaba en su interior la *Tormentosa* de empuñadura labrada con signos mágicos. Ahora, sin embar−go, Elric odiaba aquel poder porque le había forzado a dar muerte al único ser humano que había querido; y compren−día también cuánta de su fuerza debía a la espada de hoja negra de sus padres y lo débil que se sentiría sin ella. Elric era albino y ello significaba que carecía de la vitalidad de un ser humano normal. Furiosa e

inútilmente, al tiempo que el velo de su mente era reemplazado por un miedo cerval, maldijo los planes de venganza que había tramado, maldijo el día en que había accedido a conducir la expedición con−tra Imrryr y, por encima de todo, maldijo amargamente al difunto Yyrkoon y su retorcida envidia, que había sido la causa de toda aquella serie de acontecimientos marcados por la fatalidad.

Pero ya era demasiado tarde para maldiciones. El sono−ro batir de alas de los dragones llenó el aire y los monstruos se cernieron sobre las embarcaciones fugitivas. Era preciso tomar alguna decisión pues, aunque no tenía ningún apego a la vida, se negaba a morir a manos de su propio pueblo. Cuando muriera, se prometió, sería por su propia mano. Odiándose a sí mismo, Elric adoptó una resolución.

Con una invocación, hizo amainar el viento mientras el veneno de los dragones se abatía sobre la última nave de la fila.

Después, Elric empleó todos sus poderes para levantar un viento aún más fuerte en las velas de su propia embarca−ción, mientras sus camaradas, perplejos en sus barcos re−pentinamente encalmados, le llamaban a gritos desde las otras naves preguntándose desesperadamente la razón de su comportamiento. Ahora, el barco de Elric avanzaba a toda prisa y tal vez podría escapar por muy poco a los dra−gones. Así lo esperaba el albino.

Abandonó a su suerte al hombre que había confiado en él, el conde Smiorgan, y observó cómo el veneno caía del cielo y le envolvía en una llamarada verde y escarlata. Elric huyó, sin permitir que su mente se hiciera ideas sobre el fu−turo, y aquel orgulloso príncipe de una ciudad en ruinas so−llozó en voz alta y maldijo a los malévolos dioses por el día aciago en que ociosamente, para procurarse una diversión, habían engendrado al ser humano.

Detrás de él, las últimas naves asaltantes estallaron en súbitas llamaradas aterradoras y, aunque agradecidas a me−dias de haber escapado al destino de sus camaradas, los hombres a bordo del barco observaron acusadoramente al albino. Elric continuó sollozando sin ocultarlo, con el alma desgarrada por grandes sufrimientos.

Una noche más tarde, cuando la nave se encontró por fin a salvo de la terrible amenaza de los Señores del Dragón y de sus monstruos, frente a la costa de una isla llamada Pan Tang, Elric permaneció meditabundo en la popa mientras los hombres le contemplaban con miedo y con odio, ha−blando entre dientes de traición y de absoluta cobardía. Pa−recían haber olvidado su propio temor y la posterior seguri−dad que habían disfrutado.

Elric permaneció meditabundo, sosteniendo la negra es−pada mágica en ambas manos. Hacía ya muchos años que sa−bía que la *Tormentosa* era mucho más que una simple arma de combate, pero ahora se daba cuenta de que la espada te−nía más vida de la que él había imaginado. Aquel objeto te−rrible había utilizado la mano que la empuñaba para forzarla a matar a Cymoril. Y, sin embargo, Elric dependía terrible−mente de su espada mágica y se daba cuenta de ello con ab−soluta certeza. A pesar de ello, temía y rechazaba el poder de la espada, la odiaba intensamente por el caos que había provocado en su cerebro y en su espíritu. Presa de una agó−nica incertidumbre, sostuvo la hoja en sus manos y se obli−gó a sopesar las alternativas. Sin la siniestra espada, perdería el orgullo y tal vez la vida incluso, pero conocería la reconfortable tranquilidad del puro descanso; con ella, tendría poder y fuerza, pero el acero le conduciría a un futuro mar−cado por el destino. Saborearía el poder, pero nunca ten−dría paz.

Exhaló un profundo y sollozante suspiro y, movido por aciagos presentimientos, arrojó la espada mágica al mar ba−ñado por la luna.

Increíblemente, no se hundió. Ni siquiera quedó flotan−do sobre las aguas. Se clavó de punta en el mar y allí se que−dó, temblando como si estuviera incrustada en madera. Per−maneció en el agua como la aguja de un metrónomo, quin−ce centímetros de hoja sumergidos en el mar, y empezó a emitir un misterioso grito diabólico, un aullido de horrible malevolencia.

Elric masculló una maldición, extendió su mano delga−da y de un blanco reluciente y trató de recuperar la espada hechizada. Se estiró todavía más, inclinándose todo lo posi−ble sobre el pasamanos. Seguía sin alcanzarla; aún quedaba a unos palmos de él. Con un jadeo, abrumado por una enfer−miza sensación de derrota, cayó por el costado de la embar−cación y se sumergió en las

aguas heladas para nadar luego con brazadas tensas, grotescas, hacia la enhiesta espada. El−ric estaba derrotado: la espada había vencido.

Extendió el brazo hacia ella y sus dedos se cerraron en torno a la empuñadura. La *Tormentosa* se acomodó a su mano al instante y Elric notó que las energías volvían lenta−mente a su cuerpo dolorido. Después comprendió que él y la espada eran interdependientes, pues, si bien él necesitaba el arma, la *Tormentosa* requería también un portador: sin un hombre que la empuñara, la hoja también era impotente.

-Así pues -murmuró Elric con desesperación-, de−bemos estar unidos el uno al otro. Unidos por cadenas forja−das en el infierno y por circunstancias urdidas por el desti−no. Muy bien, pues, seámoslo y los hombres tendrán razo−nes para espantarse y huir ante la mención de los nombres de Elric de Melniboné y su espada, la *Tormentosa.* Los dos somos iguales, hijos de una era que nos ha desamparado. ¡Demos a esa era razones para odiarnos!

Fuerte otra vez, Elric envainó la *Tormentosa* y la espada se ajustó a su costado; luego, con potentes brazadas, el albi−no empezó a nadar hacia la isla mientras los hombres que había dejado en el barco respiraban aliviados y se pregunta−ban si el melnibonés solitario sobreviviría o perecería en las aguas sombrías de aquel mar extraño y sin nombre...

LIBRO SEGUNDO

Mientras los dioses ríen

«Yo, mientras los dioses ríen, soy el vértice del mundo;
torbellino de pasiones en ese mar oculto
cuyas olas sempiternas besan mis costas
y llenan las aguas oscuras con un ligero compás.»

mervyn peak

Formas y sonidos, 1941

1

Una noche, mientras Elric, con aire malhumorado, bebía a solas en una taberna, una mujer sin alas de Myyrrhn entró como surgida de la tormenta y apoyó su cuerpo flexible contra él.

Su rostro era delgado y frágil, casi tan pálido como la piel albina del propio Elric, y llevaba unas ropas vaporosas de tonos verdes claros que contrastaban con su cabello pe–lirrojo intenso.

La taberna estaba profusamente iluminada con velas y animada por las discusiones a voz en grito y las grandes car–cajadas, pero las palabras de la mujer de Myyrrhn surgieron claras y líquidas, perfectamente audibles por encima del barullo.

-Llevo veinte días buscándote -dijo a Elric.

Éste la miró casi con insolencia con sus ojos carmesíes entrecerrados y se recostó en el respaldo de la silla; entre los largos dedos de su mano derecha sostenía una copa de vino de plata y la izquierda se apoyaba en la empuñadura de su espada mágica, la *Tormentosa.*

-Veinte días -murmuró el melnibonés en voz baja, como si hablara para sí mismo, con un tono deliberadamen–te brusco-. Mucho tiempo para que una mujer bella y sola ande dando tumbos por el mundo. -Abrió un poco más los ojos y se dirigió a la mujer cara a cara-: Soy Elric de Melniboné, como muy bien sabes. No ofrezco favores ni los pido. Tenlo en cuenta y dime por qué llevas veinte días buscán–dome.

La mujer respondió en el mismo tono, impertérrita ante la actitud desdeñosa del albino.

-Eres un hombre áspero, Elric, eso también lo sé. Y es–tás abrumado de pesar por razones que ya son legendarias. Yo no te pido favores, sino que me ofrezco a ti y te traigo una propuesta. ¿Qué es lo que más deseas en el mundo?

-La paz -respondió simplemente Elric. Después, con una sonrisa de ironía, añadió-: Soy un hombre malo, seño–ra, y mi destino es la condenación, pero no soy necio ni in–justo. Deja que te recuerde un poco de la verdad..., o lláma–lo leyenda, si así lo prefieres. A mí me da igual.

»Hace ahora un año, una mujer murió bajo el acero de mi fiel espada. -Dio unos secos golpes en la hoja y su mira–da se hizo de pronto dura y secretamente burlona-. Desde entonces no he cortejado ni he deseado a ninguna otra mu–jer. ¿Por qué iba a romper hábitos tan firmes? Si me pregun–tas, te aseguro que podría recitarte poesías y que tienes una gracia y una belleza que me moverían a interesantes espe–culaciones, pero no querría cargar un solo gramo de mi pe–nosa carga sobre alguien tan exquisito como tú. Cualquier relación entre nosotros que no fuera la puramente formal precisaría que, involuntariamente, me descargara de una parte de ese peso. -Hizo una pausa durante unos instantes y añadió en voz baja-: He de reconocer que a veces me pongo a gritar mientras duermo y que a menudo me tortura un inexpresable sentimiento de desprecio hacia mí mismo. Vete mientras puedas, mujer, y olvida a Elric porque sólo puede llevar pena y dolor a tu alma.

Con un rápido movimiento, apartó los ojos de ella y alzó la copa de plata, apurando el vino y llenándola otra vez con una jarra que tenía al lado.

-No -replicó tranquilamente la mujer sin alas de Myyrrhn-, no me iré. Ven conmigo.

Se puso en pie y tomó de la mano a Elric. Sin saber por qué, el albino dejó que la mujer le llevara fuera de la taber–na, bajo la furiosa tormenta sin lluvia que ululaba en las ca–lles de la ciudad de Raschil, en Filkharia. Una sonrisa cínica y protectora se dibujaba en el rostro de Elric mientras la mujer le conducía hacia el embarcadero batido por el mar, donde le desveló su nombre, Shaarilla de la Niebla Danzante, la hija sin alas de un nigromante fallecido, una inválida en su propia tierra extraña que le había forzado al exilio.

Elric se sintió inquietamente atraído hacia aquella mu–jer de mirada tranquila que apenas

desperdiciaba palabras. Notó surgir dentro de sí una profunda emoción que no ha−bía creído posible volver a sentir, y deseó abrazar aquellos hombros delicadamente torneados y estrechar aquel esbel−to cuerpo contra el suyo. Sin embargo, reprimió tal impulso y estudió su marfileña finura y su exuberante melena, que se mecía al viento en torno a su rostro.

Un cómodo silencio se hizo entre los dos mientras el viento caótico ululaba lóbrego sobre el mar. Allí, Elric ape−nas percibía el cálido hedor de la ciudad y se sintió casi re−lajado. Por fin, apartando la vista de él y vuelta hacia las agi−tadas aguas, con su túnica verde ondeando al viento, la mu−jer murmuró:

-Naturalmente, habrá oído hablar del Libro de los Dio−ses Muertos, ¿no es así?

Elric asintió. La frase despertaba su interés, pese a la ne−cesidad que sentía de distanciarse lo más posible de sus congéneres. Se decía que el libro legendario contenía cono−cimientos que podían solucionar muchos problemas que habían acosado a los hombres durante siglos; recogía un sa−ber sagrado y poderosísimo que cualquier hechicero desea−ría probar. Sin embargo, la creencia general era que el libro había sido destruido, arrojado hacia el sol cuando los Viejos Dioses agonizaban en el erial cósmico que se extendía más allá de los confines del sistema solar. Otra leyenda, al pare−cer de origen posterior, se refería vagamente a unos seres oscuros que habían interrumpido la trayectoria de Libro ha−cia el sol y se habían adueñado de él antes de su destruc−ción. La mayoría de los eruditos quitaban cualquier valor a esta leyenda afirmando que, tras el tiempo transcurrido, el libro habría salido a la luz si todavía existiera.

Elric se obligó a mantener un tono de voz neutro para tratar de mostrar desinterés cuando respondió a Shaarilla.

-¿A qué viene hablar del Libro?

-Tengo la certeza de que existe -replicó Shaarilla con vehemencia- y sé dónde está. Mi padre tuvo conocimien−to de ello justo antes de morir. El libro y yo seremos tuyos si me ayudas a conseguirlo.

Elric se preguntó si sería posible que el Libro contuviera el secreto de la paz. Si lograba hacerse con él, ¿encontraría en sus páginas la forma de librarse de la *Tormentosa?*

-Si tanto deseas encontrarlo que has venido a buscar mi ayuda -respondió finalmente-, ¿cómo es que no quie−res quedártelo?

-Porque me daría miedo tener permanentemente bajo mi custodia un objeto semejante. No es un libro para estar en manos de una mujer, pero tú eres posiblemente el últi−mo nigromante poderoso que queda en el mundo y es justo que te hagas cargo de él. Además, tal vez serías capaz de ma−tarme para conseguirlo; con un texto así en mis manos, ja−más estaría segura. Sólo necesito conocer una parte muy pequeña de los saberes que contiene.

-¿De qué se trata? -quiso saber Elric, estudiando la se−rena belleza de Shaarilla mientras en su interior se agitaba un nuevo impulso.

La mujer apretó los labios y entrecerró los ojos.

-Te responderé a eso cuando tengamos el Libro en nuestras manos, no antes.

-Tus palabras me bastan -replicó Elric rápidamente, comprendiendo que no iba a conseguir más información de momento. Y añadió-: Y despiertan mi curiosidad.

A continuación, antes casi de darse cuenta de lo que ha−cía, Elric tomó entre sus manos finas y pálidas los hombros de la mujer y apretó sus labios descoloridos contra su boca escarlata.

Elric y Shaarilla cabalgaron hacia el oeste en dirección a la Tierra Silenciosa, cruzando las feraces llanuras de Shazaar ante cuyas costas había anclado su barco un par de días an−tes. La región fronteriza entre Shazaar y la Tierra Silenciosa era un territorio yermo en el que no se alzaban ni siquiera las pobres viviendas de los campesinos; era una tierra de na−die, aunque fértil y rica en productos naturales. Los habitan−tes de Shazaar habían renunciado deliberadamente a exten−der sus fronteras, pues, aunque los moradores de la Tierra Silenciosa rara vez se aventuraban más allá de los Pantanos de la Niebla que marcaban el límite natural entre ambas re−giones, los habitantes de Shazaar seguían mostrando un te−mor casi supersticioso hacia sus desconocidos vecinos.

El viaje había sido rápido y sin obstáculos, aunque cargado de malos presagios, pues varias

personas que no debe−rían haber sabido nada de sus intenciones habían advertido a los viajeros de la proximidad de un gran peligro. Elric, ta−citurno, advirtió las señales de peligro, pero decidió no ha−cer caso de ellas y no le dijo nada a Shaarilla, quien, por su parte, pareció satisfecha con el silencio de Elric. La pareja apenas intercambió palabra durante toda la jornada, reser−vando fuerzas de este modo para el ardiente juego amoroso de la noche.

El golpe sordo de los cascos de sus monturas sobre el mullido pasto, y el ruido apagado de la espada y los arneses de Elric eran los únicos sonidos que rompían el silencio del claro día de invierno, mientras la pareja continuaba su avan−ce aproximándose a los senderos traicioneros y lúgubres de los Pantanos de la Niebla.

Una noche oscura, bajo un cielo encapotado, alcanzaron los límites de la Tierra Silenciosa marcados por el pantano y se detuvieron a acampar en sus límites, levantando su tien−da de seda sobre una colina con vistas a la extensa ciénaga envuelta en niebla.

Las nubes, dispuestas como almohadas negras contra el horizonte, estaban cargadas de malos augurios. Tras ellas acechaba la luna, cuya luz las atravesaba en ocasiones lo su−ficiente para enviar un pálido rayo vacilante sobre las bri−llantes aguas estancadas de la zona fronteriza, escabrosa y cubierta de hierba. En cierto momento, un rayo de luna in−tensamente plateado iluminó la silueta oscura de Elric, pero, como si la visión de una criatura viviente en la colina pelada le produjera repulsión, el disco lunar corrió a ocul−tarse de nuevo tras su coraza de nubes y dejó al albino su−mido en profundos pensamientos. Sumido en la oscuridad que él deseaba.

Un trueno se dejó oír sobre las lejanas montañas como si fuera el eco de la risa de unos dioses distantes. Elric se es−tremeció, se ajustó más la capa verde y continuó contem−plando los pantanos envueltos en la bruma.

Shaarilla no tardó en acercarse a él y permaneció en pie a su lado, envuelta en una gruesa capa de lana que no conseguía aislarla por completo del frío y la humedad del ambiente.

-La Tierra Silenciosa -murmuró-. ¿Son ciertas todas esas historias, Elric? ¿Has conocido alguna vez la verdad so−bre esas tierras en tu vieja Melniboné?

Elric frunció el ceño, molesto de que la mujer hubiera perturbado sus pensamientos. Se volvió hacia ella con gesto brusco, la miró por unos instantes con un aire ausente en sus ojos de iris carmesí y, a continuación, dijo con voz mo−nótona:

-Sus habitantes son temidos por todo el mundo y no son humanos, eso es lo único que sé. Pocos hombres se han aventurado jamás en su territorio y ninguno ha regresado, que yo sepa. Incluso en los tiempos en que Melniboné era un imperio poderoso, ésta fue una nación que mis antepasa−dos nunca dominaron... ni mostraron deseos de hacerlo. Se dice que los moradores de la Tierra Silenciosa son una raza agonizante, mucho más severa de lo que nunca ha llegado a ser la mía, y que tuvieron el dominio de la Tierra mucho an−tes de que los hombres iniciaran su predominio. En la ac−tualidad, esas gentes rara vez se aventuran más allá de los confines de su territorio, perfectamente delimitado por los pantanos y las montañas.

Shaarilla lanzó entonces una risilla irónica.

-De modo que no son humanos. ¿Qué me dices pues de mi pueblo, que está emparentado con ellos? ¿Qué di−ces de mí, Elric?

-Tú eres suficientemente humana para mí -replicó él con indiferencia, mirándola a los ojos.

Ella sonrió.

-Eso no es ningún cumplido -murmuró-, pero lo to−maré como tal..., hasta que tu lengua mordaz encuentre otro mejor.

Esa noche, su sueño fue inquieto y, como había predicho, Elric se la pasó lanzando gritos agónicos en sus sueños turbulentos y llenos de terror. Y, entre los gritos, pronunció varias veces un nombre que llenó de dolor y de celos los ojos de Shaarilla. Ese nombre era el de Cymoril. Sumido en sueños con los ojos muy abiertos, Elric parecía estar con−templando a la mujer cuyo nombre pronunciaba, acompa−ñado de otras palabras en un idioma sibilante que obligó a Shaarilla a taparse los oídos, presa de un escalofrío.

A la mañana siguiente, mientras doblaban entre los dos la seda amarilla susurrante de la tienda y levantaban el cam−pamento, Shaarilla evitó mirar directamente a Elric pero, más tarde, al

advertir que él no daba la menor muestra de querer hablar, la mujer le hizo una pregunta en una voz li−geramente temblorosa.

Era una pregunta que Shaarilla sentía necesidad de ha−cer, pero que se resistía a surgir de sus labios.

-¿Por qué deseas poseer el Libro de los Dioses Muer−tos, Elric? ¿Qué crees que encontrarás en él?

Elric se encogió de hombros, sin dar importancia a la pregunta, pero la mujer la repitió con más insistencia y en voz más alta.

-Está bien -contestó por fin el albino-, pero no re−sulta fácil responder a eso en pocas palabras. Digamos que deseo saber, sobre todo, una cosa.

-¿De qué se trata, Elric?

El melnibonés dejó en el suelo la tienda que acababan de doblar y lanzó un suspiro. Sus dedos jugaron, nerviosos, con la empuñadura de su espada mágica.

-Quiero averiguar si existe o no un Dios superior. Eso es lo único que necesito saber, Shaarilla, para dar un sentido y una dirección a mi vida. Los Señores del Orden y del Caos rigen ahora nuestras vidas, pero ¿existe algún ser, algún dios, más poderoso que ellos?

-¿Por qué necesitas averiguarlo? -insistió Shaarilla, poniendo una mano en el brazo de Elric.

-A veces, en mi desesperación, busco el consuelo de un dios benigno, Shaarilla. De noche, desvelado en la cama, mi mente busca en el oscuro vacío algo, cualquier cosa, que me acoja en su seno, que me dé calor y protección, que me diga que existe un orden en el caótico rodar del universo; alguien que me asegure que la precisión de los planetas es un hecho firme y no una mera chispa brillante y efímera de cordura en una eternidad de malévola anarquía.

Elric emitió un suspiro. Sus palabras en voz baja estaban teñidas de desesperanza.

-Sin una confirmación del orden de las cosas, mi único consuelo es aceptar la anarquía -continuó-. Así, puedo recrearme en el caos y aceptar sin temor que estamos todos predestinados a la destrucción desde el primer momento, que nuestra breve existencia carece de sentido y, al propio tiempo, está condenada. De este modo, puedo aceptar que estamos más que desamparados, ya que nunca ha existido nada que nos proporcionara cobijo. He sopesado las prue−bas, Shaarilla, y tengo que reconocer que se impone la anar−quía, a pesar de todas las leyes que parecen gobernar nues−tros actos, nuestra hechicería y nuestra razón. Sólo veo caos en nuestro mundo. Si el Libro que buscamos me revela otra cosa, la creeré gustosamente. Hasta entonces, sólo confiaré en mi espada y en mí mismo.

Shaarilla contempló a Elric con aire desconcertado.

-¿No es posible que esta filosofía tuya esté influenciada por los recientes acontecimientos de tu pasado? ¿No tienes miedo, tal vez, de las consecuencias de tu traición y de esa muerte? ¿No te resulta más cómodo, acaso, creer en unos merecimientos que rara vez se recompensan con justicia?

Elric se volvió hacia ella con sus ojos carmesíes encen−didos de cólera pero, cuando se disponía a replicar, la rabia desapareció de su corazón y el albino bajó los ojos al suelo, ocultándolos a la mirada de Shaarilla.

-Tal vez -respondió entonces sin convicción-. No lo sé. Ésta es la única auténtica verdad, Shaarilla. No lo sé.

La mujer asintió y una enigmática mueca de compren−sión iluminó su rostro. Pero Elric no advirtió su mirada, pues los ojos se le habían llenado de unas lágrimas cristalinas que resbalaban por su rostro enjuto y pálido, despojándole por unos instantes de sus fuerzas y de su voluntad.

-Soy un hombre poseído -exclamó con un lamento-. Y sin esta espada diabólica en la mano, no sería un hombre completo.

2

Montaron en sus veloces caballos negros y los espolea−ron con furioso desenfreno colina abajo hacia el pantano, con las capas ondeando tras ellos bajo el impulso del viento que las alzaba en el aire. Los dos cabalgaban con aire decidi−do y serio, negándose a reconocer la dolorosa incertidum−bre que les corroía por dentro.

Y los cascos de sus monturas chapotearon en las in−seguras orillas de la ciénaga antes de que pudieran dete−nerlas.

Soltando una maldición, Elric tiró con fuerza de las rien−das e hizo retroceder a su caballo hasta tierra firme. Tam−bién Shaarilla dominó a su semental y guió al asustado ani−mal hasta la seguridad de los pastos.

-¿Cómo vamos a cruzar? -le preguntó Elric, impa−ciente.

-Hay un mapa... -empezó a decir Shaarilla con cierto titubeo.

-¿Dónde está?

-Se... se perdió. Yo lo perdí. Pero me he esforzado en recordarlo y creo que seré capaz de encontrar el camino para atravesar los pantanos.

-¿Cómo es que lo perdiste..., y por qué no me lo has di−cho hasta ahora? -rugió Elric.

-Lo siento, pero sucedió algo... Justo antes de que te encontrara en la taberna, tengo todo un día en blanco en mi memoria. No sé cómo, pero viví toda una jornada sin darme cuenta de nada y... y cuando desperté, el mapa había desa−parecido.

-Estoy seguro de que alguna fuerza está actuando con−tra nosotros -murmuró él, ceñudo-, aunque no sé qué pueda ser. -Elevando el tono de voz, añadió-: Bien, es−peremos que tu memoria no nos falle demasiado. Estos pan−tanos tienen fama de siniestros en todo el mundo pero, se−gún todas mis noticias, sólo nos aguardan en ellos peligros naturales. -Con una mueca, cerró los dedos en torno a la empuñadura de la espada-. Será mejor que vayas tú de−lante, Shaarilla, pero no te separes de mí. Sólo indícame el camino.

Ella asintió en silencio e hizo girar su caballo hacia el norte, galopando por la orilla hasta llegar a un punto domi−nado por una gran peña ahusada. Desde allí, un sendero cu−bierto de hierba de apenas un metro de anchura se interna−ba en el pantano cubierto de niebla. Ésta sólo permitía ver a unos pasos de distancia, pero daba la impresión de que el camino seguía firme a lo largo de un buen trecho. Shaarilla avanzó con su montura por el sendero y puso el caballo a un trote lento, seguida inmediatamente por Elric.

Los caballos se adentraron vacilantes entre los densos remolinos de niebla que despedían un fulgor blanquecino, y sus jinetes tuvieron que manejar las bridas con energía y pericia. La niebla envolvía la ciénaga en un profundo silen−cio, y los helechos brillantes y húmedos despedían una

in−soportable pestilencia. No vieron moverse ningún animal, ni oyeron el grito de ave alguna sobre sus cabezas. Reinaba una quietud completa, perturbadora, cargada de presagios, que ponía nerviosos a caballos y jinetes.

Con el pánico atenazándoles la garganta, Elric y Shaarilla continuaron su marcha, adentrándose más y más en los es−pectrales Pantanos de la Niebla, con la vista muy pendiente e incluso el olfato atento a captar el menor olor a peligro en el hediondo cenagal.

Horas después, cuando el sol ya había dejado atrás su cénit, el caballo de Shaarilla se encabritó, relinchando y gi−miendo. La mujer lanzó un grito a Elric con sus exquisitas facciones en una mueca de espanto, mientras contemplaba la niebla. El albino espoleó su montura obligándola a avan−zar hasta Shaarilla.

Algo se movió lenta y amenazadoramente en la pegajosa blancura. La mano derecha de Elric se movió hasta su costa−do izquierdo y se cerró sobre la empuñadura de la *Tormen−tosa.*

La hoja surgió de la vaina con un aullido, despidiendo un fuego negro desde la empuñadura hasta la punta, y un extraño poder fluyó de ella invadiendo el brazo de Elric y recorriendo su cuerpo. Una luz extraña, inhumana, brilló en los ojos carmesíes de Elric, y su boca se torció en una si−niestra sonrisa mientras forzaba a su temerosa montura a continuar adelante entre la niebla.

-¡Arioco, Señor de las Siete Oscuridades, acude en mi ayuda! -gritó Elric cuando identificó la forma cambiante que se movía ante él.

Era blanca como la niebla, aunque algo más oscura y se extendía por encima de la cabeza de Elric. La cosa medía casi tres metros de alto por otros tantos de ancho, pero se−guía siendo una mera silueta y no parecía tener cabeza ni extremidades, sólo movimientos; un movimiento rápido, malévolo. Pero Arioco, su dios protector, no quiso escu−charle.

Elric notó palpitar el gran corazón de su caballo entre las piernas cuando el animal se lanzó hacia adelante bajo el férreo control de su jinete. Shaarilla le gritó algo a su espal−da, pero Elric no entendió sus palabras. Descargó un golpe contra la forma blanquecina, pero su espada sólo encontró niebla y lanzó un aullido de rabia. El caballo, loco de espan−to, se negó a dar un paso más, y Elric se vio obligado a des−montar.

-¡Sujeta el caballo! -gritó a Shaarilla antes de dirigirse a paso ligero hacia la forma movediza que se cernía ante él, cerrándole el camino.

Ahora, Elric pudo distinguir algunos de sus rasgos. Un par de ojos de color amarillo pálido se abrían casi en lo alto del cuerpo, aunque carecía de cabeza diferenciada. Una raja enorme, obscena y llena de colmillos, se abría justo bajo los ojos. El ser no tenía nariz ni oídos que Elric pudiera distin−guir. De su tercio superior surgían cuatro apéndices y la parte inferior de su cuerpo se deslizaba por el suelo sin la ayuda de ninguna extremidad. A Elric le dolieron los ojos de mirarlo. Era una figura increíblemente desagradable de contemplar y su cuerpo amorfo despedía un hedor a muerte y putrefacción. Venciendo su propio miedo, el albino avanzó lentamente y con cautela, sosteniendo en alto la es−pada para impedir cualquier ataque que la criatura hiciera con sus apéndices como brazos.

Elric reconoció al ser por la descripción que había de él en uno de los libros de hechizos que había estudiado. Se trataba de un Gigante de la Niebla, posiblemente del único de ellos, Bellbane. Ni siquiera los magos más sabios estaban seguros de cuántos Gigantes de la Niebla exis−tían, si uno o varios. Era un espectro de las tierras cenago−sas que se alimentaba de las almas y la sangre de animales y seres humanos. Pero los Pantanos de la Niebla queda−ban muy al este de los parajes donde se decía que moraba Bellbane.

Elric no siguió preguntándose por qué había tan pocos animales en la ciénaga. Sobre su cabeza, el cielo empezaba a oscurecer. La *Tormentosa* latió en la mano de Elric mien−tras éste invocaba los nombres de los antiguos demonios−dioses de su pueblo. El nauseabundo espectro reconoció sin duda los nombres y, por un instante, retrocedió agitán−dose. Elric obligó a sus piernas a seguir acercándose a la criatura. Desde allí podía distinguir que el espectro no era blanco, aunque tampoco de ningún color que Elric pudiera reconocer. Había unos matices anaranjados, difuminados entre un repulsivo tono amarillo verdusco. Sin embarco, El−ric no percibía tales colores con sus ojos, sino que sólo no−taba aquellos tonos extraños, impíos.

A continuación, se lanzó a la carrera contra el ser, invo−cando unos nombres que ya no tenían ningún significado para su consciencia más inmediata.

- ¡Balaan, Mathim, Aesma, Alastor, Saebos, Verdelet, Nizilfkm, Haborym! ¡Haborym de los

Fuegos Destructores!

Toda su mente estaba desgarrada en dos. Una parte de él quería echar a correr, esconderse, pero había perdido el control del poder que ahora se había adueñado de él y le impulsaba a enfrentarse a aquel horror. La hoja de su espada lanzó golpes y estocadas contra la silueta espectral. Era como querer herir el agua, un agua consciente y pulsante. Pero la *Tormentosa* hizo efecto. La mole entera del espec−tro se puso a temblar como si fuera víctima de terribles do−lores. Elric se sintió lanzado al aire, y la vista se le nubló. No podía ver nada, ni hacer otra cosa que seguir descargando tajos y estocadas contra la criatura que le tenía levantado del suelo.

Bañado en sudor, a ciegas, continuó luchando.

Un dolor que apenas era físico sino más profundo, ate−rrador, llenó su ser mientras lanzaba un gemido agónico y continuaba golpeando sin cesar la blanda mole que le en−volvía y que le llevaba lentamente hacia sus fauces abiertas. Pugnó por desasirse del obsceno brazo, pero los poderosos apéndices del espectro le retenían casi con lascivia, tirando de él como un amante rudo lo haría con su chica. Ni siquie−ra la poderosísima energía interna de la espada mágica pare−cía suficiente para acabar con el ser monstruoso. Aunque los esfuerzos de éste parecían ligeramente más débiles que al principio, seguía atrayendo a Elric cada vez más cerca de la boca babeante.

Elric invocó de nuevo los nombres mientras la *Tormen−tosa* se agitaba y entonaba una horrible canción en su mano derecha. En un último y extremo esfuerzo, Elric probó de nuevo a desasirse mientras mascullaba oraciones, promesas y súplicas, pero el espectro continuó acercándole centíme−tro a centímetro hacia su boca sonriente.

Se resistió con furia y determinación, y volvió a gritar el nombre de Arioco. Una mente sardónica, poderosa y per−versa, tocó la suya y el albino supo que su dios había res−pondido al fin. Casi imperceptiblemente, el Gigante de la Niebla empezó a debilitarse y Elric aprovechó la ventaja. El conocimiento de que el espectro estaba perdiendo fuerzas le dio nuevas energías. A ciegas, entumecido de dolor cada nervio de su cuerpo, siguió descargando su espada sobre el ser.

Y, de pronto, se sintió caer.

Le pareció que caía lentamente durante horas, ingrávi−do, hasta aterrizar en una superficie que cedía bajo su peso. Empezó a hundirse.

Entonces, más allá del tiempo y del espacio, escuchó una voz lejana que le llamaba. No quiso escucharla; estaba satis−fecho de poder descansar allí donde estaba, mientras la fría y reconfortable sustancia en la que yacía le arrastraba lenta−mente hacia abajo.

Por fin, un sexto sentido le hizo advertir que era la voz de Shaarilla la que le llamaba y se obligó a encontrar sentido a sus palabras.

-¡Elric..., el pantano! ¡Estás en el pantano! ¡No te mue−vas!

Sonrió para sí. ¿Por qué habría de moverse? Estaba hun−diéndose lentamente, con toda calma... Se hundía en la aco−gedora ciénaga... ¿No había vivido ya otro momento como aquél, en otra ciénaga?

Con un sobresalto, su mente recobró la plena concien−cia de la situación y abrió los ojos de golpe. Encima de él se−guía la niebla. A un lado, un charco de colores inexpresa−bles se evaporaba poco a poco, despidiendo un hedor inso−portable. Al otro lado, distinguió apenas una silueta humana que gesticulaba desesperadamente. Más allá de la figura hu−mana quedaban las formas casi irreconocibles de dos caba−llos. Allí estaba Shaarilla. Debajo de él...

Debajo de él estaba la ciénaga.

El limo espeso y hediondo le aspiraba hacia abajo mien−tras permanecía tendido sobre él con los brazos y las pier−nas abiertos, medio sumergido ya. La *Tormentosa* seguía en su mano derecha y Elric podía verla si volvía la cabeza. Con cuidado, trató de levantar la mitad superior de su cuerpo de la ciénaga. Lo consiguió, pero notó entonces que las piernas se le hundían todavía más. Sentado en el limo que se lo tra−gaba, gritó a la mujer:

- ¡Shaarilla! ¡De prisa..., una cuerda!

-No tenemos ninguna, Elric -respondió ella mientras se quitaba una de sus prendas, haciéndola tiras frenética−mente.

Elric continuó hundiéndose sin que sus pies encontra−ran un fondo firme en el que apoyarse.

Shaarilla anudó apresuradamente los fragmentos de tela y arrojó la improvisada cuerda hacia el albino con movi−mientos inexpertos. Se quedó corta y, recogiéndola a toda prisa, volvió a lanzarla. Esta vez, la mano abierta de Elric consiguió asirla y la mujer empezó a tirar. Elric notó

que se levantaba un poco, pero no sucedió nada más.

-¡No sirve, Elric..., no tengo suficiente fuerza!

Con una maldición, Elric gritó:

-¡El caballo..., átala al caballo!

La mujer corrió hasta uno de los caballos y anudó la tela a la perilla de la silla de montar. Después, tiró de las riendas del animal y éste empezó a retroceder.

Elric fue arrastrado rápidamente fuera de la ciénaga que le apresaba y, asiendo todavía la *Tormentosa,* alcanzó al fin la relativa seguridad del estrecho sendero.

Jadeante, trató de ponerse en pie, pero notó una debili−dad increíble en las piernas, que se negaban a sostenerle. Se levantó, dio unos pasos tambaleantes y volvió a caer. Shaarilla se arrodilló a su lado.

-¿Estás herido? -preguntó.

Elric le sonrió a pesar de su fatiga.

-Creo que no.

-Ha sido horrible. No podía ver bien qué estaba suce−diendo. Pareció que desaparecías y luego..., luego gritaste ese..., ese nombre.

Shaarilla estaba temblando, con el rostro lívido y tenso.

-¿Qué nombre? -preguntó Elric con sincero descon−cierto-. ¿Qué nombre gritaba?

-No importa -respondió ella sacudiendo la cabeza-. Pero fuera el que fuese, te ha salvado. Poco después, has vuelto a aparecer y has caído al pantano...

El poder de la espada aún fluía en el albino, que ya em−pezaba a sentirse más fuerte.

Con un nuevo esfuerzo, se incorporó y avanzó con paso vacilante hacia el caballo.

-Estoy seguro de que el Gigante de la Niebla no suele rondar por estas ciénagas. Alguien le ha enviado. Ignoro quién o qué, pero debemos llegar a terreno más firme mien−tras podamos.

-¿Hacia dónde? -preguntó la mujer-. ¿Adelante o atrás?

-¡Adelante, por supuesto! ¿A qué viene la pregunta? -replicó Elric frunciendo el ceño.

Shaarilla tragó saliva y movió la cabeza.

-¡Démonos prisa, pues! -exclamó.

Montaron y avanzaron sin grandes cautelas hasta que el pantano y su velo de niebla quedó atrás.

Ahora el viaje adquirió una nueva urgencia, pues Elric se había dado cuenta de que alguna fuerza trataba de poner obstáculos en su camino. Descansaron un poco y cabalga−ron a marchas forzadas hasta dejar a sus poderosos caballos al borde de la extenuación.

El quinto día se encontraron avanzando por un territo−rio rocoso y yermo bajo una ligera llovizna.

El duro piso estaba resbaladizo, de modo que se vieron obligados a cabalgar más despacio, acurrucados sobre los cuellos empapados de sus monturas y envueltos en las ca−pas que sólo les protegían en parte de la lluvia pertinaz. Lle−vaban un buen rato avanzando en silencio, cuando escucha−ron un estremecedor coro de ladridos delante de ellos y el retumbar de unos cascos.

Elric señaló un gran peñasco que se alzaba a su derecha.

-Refugiémonos ahí -dijo-. Algo se acerca... Posible−mente, nuevos enemigos. Con suerte, pasarán de largo.

Shaarilla le obedeció sin una palabra y aguardaron jun−tos mientras los espeluznantes ladridos seguían aproxim án−dose.

-Un jinete... y varias de esas otras bestias -indicó Elric tras prestar atención-. No sé si las bestias acompañan al ji−nete o le persiguen.

Instantes después, galopando bajo la lluvia, apareció un hombre que espoleaba frenéticamente un caballo tan asus−tado como su jinete..., y, detrás de él, a una distancia cada vez menor, una jauría de lo que a primera vista parecían pe−rros. Pero no lo eran, Elric distinguió unas quimeras, mitad ave y mitad can, con las patas y el cuerpo largos e hirsutos de un perro, pero con unos espolones de rapaz en lugar de pezuñas y unos terribles picos curvos donde deberían ha−ber tenido el hocico.

-¡Los perros de caza de los Dharzi! -exclamó Shaari−lla-. ¡Creía que se habían extinguido hace mucho tiempo, como su amos!

-Lo mismo tenía entendido yo -asintió Elric-. ¿Qué están haciendo por aquí? Jamás hubo

contactos entre los Dharzi y los habitantes de estas tierras.

-Algo los ha traído... -cuchicheó la mujer-. Esos pe−rros del diablo nos olfatearán, sin duda.

Elric llevó la mano a la espada mágica.

-En tal caso, no arriesgamos nada si vamos en ayuda de su presa -afirmó, al tiempo que azuzaba a su montura-. Espera aquí, Shaarilla.

En ese momento la jauría infernal y el hombre que per−seguían acababan de pasar ante su refugio en dirección a un angosto barranco. Elric espoleó su caballo ladera abajo.

-¡Eh, tú! -gritó al frenético jinete-. Vuélvete y planta cara, amigo mío... ¡Allá voy en tu ayuda!

Elric enarboló su espada mágica y se lanzó contra los perros diabólicos que aullaban y mostraban sus fauces. Los cascos de su caballo golpearon a uno de ellos con tal fuerza que le rompieron su antinatural espinazo a la bestia. Que−daba otra media docena de perros del más allá. El jinete perseguido dio vuelta a su montura y desenvainó un largo sable que portaba al cinto. Era un hombre de corta estatu−ra, con una boca ancha y fea que le dirigía una sonrisa de alivio.

-¡Es toda una suerte haberte encontrado, noble señor!

No hubo tiempo para más cortesías, pues dos de las fie−ras saltaban ya hacia el hombre y éste tuvo que prestar toda su atención a defenderse de las afiladas garras y de los peli−grosos picos.

Los otros tres perros concentraron su maligna atención en Elric. Uno saltó ágilmente, buscando con el pico la gar−ganta del albino. Éste notó su horrible aliento ante su ros−tro y movió la *Tormentosa* en un rápido arco que partió en dos al animal. Una sangre repulsiva salpicó a Elric y a su montura, y el olor pestilente pareció incrementar la furia de los demás canes infernales. En cambio, la sangre hizo que la mágica espada negra emitiera una suerte de tonada casi extática, y el albino notó como se agitaba en su mano y atravesaba a otra de las terribles bestias. La punta de la hoja penetró en el animal justo por debajo del esternón en el momento en que se alzaba a dos patas. Soltando un terri−ble grito de agonía, volvió el pico para clavarlo en el acero. Cuando el pico entró en contacto con la negra hoja de sua−ve brillo, un tremendo hedor, como si algo se quemara, asaltó el olfato de Elric y el chillido de la bestia cesó súbi−tamente.

Enfrentado al monstruo que restaba, Elric lanzó una fu−gaz mirada a los restos chamuscados. Su caballo, encabrita−do, pateaba al último de los extraños animales descargando ambas patas. El perro esquivó el ataque del caballo y saltó hacia el desguarnecido costado izquierdo de Elric. El albino se movió sobre la silla y descargó una vez más la espada, partiendo por la mitad el cráneo de la bestia y derramando sus sesos y su sangre en el suelo empapado y reluciente. El animal, aún con vida, trató débilmente de morder a Elric, pero el melnibonés no hizo caso de su fútil ataque y volvió la atención al hombrecillo, que había dado cuenta de uno de sus adversarios y que ahora tenía problemas con el segundo. La fiera había agarrado el sable entre su pico, muy cerca de la empuñadura.

Las garras buscaron la garganta del hombre mientras éste pugnaba por sacudirse al animal del sable. Elric se lan−zó a la carga con la espada mágica, dirigida como una lanza hacia el lugar donde el perro−ave colgaba en el aire lanzan−do golpes con sus zarpas, en un intento de alcanzar la carne de su anterior presa. La *Tormentosa* atravesó al animal por el bajo vientre y le desgarró el abdomen hacia arriba, abrién−dolo en canal desde los genitales hasta el cuello. El perro diabólico soltó el sable del hombrecillo y cayó al suelo re−torciéndose. El caballo de Elric acabó de pisotearlo contra el suelo rocoso. Respirando profundamente, el albino en−vainó la *Tormentosa* y contempló con cautela al hombre que había salvado. Le desagradaba el contacto innecesario con los demás, y no deseaba verse abrumado por una mues−tra de emocionado agradecimiento por parte del individuo.

No quedó decepcionado, pues la ancha y fea boca del desconocido se abrió en una alegre sonrisa, y el hombre le hizo una reverencia desde la silla mientras devolvía su sable curvado a la funda.

-Gracias, mi buen señor -dijo en tono ligero -. Sin tu ayuda, la batalla tal vez habría durado un poco más. Me has privado de una buena sesión de ejercicio, pero tu intención era buena. Mi nombre es Moonglum.

-Yo soy Elric de Melniboné -respondió el albino, pero no apreció la menor reacción en el rostro del hombre−cillo.

Era extraño, pues el nombre de Elric estaba rodeado de una reputación horrible en todo el mundo. La historia de su traición y de la muerte de su prima Cymoril había sido contada y

ampliada en las tabernas de todos los Jóve−nes Reinos. Por mucho que le disgustara, estaba acostum−brado a apreciar alguna muestra de reconocimiento en to−dos aquellos a quienes conocía. Su albinismo era suficiente para marcarle.

Intrigado ante la ignorancia que demostraba Moonglum y movido por una extraña atracción hacia el arrogante hombrecillo, Elric le estudió detenidamente para descubrir de qué tierra procedía. Moonglum no llevaba armadura y sus ropas eran de un tejido azul desvaído, gastadas y sucias por el viaje. Su sable colgaba de un recio cinturón de cuero y llevaba también una daga y un zurrón de lana. En los pies Moonglum calzaba unas botas hasta el tobillo, de cuero cuar−teado. La silla de su caballo estaba muy usada, pero era de evidente buena calidad. El hombre, sentado muy erguido en su montura, apenas debía alcanzar el metro y medio, con las pierna demasiado largas en proporción al resto de su menudo cuerpo. Tenía una nariz pequeña y respingona bajo unos grandes ojos verdegrisáceos de mirada inocente. Una mata de cabello de vivos tonos pelirrojos le caía libremente sobre la frente y el cuello. Se mantenía sobre la montura con comodidad, sonriendo todavía pero mirando ahora de−trás de Elric, por donde se acercaba Shaarilla para reunirse con ellos.

Moonglum hizo una complicada reverencia mientras la mujer tiraba de las bridas y detenía su caballo.

-Mi señora Shaarilla -dijo Elric fríamente-, maese Moonglum de...

-De Elwher -añadió el aludido-. La capital comer−cial del este..., la mejor ciudad del mundo.

Elric recordó el nombre.

-Así que eres de Elwher, maese Moonglum. He oído hablar de ese lugar. Es una ciudad nueva, ¿verdad? Apenas tiene algunos siglos. Estás muy lejos de tu tierra.

-Desde luego, señor. Sin conocer el idioma que se uti−liza en esta parte del mundo, el viaje aún habría sido más ar−duo pero, por suerte, el esclavo que me inspiró con los rela−tos de su tierra natal me enseñó muy bien vuestra lengua.

-Pero ¿por qué recorres esta región? ¿No has oído las leyendas? -preguntó Shaarilla, incrédula.

-Son precisamente esas leyendas las que me han traído hasta aquí..., y ya había empezado a creer que no eran cier−tas cuando esos desagradables cachorros se lanzaron a per−seguirme. Ignoro por qué razón decidieron darme caza, pues no les di ninguna causa para que se enfadaran conmi−go. Desde luego, vaya una tierra más bárbara.

Elric se sentía incómodo. La conversación despreocupa−da que parecía del gusto de Moonglum era contraria a su naturaleza solitaria y lacónica, pero, pese a ello, aquel hom−brecillo le caía cada vez mejor.

Fue Moonglum quien sugirió que viajaran juntos un tre−cho. Shaarilla puso objeciones y dirigió una mirada de ad−vertencia a Elric, pero éste no le hizo caso.

-Muy bien, pues, amigo Moonglum, ya que tres son más fuertes que dos, tu compañía nos vendrá bien. Vamos hacia las montañas.

Incluso Elric se sentía de mejor humor.

- ¿Y qué buscáis allí? -quiso saber Moonglum.

-Un secreto -respondió Elric.

Y su nuevo compañero tuvo la suficiente discreción para no insistir en el tema.

3

Así pues, mientras la lluvia arreciaba, chapoteaba y can−taba entre las rocas, los viajeros continuaron su avance con el cielo como acero mate encima de ellos y con el viento entonando un canto fúnebre en sus oídos. Eran tres peque−ñas siluetas que cabalgaban rápidamente hacia la barrera de montañas negras que se alzaba sobre el mundo como un dios pensativo. Y quizá era un dios quien se reía de vez en cuando mientras se acercaban al pie de la sierra, o acaso era el silbido del viento entre el tenebroso misterio de cañones y precipicios, y la masa de rocas de basalto y granito que se elevaban en solitarios picachos. Nubes de tormenta se arre−molinaban en torno a esos picos y de ellas descendían los relámpagos como dedos monstruosos que hurgaran la tie−rra en busca de gusanos. Los truenos retumbaban sobre las crestas, y Shaarilla comunicó por fin sus pensamientos a Elric cuando las montañas aparecieron ante su vista.

-Elric, volvamos atrás, te lo suplico. Olvida el Libro. Hay demasiadas fuerzas actuando contra nosotros. ¡Haz caso de las señales, Elric, o estamos perdidos!

Pero el albino mantuvo su hosco silencio, pues ya hacía tiempo que había advertido la pérdida de entusiasmo de la mujer por la empresa que habían iniciado juntos.

-Elric, por favor... Jamás alcanzaremos el Libro. Demos media vuelta, Elric.

Shaarilla se colocó al lado del albino y tiró de sus rolanzas. Sus rostros eran invisibles, ocultos en la sombra de las capuchas que cubrían sus cabezas.

Elric y sus compañeros salvaron con sus caballos una empinada pendiente, buscando el refugio

de las rocas que la coronaban.

-Nos detendremos aquí -ordenó Elric- e intentare−mos mantenerles a raya. En campo abierto les sería más fácil rodearnos.

Moonglum asintió con la cabeza, expresando su acuer−do con el razonamiento del albino. Detuvieron sus sudoro−sas monturas y se aprestaron a plantar batalla a la jauría au−lladora y a sus amos de capas oscuras.

Pronto, las primeras de las bestias monstruosas llegaron a la carrera por la pendiente, con el pico que tenían por mandíbulas muy abierto y las garras y espolones rechinan−do sobre las rocas. Colocados entre dos grandes peñas y ce−rrando el paso con sus cuerpos, Elric y Moonglum recibie−ron el primer ataque y despacharon rápidamente tres de los animales. Varios más ocuparon el puesto de los muertos, y el primero de los jinetes se hizo visible detrás de la jauría mientras la noche seguía cerrándose.

-¡Por Arioco! -juró Elric, reconociendo de pronto a los extraños jinetes-. ¡Son los Señores de Dharzi, muertos durante los últimos diez siglos! Estamos luchando contra fantasmas, Moonglum, y contra los espectros tangibles de sus perros. ¡A menos que pueda improvisar un hechizo para derrotarles, estamos perdidos!

Los muertos vivientes no parecían tener ninguna inten−ción de participar en el ataque por el momento. Esperaban con una luz espectral en sus ojos muertos, mientras los pe−rros infernales trataban de atravesar la cortina de afilado ace−ro de las espadas con las que Elric y su compañero se defen−dían. Mientras movía la *Tormentosa* a un lado y a otro, Elric trataba de concentrarse en recordar un hechizo oral que hi−ciera desaparecer a aquellos muertos vivientes. Por fin, le vino uno a la cabeza y, con la esperanza de que las fuerzas que iba a invocar decidieran auxiliarle, empezó a entonar:

Que las Leyes que todo lo gobiernan
no sean tan fácilmente vulneradas.
Que quienes se burlan de los Reyes de la Tierra
por una nueva muerte sean besados.

No sucedió nada.

-He fallado -murmuró Elric, desesperado, al tiempo que hacía frente al ataque de una de las fieras y ensartaba al animal en su espada.

Sin embargo, al cabo de unos instantes, el terreno empe−zó a moverse y pareció hervir bajo los cascos de los caballos a cuyo lomo iban montados los muertos vivientes. El tem−blor de tierra duró unos segundos y luego cesó.

-El encantamiento no era lo bastante poderoso -sus−piró Elric.

La tierra tembló otra vez y unos pequeños cráteres em−pezaron a abrirse en el suelo de la ladera donde los difuntos Señores de Dharzi aguardaban impasibles. Las rocas se des−moronaron y los caballos piafaron, inquietos. A continua−ción, un rugido atronador surgió de la tierra.

-¡Atrás! -gritó Elric, alertando a su compañero-. ¡Re−trocedamos, o correremos su misma suerte!

Se retiraron hacia el lugar donde esperaban Shaarilla y los caballos, mientras el suelo se agrietaba bajo sus pies. Las monturas de los Dharzi se encabritaron y relincharon, y los perros que aún quedaban vivos se volvieron hacia sus amos con gesto nervioso, mirándoles con ojos descon−certados y vacilantes. Un ronco gemido surgió de los la−bios de los muertos vivientes. De pronto, una gran exten−sión de la empinada ladera se desmoronó y en su super−ficie aparecieron numerosas grietas que se abrían como bocas hambrientas. Elric y sus compañeros saltaron a sus caballos mientras, en un espantoso coro de confusos gri−tos, los Señores de Dharzi fueron engullidos por la tierra y regresaron a las profundidades de las que habían sido con−jurados.

Una carcajada ronca y obscena surgió de la tierra agrietada. Era la risa burlona de los Reyes de la Tierra que se apoderaban nuevamente de las presas que les pertene−cían por derecho. Entre gañidos y aullidos, la negra jauría se arrojó también a las entrañas de la tierra, siguiendo a sus amos al frío destino que les aguardaba.

Moonglum se volvió hacia el albino y, con voz aún temblorosa, comentó:

-Amigo Elric, tienes tratos con las gentes más ex−trañas.

A continuación, tras un escalofrío, el hombrecillo encaminó de nuevo su caballo hacia las cumbres de las mon−tañas.

Llegaron a los negros picos al día siguiente y Shaarilla, con aire nervioso, condujo a sus compañeros por la ruta que había memorizado. Ya había dejado de suplicar a Elric que regresaran y ahora se la veía resignada al destino que les aguardaba.

Elric sentía bullir dentro de sí una obsesión que le llenaba de impaciencia, pues tenía la certeza de que, por fin, esta−ba en camino de descubrir la verdad última de la existencia en el Libro de los Dioses Muertos. Moonglum se mostraba alegremente escéptico, mientras que a Shaarilla la consu−mían los malos presagios.

Seguía lloviendo, y la tormenta retumbaba y crepitaba encima de ellos. Y, mientras la lluvia arreciaba otra vez con renovada insistencia, el trío llegó finalmente ante la boca negra de una enorme caverna.

-Aquí se acaba lo que recuerdo del camino -declaró Shaarilla cuando la alcanzaron, dando muestras de agota−miento-. El Libro está en alguna parte más allá de la entra−da de esa cueva.

Elric y Moonglum se miraron, indecisos. Ninguno de los dos estaba seguro de cuál debía ser su siguiente movimien−to. Habían llegado a su objetivo y eran presa de un momen−táneo desconcierto, pues nada bloqueaba la entrada de la caverna, ni nadie parecía guardarla.

-Es impensable que todos los peligros que hemos afrontado no sean obra de una mano oculta -comentó El−ric-, pero aquí estamos... y nadie intenta impedirnos en−trar. ¿Estás segura de que no te equivocas de cueva, Shaa−rilla?

La mujer indicó con la mano la roca que remataba la boca de la caverna. Grabado en ella había un curioso símbo−lo que Elric reconoció al instante.

-¿Qué significa, Elric? -preguntó Moonglum.

-Es el símbolo de la desorganización y la anarquía per−petuas -respondió el albino-. Nos encontramos en un te−rritorio dominado por los Señores de la Entropía o por algu−no de sus lacayos. ¡Así que éste es nuestro enemigo! Eso sólo puede significar una cosa: el Libro es de extrema importancia para el orden de las cosas en este plano... y, posi−blemente, en todos los incontables planos del universo. ¡Por eso Arioco se negaba a ayudarme...! ¡Él también es un Señor del Caos!

Moonglum le miró, desconcertado.

-¿A qué te refieres, Elric?

-¿Ignoras que hay dos fuerzas que gobiernan el mundo librando una batalla eterna? -replicó Elric-. El Orden y el Caos. Los partidarios del Caos afirman que, en un mundo como el que rigen, todo resulta posible. Los opuestos al Caos, los que se alían con las fuerzas del Orden, dicen que sin Orden no es posible nada material.

»Hay quienes mantienen una tercera postura y creen que el estado de cosas más conveniente es un equilibrio entre am−bos extremos, pero nosotros no podemos creer algo así. Esta−mos involucrados en una disputa entre las dos fuerzas contra−rias. El Libro, evidentemente, es valioso para ambas facciones, y supongo que a los esbirros de la Entropía les preocupa el poder que podríamos liberar si lo consiguiéramos. El Orden y el Caos rara vez intervienen directamente en la vida de los hombres, y por eso no tenemos plena conciencia de su pre−sencia. Ahora, quizá pueda descubrir al fin la respuesta a la única pregunta que me preocupa: ¿Existe alguna fuerza última que gobierne a las facciones opuestas del Orden y el Caos?

Elric cruzó la entrada de la cueva y se asomó al lóbrego interior mientras los demás le seguían, vacilantes.

-La caverna se extiende hacia dentro un gran trecho. Lo único que podemos hacer es adentrarnos hasta que lle−guemos al fondo -apuntó Elric.

-Esperemos que el fondo no quede hacia abajo -co−mentó Moonglum con ironía, mientras con un gesto indica−ba al albino que abriera la macha.

Avanzaron dando tumbos mientras la oscuridad de la cueva se hacía más y más intensa. Las voces resonaban am−plificadas y huecas en sus propios oídos, y el suelo de la ca−verna se

inclinaba acusadamente hacia abajo.

-Esto no es una cueva -cuchicheó Elric-, sino un tú−nel..., pero no tengo idea de adonde pueda conducir.

Continuaron recorriendo el túnel sumidos en una com−pleta oscuridad, asidos uno a otro mientras avanzaban lentamente, con paso inseguro y la certeza de que seguían des−cendiendo por una suave rampa. Perdieron toda noción del tiempo, y Elric empezó a sentirse como si estuvieran vi−viendo un sueño. Los acontecimientos se habían hecho tan impredecibles y estaban tan fuera de su control que ya no podía seguir considerándolos en términos normales. El tú−nel era largo, oscuro, ancho y frío. No ofrecía la menor co−modidad y, con el paso del tiempo, el suelo fue lo único que conservaba cierta realidad. Seguía firme bajo sus pies. Em−pezó a creer posible que no estuviera avanzando en abso−luto, que fuera el suelo el que se movía mientras él perma−necía siempre en el mismo sitio. Sus compañeros seguían asidos a él, pero Elric no era consciente de su presencia. Es−taba perdido y tenía la mente paralizada. A veces, le invadía una sensación de vértigo como si estuviera al borde de un precipicio. En alguna de esas ocasiones perdió el equilibrio y su cuerpo fue a golpear la dura piedra del suelo, refutando la proximidad de la sima por la que casi esperaba encontrar−se cayendo.

Pero en todo instante obligó a sus piernas a continuar caminando, incluso cuando no se sentía nada seguro de es−tar avanzando de verdad. Y el tiempo perdió todo significa−do y se convirtió en un concepto sin sentido y sin relación con nada.

Hasta que, al fin, percibió un leve resplandor azulado delante de él y supo que, efectivamente, había estado avan−zando en la oscuridad. Echó a correr por la rampa, pero se dio cuenta de que iba demasiado de prisa y moderó su velo−cidad. El aire frío del túnel estaba impregnado de un olor extraño, de otro mundo, y el temor le invadió como una fuerza fluida que le inundara, como algo ajeno a él mismo que se adueñara de su ser.

Los demás también lo apreciaron, evidentemente; aun−que nadie dijo nada, Elric se dio cuenta de ello. Continua−ron su descenso lentamente, atraídos como autómatas hacia el pálido resplandor azulado.

Y pronto se encontraron fuera del túnel, contemplando con asombro la panorámica no terrenal que se abría ante ellos. Sobre sus cabezas, el aire parecía de aquel extraño tono azulado que les había atraído al principio. Se encontra−ban sobre una roca plana que sobresalía del terreno y, aun−que todavía reinaba una cierta oscuridad, el misterioso resplandor azulado iluminaba una franja de reluciente playa pla−teada a sus pies. La playa era bañada por un impetuoso mar oscuro que se mecía, inquieto, como un gigante líquido su−mido en un sopor agitado. Esparcidos por la playa plateada estaban los restos confusos de unas naves naufragadas, la osamenta de unos barcos de diseños muy peculiares, cada uno con su forma propia, diferente a las demás. El mar se perdía en la oscuridad y no se apreciaba ningún horizonte: sólo la más profunda negrura. Detrás de ellos, los tres viaje−ros pudieron ver un acantilado cortado a pico que también se perdía entre las sombras más allá de un punto determina−do. Y hacía frío, un frío intenso, de un rigor increíble. Y, aunque un mar se agitaba a sus pies, no percibieron la me−nor humedad en el aire, ni el menor olor a sal. La vista era desolada e imponente; aparte del mar, ellos eran los únicos seres que se movían. En realidad, eran los únicos que pro−ducían sonidos, pues el mar, pese a su incesante movimien−to, permanecía en un horrible silencio.

-¿Y ahora, qué? -susurró Moonglum a Elric con un es−calofrío.

Elric meneó la cabeza y los tres continuaron contem−plando la panorámica un largo rato hasta que, por fin, con la blanca piel de sus manos y de su rostro casi fantasmagórica bajo la extraña luz, respondió:

-Ya que no sirve de nada retroceder, nos aventurare−mos en ese mar.

Pronunció estas palabras con voz hueca, como si no fue−ra consciente de lo que decía.

Unos peldaños tallados en la propia roca conducían des−de la boca del túnel hacia la playa y Elric empezó a descen−der por ellos. Los demás le dejaron abrir la marcha mientras miraban en torno con los ojos iluminados por una terrible fascinación.

4

Sus pisadas profanaron el silencio cuando llegaron a la playa plateada de guijarros cristalinos y avanzaron sobre ellos haciéndolos crujir. Elric se fijó en uno de los objetos desperdigados en la playa y sonrió. Sacudió la cabeza enér−gicamente, como para despejarse. Tembloroso, señaló una de las embarcaciones y sus compañeros vieron que, al con−trario que las otras, estaba intacta. Era amarilla y roja, de to−nos chillones que resultaban vulgares en aquel paisaje; al acercarse,

comprobaron que estaba hecha de madera, aun−que diferente a todas las que conocían. Moonglum pasó uno de sus dedos rechonchos por la quilla.

-Dura como el acero -murmuró-. No es extraño que no se haya podrido como las demás. -Se asomó al inte−rior y se estremeció-. Bueno, el propietario no protestará si nos quedamos con ella -añadió irónicamente.

Elric y Shaarilla le comprendieron cuando vieron el es−queleto, extrañamente retorcido, que yacía en el fondo del bote. Elric introdujo la mano y extrajo los restos, lanzándo−los contra las piedras. El esqueleto se estrelló contra los re−lucientes guijarros y rodó sobre ellos desintegrándose, es−parciendo los huesos por una extensa zona. La calavera fue a detenerse al borde del agua y pareció contemplar con sus cuencas vacías el inquietante océano.

Mientras Elric y Moonglum tiraban esforzadamente de la embarcación hacia el mar, Shaarilla se adelantó y se agachó junto a la orilla, introduciendo la mano en el líquido. La retiró rápidamente, sacudiéndola para expulsar la sustancia.

-Esto no es el agua que conocemos -anunció.

Los hombres la oyeron, pero no dijeron nada.

-Necesitaremos una vela -murmuró Elric. La fresca bri−sa soplaba hacia el océano-. Una capa servirá. -Se quitó la suya y la anudó al mástil de la embarcación-. Dos de noso−tros tendremos que sujetarla por los extremos -explicó-, así tendremos cierto control sobre la dirección del bote. Es un arreglo improvisado, pero el mejor que se me ocurre.

Saltaron a la barca cuidando de no meter los pies en el mar.

El viento llenó la vela e impulsó la embarcación sobre el océano a una velocidad mayor de la que Elric había calcula−do en principio. La barca se lanzó a una loca carrera como poseída de voluntad propia mientras a Elric y a Moonglum les dolían los músculos, agarrados de los extremos inferio−res de la capa.

Pronto, la playa de plata quedó atrás y poco les quedó que ver: la pálida luz azulada apenas penetraba la oscuridad. En ese instante escucharon un seco batir de alas sobre sus cabezas y levantaron la mirada.

Sobre ellos, descendiendo en silencio, volaban tres enormes criaturas parecidas a simios con grandes alas co−riáceas. Shaarilla reconoció de qué se trataba y exclamó:

-¡Clakars!

Moonglum se encogió de hombros mientras se apresta−ba a desenvainar su espada.

-Desconozco esa palabra. ¿De qué se trata?

No obtuvo respuesta, pues el primero de los simios ala−dos descendía ya en picado, con un grito terrorífico, descu−briendo unos largos colmillos en unas fauces abiertas y ba−beantes. Moonglum soltó su extremo de la vela y lanzó una estocada a la bestia, pero ésta la esquivó batiendo sus alas enormes y tomó altura de nuevo.

Elric desenvainó la *Tormentosa...,* y quedó desconcerta−do. La hoja permaneció muda, callado su familiar aullido de júbilo. La espada se estremeció en su mano y, en lugar del flujo de energía que normalmente invadía su brazo y el res−to de su cuerpo, esta vez sólo notó un ligero escozor. Por un instante, el pánico le paralizó; sin la espada, pronto per−dería toda su vitalidad. Venciendo a duras penas el miedo, empleó la espada para protegerse del furioso ataque de uno de los simios con alas.

La bestia agarró la espada lanzando a Elric a un lado, pero emitió un aullido de dolor cuando el filo de la espada le atra−vesó una de sus manos nudosas cercenándole varios dedos, que cayeron, retorcidos y sangrantes, sobre la pequeña cu−bierta. Elric se asió de la borda y se incorporó de nuevo con esfuerzo. Con un chillido agónico, el simio alado atacó de nuevo, pero esta vez con más cuidado. Elric reunió todas sus fuerzas y movió la espada en un mandoble que desgarró una de las alas coriáceas, y la mutilada bestia cayó a cubierta, tra−tando desesperadamente de remontar el vuelo. Elric calculó a ojo dónde debía tener el corazón y hundió la hoja bajo el esternón del simio. Los movimientos de éste cesaron.

Moonglum descargaba furiosos golpes con su arma con−tra dos de los horribles animales, que le atacaban por am−bos flancos. El hombrecillo había hincado la rodilla y lan−zaba sus vanos golpes al azar. Había abierto de extremo a extremo el costado de la cabeza de una de las bestias pero, a pesar del dolor, ésta seguía atacándole. Elric lanzó la *Tor−mentosa* a través de las sombras y su punta se clavó en la garganta de la fiera. El simio agarró el acero con ambas ma−nos y cayó

por la borda. El cadáver flotó en el líquido y luego, poco a poco, empezó a hundirse. Elric asió con de−dos frenéticos la empuñadura de la espada mágica, estirán−dose cuanto pudo sobre el costado del bote. La espada, inexplicablemente, se hundía con la bestia. Conociendo las propiedades de la *Tormentosa,* Elric se quedó descon−certado: en cierta ocasión, cuando había arrojado la espada mágica al océano, el acero se había negado a hundirse. Ahora, era arrastrado bajo la superficie como una espada normal. Agarró con fuerza la empuñadura y extrajo la hoja del cuerpo del simio.

Las fuerzas le estaban abandonando rápidamente. Era in−creíble. ¿Qué extrañas leyes gobernaban aquel mundo? No logró imaginarlo; lo único que le importaba era recuperar sus fuerzas, casi agotadas. Pero sin la energía que le propor−cionaba la espada mágica, aquello era imposible.

El sable curvo de Moonglum había destripado al tercero de los simios y el hombrecillo se ocupaba ahora de arrojar el cuerpo por la borda. Luego se volvió y lanzó una sonrisa triunfal a Elric.

-Buen combate -dijo.

Elric movió la cabeza en gesto de negativa y respondió:

-Tenemos que cruzar de prisa este mar o estaremos perdidos, acabados. Mis poderes han desaparecido.

-¿Cómo? ¿Por qué?

-No lo sé..., a menos que las fuerzas de la Entropía ten−gan más fuerza aquí. Démonos prisa..., no es momento de cavilaciones.

Los ojos de Moonglum reflejaban preocupación. No po−día hacer otra cosa que obedecer a Elric.

El albino estaba temblando de debilidad y sujetaba la vela henchida con las escasas fuerzas que le quedaban. Shaarilla se acercó a ayudarle y cerró sus delicadas manos sobre las de él. En sus ojos profundos apareció un destello de comprensión.

-¿Qué eran esos seres? -preguntó Moonglum, mostran−do los dientes blancos y desnudos bajo los labios tensos.

-Clakars -respondió Shaarilla-. Son los antepasados primigenios de mi pueblo y su origen se remonta a antes de los primeros registros históricos. Mi pueblo está considera−do el más antiguo del planeta.

-Quienquiera que pretenda detenernos en esta bús−queda tendrá que encontrar algún... medio original para conseguirlo -dijo Moonglum con una sonrisa-. Los viejos métodos no funcionan.

Sin embargo, sus compañeros no celebraron la broma, pues Elric estaba al borde del desmayo y la mujer sólo esta−ba preocupada por el estado del albino. Moonglum se enco−gió de hombros y miró al frente.

Cuando volvió a hablar, un rato después, su voz sonó excitada.

-¡Nos acercamos a tierra!

En efecto, tenían ante ellos una costa y el bote enfilaba hacia ella a toda velocidad. Demasiado de prisa. Elric se in−corporó pesadamente.

-¡Suelta la capa! -dijo a duras penas.

Moonglum obedeció. El bote continuó su rápido avan−ce, alcanzó otra extensa playa plateada y encalló en ella, abriendo una oscura cicatriz entre los relucientes guijarros hasta detenerse bruscamente, inclinándose a un costado con tal violencia que los tres se vieron arrojados contra la borda de la pequeña embarcación.

Shaarilla y Moonglum se incorporaron y ayudaron al agotado albino a saltar a la playa. Transportándole entre los dos, cruzaron la playa hasta que los guijarros cristalinos die−ron, paso a una gruesa alfombra de musgo esponjoso que amortiguaba sus pisadas. Depositaron a Elric sobre el mus−go y le observaron con aire preocupado, sin saber qué ha−cer a continuación. Elric se esforzó por incorporarse, pero fue en vano.

-Dadme tiempo -musitó-. No voy a morir, pero ya se me está nublando la vista. Sólo espero que el poder de la espada regrese aquí, a tierra firme.

Con enorme esfuerzo, extrajo la *Tormentosa* de la vaina y sonrió aliviado cuando la terrible espada mágica lanzó un leve gemido y luego, lentamente, su canto aumentó de in−tensidad, al tiempo que un fuego negro encendía su hoja. La energía de la espada empezó a fluir por el cuerpo de Elric proporcionándole una renovada vitalidad. Sin embargo, al tiempo que recuperaba sus fuerzas, en los ojos carmesíes de Elric se reflejó una tremenda pesadumbre.

-Como veis -dijo con un gemido-, sin esta espada no soy nada. ¿Qué está haciendo de mí ese negro acero? ¿Es−toy condenado a seguir unido a ella eternamente?

Sus dos compañeros no le respondieron, embargados ambos por una emoción que no sabían definir, una emoción mezcla de miedo, odio y lástima, unida a algo más...

Por fin, Elric pudo sostenerse en pie, tembloroso, y abrió la marcha en silencio por la ladera cubierta de musgo hacia la luz más natural que se filtraba de lo alto. Observa−ron que la luz procedía de una amplia chimenea que, apa−rentemente, conducía al aire libre del mundo superior. Gra−cias a la luz, pronto pudieron distinguir una silueta oscura e irregular que se alzaba en las sombras.

Al acercarse a la silueta, apreciaron que se trataba de un castillo de piedra negra, un extenso conglomerado de edifi−cios cubiertos de líquenes de tonos verde oscuro que en−volvían su vieja mole con una actitud casi conscientemente protectora. El castillo, que ocupaba una amplia superficie, estaba salpicado de torres que parecían levantarse al azar. No consiguieron localizar una sola ventana en todas sus pa−redes y el único punto de acceso era una puerta trasera ce−rrada mediante gruesos barrotes, de un metal que brillaba con un tono rojo apagado, pero sin despedir calor. Sobre la puerta, elaborado en llamativo ámbar, estaba el signo de los Señores de la Entropía, que representaba ocho flechas dis−puestas como radios en todas direcciones desde un eje cen−tral. El signo parecía flotar en el aire sin llegar a tocar la pie−dra negra cubierta de líquenes.

-Creo que nuestra búsqueda termina aquí -declaró Elric con voz tétrica-. Aquí, o en ninguna parte.

-Antes de continuar, Elric, me gustaría saber qué bus−cáis -murmuró Moonglum-. Creo que me he ganado el derecho a enterarme.

-Buscamos un libro -respondió Elric despreocupada−mente-. El Libro de los Dioses Muertos. Se encuentra en−tre los muros de ese castillo, de eso estoy seguro. Hemos llegado al final de nuestro viaje.

Moonglum se encogió de hombros.

-Mejor habría hecho en no preguntar -dijo con una sonrisa-; entiendo muy bien lo que significan esas palabras para mí. Espero que me concederás una pequeña parte del tesoro que ese libro representa.

Elric le contestó con otra sonrisa, pese al frío que le ate−nazaba las entrañas, pero no replicó a su compañero de viaje.

-Primero tenemos que entrar en el castillo -indicó, en cambio.

Como si las puertas de éste le hubieran escuchado, los barrotes metálicos despidieron un fulgor glauco hasta que el resplandor decreció en intensidad para volver al rojo y, finalmente, desaparecer por completo en la nada. La entra−da no estaba cerrada ni, aparentemente, había nadie que la guardara.

-Esto no me gusta nada -gruñó Moonglum -. Es de−masiado fácil. Seguro que es una trampa. No querrás que caigamos en ella para alegría de quien sea que habite en los confines del castillo, ¿verdad?

-¿Qué otra cosa podemos hacer? -inquirió Elric sin alzar la voz.

-Volvamos atrás... o continuemos adelante. Evitemos el castillo y no tentemos al Guardián del Libro. - Shaarilla, con el rostro tembloroso de miedo y una súplica en los ojos, sujetaba con fuerza el brazo derecho del albino-. ¡Ol−vida el Libro, Elric!

-¿Ahora? ¿Después de todo este viaje? -Elric soltó una seca carcajada-. No, Shaarilla, no pienso hacerlo cuando estoy tan cerca de la verdad. Prefiero morir a no haber in−tentado alcanzar la sabiduría que encierra el Libro cuando lo tengo tan a mano.

Los dedos crispados de Shaarilla relajaron la presión y sus hombros se hundieron en gesto de abatimiento.

-No podemos combatir a los esbirros de la Entropía...

-Quizá no tengamos que hacerlo.

Elric no creía sus propias palabras, pero en su boca ha−bía una mueca que insinuaba alguna emoción oscura, inten−sa y terrible. Moonglum dirigió una mirada a la mujer.

-Shaarilla tiene razón -afirmó convencido-. Entre los muros de ese castillo no encontrarás otra cosa que pena−lidades, es posible que incluso la muerte. ¿No es mejor que continuemos subiendo por esos peldaños y tratemos de al−canzar la superficie?

El hombrecillo señaló unos escalones serpenteantes que conducían hacia la grieta que se abría en lo alto de la in−mensa oquedad como un bostezo. Elric movió la cabeza en gesto de negativa.

-No. Vosotros podéis iros, si queréis.

-Eres muy terco, amigo Elric -se rindió Moonglum con una mueca de perplejidad-. Bien, si se trata de blanco o negro... estoy contigo. Aunque, personalmente, siempre he preferido los acuerdos negociados.

Elric empezó a caminar lentamente hacia la oscura en−trada del castillo, desolado e imponente.

En mitad de un inmenso patio sombrío, una figura alta, envuelta en un fuego escarlata, estaba esperándoles.

Elric continuó avanzando y cruzó el portón de entrada. Nerviosos, Moonglum y Shaarilla fueron tras él.

Una risotada explosiva surgió de los labios del gigante y el fuego escarlata se agitó a su alrededor. Estaba desnudo y desarmado, pero la energía que fluía de él casi echó al ter−ceto hacia atrás. Su piel era escamosa y de un color púrpura apagado. Su mole enorme era una masa de músculos vibran−tes apoyada en las yemas de los dedos de los pies. Tenía el cráneo alargado y la frente notoriamente huidiza, mientras que sus ojos, que parecían carecer de pupilas, eran dos hilos de acero azulado. Todo su cuerpo se estremecía en una po−derosa muestra de alegría cargada de malicia.

Te saludo, príncipe Elric de Melniboné, y te felicito por tu admirable tenacidad.

-¿Quién eres tú? -replicó Elric con un rugido, llevan−do la mano a la espada.

Soy Orunlu el Guardián y ésta es una fortaleza de los Señores de la Entropía.

Con una irónica sonrisa, el gigante añadió:

No es preciso que acaricies esa espada tuya con dedos tan nerviosos, pues debes saber que no puedo hacerte nin−gún daño en este momento. Sólo bajo esa promesa he obte−nido el poder para permanecer en tu plano de la realidad.

-¿No puedes detenernos?

La voz de Elric traicionaba su creciente excitación.

No me atrevo a hacerlo, ahora que mis esfuerzos indi−rectos han fracasado. Sin embargo, reconozco que tus es−túpidas empresas me tienen un poco perplejo. El Libro tiene importancia para nosotros, pero ¿qué sentido pue−de tener para ti? Yo lo he guardado desde hace trescientos siglos y nunca ha despertado en mí la curiosidad de sa−ber por qué mis amos le daban tanto valor, por qué se molestaron en rescatarlo de su trayectoria hacia el sol para encerrarlo luego en esta aburrida esfera de rocas, poblada por esos payasos traviesos de corta vida llama−dos hombres.

-Busco en él la Verdad -respondió Elric con cautela.

No hay más Verdad que la lucha Eterna, sentenció con convicción el gigante de las llamas escarlata.

-¿Quién gobierna sobre las fuerzas del Orden y del Caos? -preguntó Elric-. ¿Quién controla sus destinos como hace con el mío?

El gigante frunció el ceño.

No puedo contestar a esa pregunta. No lo sé. Sólo exis−te el Equilibrio.

-Entonces, tal vez el Libro sepa decirnos quién sostie−ne el fiel de la balanza -insistió Elric con determinación-. Ábreme paso y dime dónde está.

El gigante se hizo a un lado, sonriendo irónicamente.

Está en una pequeña cámara de la torre central. He ju−rado no entrar jamás en ella; de lo contrario, tal vez yo mismo te habría llevado. Ve allí, si quieres; mi deber ha terminado.

Elric, Moonglum y Shaarilla se encaminaron a la entrada de la torre pero, antes de penetrar en ella, el gigante les diri−gió una advertencia:

Por lo que sé, el conocimiento que contiene el Libro podría romper el equilibrio en favor de las fuerzas del Or−den. Esto me preocupa, pero parece que existe otra posibi−lidad distinta que aún me inquieta más.

-¿De qué se trata? -preguntó Elric.

Podría crear un impacto tan tremendo en el multiverso que produjera una entropía completa. Mis Amos no de−sean tal cosa..., pues podría representar la destrucción fi−nal de toda la materia. Nuestra existencia tiene por único fin la lucha; no la victoria, sino el mantenimiento de la pugna eterna.

-No me importa -replicó Elric-. Tengo poco que perder, Orunlu el Guardián.

En tal caso, ve.

Tras esto, el gigante abandonó el patio y se perdió en la oscuridad.

En el interior de la torre, una luz pálida iluminaba unos peldaños que conducían hacia arriba.

Elric empezó a as−cender por ellos en silencio, impulsado por su fatalista de−terminación. Tras vacilar ligeramente, Moonglum y Shaarilla le imitaron, con una expresión de desesperanzada re−signación.

Los peldaños llevaban más y más arriba, retorciéndose tortuosamente hacia su meta, hasta que por fin llegaron a la cámara, bañada por una luz cegadora, multicolor y cente−lleante, que no escapaba al exterior sino que se mantenía confinada en la estancia que la albergaba.

Parpadeando y protegiéndose los ojos carmesíes con el brazo, Elric continuó adelante y, a través de sus pupilas de felino, observó que la fuente de luz parecía enfocar directa−mente un pequeño estrado de piedra en el centro de la es−tancia.

Perturbados también por la deslumbrante claridad, Shaarilla y Moonglum entraron tras él y se quedaron parali−zados de asombro ante lo que vieron.

Era un libro enorme, el Libro de los Dioses Muertos, de tapas con incrustaciones de extrañas piedras preciosas en las que se reflejaba la luz. El libro brillaba y despedía deste−llos de luz de distintos colores.

-Por fin -murmuró Elric-. ¡Por fin... la Verdad! Avanzó con el paso vacilante de un hombre embriaga−do, extendiendo sus pálidas manos hacia el objeto que había buscado con tan furiosa determinación. Sus manos toca−ron la tapa pulsante de Libro y, temblorosas, la abrieron.

-Ahora sabré... -añadió, con una satisfacción casi ma−liciosa.

Con un crujido, la tapa cayó al suelo y esparció sobre las losas las refulgentes piedras preciosas. Bajo las manos cris−padas de Elric no quedó más que un montón de polvo ama−rillento.

-¡No! -gritó, atormentado e incrédulo-. ¡No!

Las lágrimas bañaron su rostro contorsionado mientras tocaba el fino polvo. Con un gemido desgarrador que salió de lo más hondo de su ser, cayó hacia adelante hasta que su rostro tocó el pergamino desintegrado. El Tiempo había destruido el Libro, que había permanecido intacto, posible−mente olvidado, durante trescientos siglos. Incluso los sa−bios y poderosos dioses que lo crearon habían perecido..., y ahora su saber les seguía al olvido.

Se detuvieron en la ladera de la elevada montaña con−templando los valles verdes a sus pies. El sol brillaba y el cielo estaba azul y despejado. Detrás de ellos quedaba la sima que conducía a los dominios de los Señores de la En−tropía.

Elric contempló el paisaje con ojos entristecidos y la ca−beza hundida bajo el peso del abatimiento y de la más negra desesperación. No había pronunciado palabra desde que sus compañeros le sacaran a rastras de la cámara del Libro. Ahora, alzó su lívido rostro y habló con una voz teñida de autocompasión, punzante de amargura cargada de soledad: la voz de un ave marina hambrienta volando en círculo por los cielos fríos sobre unas costas yermas.

-En adelante -afirmó- viviré mi existencia sin saber por qué, sin saber si tiene un propósito o no. Quizá el Libro podría habérmelo dicho pero, incluso en ese caso, ¿lo ha−bría aceptado y creído? Soy el eterno escéptico, jamás segu−ro de que mis actos sean realmente míos, siempre con la duda de si alguna entidad última estará guiándolos. Envi−dio a quienes lo sepan. Lo único que puedo hacer es conti−nuar mi búsqueda y esperar, contra toda esperanza, que antes de que mi vida termine me sea concedido conocer la Verdad.

Shaarilla tomó entre las suyas las manos laxas del albino y le miró con ojos llorosos.

-Elric..., deja que te consuele.

Él le respondió con una risa despectiva y amarga.

-Ojalá no nos hubiéramos conocido nunca, Shaarilla de la Niebla Danzante. Durante un tiempo me has propor−cionado una esperanza..., llegué a pensar que estaba por fin en paz conmigo mismo. Pero, por tu causa, estoy ahora más desesperado que antes. No existe salvación en este mundo: sólo una maligna condenación. Adiós, mujer.

Retiró sus manos del contacto con las de ella y se alejó ladera abajo.

Moonglum dirigió una mirada a Shaarilla y se volvió lue−go hacia Elric. Sacó algo de su zurrón y lo depositó en la mano de la mujer.

-Buena suerte -le deseó, para echar luego a correr detrás de Elric hasta llegar a su lado.

Sin detenerse, Elric volvió la cabeza al percibir la cerca−nía de Moonglum y, a pesar de su

sombrío estado de ánimo, le dijo:

-¿Qué es esto, amigo Moonglum? ¿Por qué me sigues?

-Te he acompañado hasta aquí, maese Elric, y no veo razón para no seguir haciéndolo -sonrió el hombrecillo-. Además, al contrario que tú, yo soy un materialista. Todos necesitamos comer, ¿sabes?

Elric frunció el ceño, notando un sentimiento cálido en su corazón.

-¿A qué te refieres, Moonglum?

-Yo aprovecho las oportunidades siempre que se pre−sentan, si puedo -respondió el hombrecillo con una risita burlona. Introdujo la mano en el zurrón y la sacó mostrando algo que brillaba con un fulgor deslumbrante-. Llevo más en la bolsa. Y cada una vale una fortuna -Moonglum tomó del brazo a Elric y añadió-: Vamos, Elric. ¿Qué nuevas tie−rras vamos a visitar donde podamos cambiar estas chuche−rías por vino y una compañía agradable?

Detrás de ellos, inmóvil aún en la ladera, Shaarilla les contempló con pena hasta que desaparecieron de su vista. La joya que le había entregado Moonglum le cayó de entre los dedos y rodó, brillante, hasta perderse entre los brezos. A continuación, dio media vuelta y la oscura boca de la ca−verna bostezó delante de ella.

LIBRO TERCERO

La ciudadela cantante

En el que Elric tiene sus primeros tratos con Pan Tang, Yishana de Jharkor y el hechicero Theleb K'aarna, y descu−bre algo más acerca de los Mundos Superiores...

1

El mar turquesa estaba tranquilo bajo la luz dorada de última hora de la tarde, y los dos hombres apoyados en el pasamanos de la nave se mantenían en silencio vueltos ha–cia el norte, con la vista en el brumoso horizonte. Uno era alto y delgado e iba envuelto en una gruesa capa negra con la capucha echada hacia atrás, que dejaba a la vista su cabe–llo largo y blanco como la leche; el otro era bajo y pelirrojo.

-Era una buena mujer y te amaba -dijo por fin el se–gundo -. ¿Por qué la despediste tan bruscamente?

-Era una buena mujer -replicó el más alto-, pero su amor por mí le habría costado la vida. Deja que busque su tierra y se quede allí. Ya he matado con mi mano a una mu–jer que amaba, Moonglum. No quiero que vuelva a suceder.

Moonglum se encogió de hombros y comentó:

-A veces me pregunto, Elric, si este triste destino tuyo no será una invención de tu propio estado de ánimo abru–mado por ese sentimiento de culpa.

-Tal vez -aceptó Elric, despreocupado-, pero no me importa si tu teoría es cierta. No hablemos más del tema.

El mar espumeaba y formaba una estela tras los remos que hendían su superficie impulsando la embarcación ve–lozmente hacia el puerto de Dhakos, capital de Jharkor, uno de los más poderosos entre los Reinos Jóvenes. Hacía me–nos de dos años que Dharmit, el anterior rey de Jharkor, ha–bía muerto en la desafortunada expedición contra Imrryr, y Elric había oído que los hombres de Jharkor le responsabili–zaban a él de la muerte del joven rey, aunque la imputación no era cierta. Al melnibonés le importaba poco que le atri–buyeran la culpa, pues seguía sintiendo desprecio por la mayor parte de la humanidad.

-En una hora más anochecerá y no es probable que si–gamos bogando toda la noche -dijo Moonglum -. Creo que me acostaré.

Elric se disponía a contestar cuando le interrumpió un grito agudo procedente de la cofa.

- ¡Vela por la amura de babor!

El vigía debía estar medio adormilado, pues la nave que se acercaba a ellos podía distinguirse sin dificultad desde la cubierta. Elric se hizo a un lado mientras el capitán, un tarkeshita de rostro cetrino, se acercaba corriendo por cu–bierta.

-¿Qué barco es ése, capitán? -preguntó Moonglum.

-Una trirreme de Pan Tang, una nave de guerra. Se dis–ponen a abordarnos.

El capitán continuó corriendo, gritando órdenes al ti–monel para virar el rumbo.

Elric y su compañero cruzaron la cubierta para observar mejor la trirreme. Era una nave de velas negras, pintada de negro con profusión de dorados, con tres remeros por pala, en lugar de los dos por remo de la suya. De grandes dimen–siones, pero a la vez elegante, tenía una alta popa curva y una proa baja, en cuyo extremo se apreciaba ya el gran es–polón forrado de bronce hendiendo las aguas. Llevaba dos velas latinas y tenía el viento a favor.

Los remeros del barco de Elric se dejaron llevar por el pánico mientras se esforzaban por virar la nave siguiendo las órdenes del timonel. Los remos se alzaban y caían confu–samente, y Moonglum se volvió hacia Elric con una media sonrisa.

-No lo conseguirán. Será mejor que prepares tu espa–da, amigo mío.

Pan Tang era una isla de hechiceros, totalmente huma–nos, que pretendían emular el viejo poder de Melniboné. Sus flotas se contaban entre las mejores de los Reinos Jóve–nes y realizaban sus correrías sin miramientos ni precaucio–nes. El teócrata de Pan Tang, cabeza de la aristocracia sacer–dotal, era Jagreen Lern, de quien se decía que había hecho un pacto con las fuerzas del Caos

y tenía un plan para domi−nar el mundo.

Elric consideraba a los habitantes de Pan Tang unos ad−venedizos que no podían ni aspirar a emular la gloria de sus antepasados, pero incluso él tuvo que reconocer que la nave era impresionante y que no tendría problemas para re−ducir a la galera de Tarkesh.

Muy pronto, la gran trirreme se lanzó sobre ellos y capi−tán y timonel permanecieron en silencio ante la certeza de que no podrían evitar el espolón. Con un áspero sonido de cuadernas astilladas, el ariete alcanzó la popa e hizo una vía de agua en la galera por debajo de la línea de flotación.

Elric permaneció impasible, observando los garfios de abordaje de la trirreme que volaban hacia la cubierta de la galera. Con cierto desánimo, sabedores de que no eran rival para la tripulación de Pan Tang, bien entrenada y pertrecha−da, los hombres de Tarkesh corrieron hacia popa aprestán−dose a resistir a los asaltantes.

-¡Elric, tenemos que ayudarles! -gritó Moonglum con urgencia.

El albino asintió a regañadientes. Detestaba desenvainar la espada mágica que llevaba al costado, cuyo poder parecía haber aumentado en los últimos tiempos.

Ahora, los guerreros de armadura escarlata se descolga−ban mediante cuerdas hacia donde les aguardaban los tarkeshitas. La primera oleada, armada de anchas espadas y ha−chas de guerra, se lanzó sobre los marineros obligándoles a retroceder.

La mano de Elric se cerró en torno a la empuñadura de la *Tormentosa.* Al asirla y sacarla de la funda, la espada emi−tió un gemido extraño y perturbador, como de impacien−cia, y un extraño fulgor negro brilló a lo largo de la hoja. El−ric la notó palpitar en su mano como un ser vivo mientras se lanzaba en ayuda de los marineros de Tarkesh.

La mitad de los defensores yacían heridos en cubierta y, mientras el resto seguía retrocediendo, Elric se adelantó, con Moonglum a sus talones. La expresión de los guerreros de armadura escarlata pasó del gesto torvo del triunfo a la sorpresa cuando la gran hoja negra de Elric se alzó y bajó con un aullido y atravesó la coraza de uno de ellos, abrién−dole el pecho desde el hombro hasta las costillas inferiores.

Los asaltantes dieron visibles muestras de reconocer al hombre y su espada, pues ambos eran legendarios. Aunque Moonglum era un hábil espadachín, ninguno de los guerre−ros le prestó atención, pues todos comprendieron que de−bían concentrar todas sus fuerzas en acabar con Elric si que−rían sobrevivir.

La salvaje y ancestral ansia de matar que el melnibonés llevaba en la sangre dominó a Elric mientras la espada recla−maba almas. Él y la espada se hicieron uno y fue la *Tormen−tosa,* y no Elric, quien tuvo el control. Los hombres cayeron por todas partes, gritando más de horror que de dolor al ad−vertir lo que la espada les extraía. Cuatro guerreros se lan−zaron sobre él haciendo silbar las hachas. Elric decapitó a uno, abrió un gran tajo en el diafragma de otro, cercenó un brazo y penetró de una estocada en el corazón del último.

Ahora, los hombres de Tarkesh le vitoreaban y, con Moonglum a la cabeza, avanzaron tras Elric barriendo de atacantes las cubiertas de la galera, que naufragaba rápida−mente.

Aullando como un lobo, Elric se agarró de una cuerda, parte de los aparejos de la trirreme negra y dorada, y se lan−zó hacia las cubiertas enemigas.

-¡Seguidle! -gritó Moonglum-. ¡Es nuestra única po−sibilidad! ¡La galera está perdida!

La trirreme tenía cubiertas elevadas a proa y a popa. En la de proa se encontraba el capitán, vestido con espléndidas ropas escarlata y azules y con una expresión estupefacta en el rostro ante el rumbo que habían tomado las cosas. El hombre había previsto reducir a su presa sin esfuerzo, pero ahora parecía ser él quien iba a convertirse en presa.

La *Tormentosa* emitió una tonada quejumbrosa, una canción a la vez triunfante y extática, mientras Elric se abría paso hacia la cubierta de proa. Los guerreros de Pan Tang que aún seguían en condiciones de combatir dejaron de acosarle y se concentraron en Moonglum, que encabezaba a los tripulantes tarkeshitas, dejando al albino vía libre hacia el capitán.

Éste, miembro de la teocracia, iba a ser más difícil de de−rrotar que sus hombres. Cuando Elric se aproximó a él, ad−virtió que su armadura despedía un curioso resplandor, se−ñal inequívoca de que había sido objeto de un encanta−miento.

El capitán era un hombre típico de su casta: bajo y robusto, con una barba cerrada y unos ojillos negros maliciosos sobre una nariz poderosa y ganchuda. Sus labios eran gruesos y encendidos y

sonreían ligeramente, mientras, con un hacha en una mano y una espada en la otra, se disponía a hacer fren−te a Elric, que ya subía la escalerilla de la cubierta.

El albino asió la *Tormentosa* con ambas manos y la diri−gió al estómago del capitán, pero éste se hizo a un lado y paró el golpe con la espada, al tiempo que descargaba un hachazo con la zurda hacia la desprotegida cabeza de Elric. El melnibonés tuvo que saltar a un lado, tropezó y cayó so−bre la cubierta, rodando por ella mientras la espada de su adversario se clavaba en los tablones muy cerca de su hom−bro. La *Tormentosa* pareció alzarse por su propia voluntad para parar un nuevo hachazo y su hoja mágica cortó de un tajo el mango del hacha cerca de la empuñadura. El capitán soltó una maldición, arrojó el mango de madera, asió su es−pada de hoja ancha con ambas manos y la levantó. De nue−vo, la *Tormentosa* reaccionó una fracción de segundo antes de que lo hiciera su portador y su punta se alzó hacia el cora−zón del capitán. La coraza protegida por el hechizo consiguió detener la estocada por unos instantes pero, a continuación, la *Tormentosa* emitió un aullido quejumbroso y escalofrian−te, se estremeció como si acumulara nuevas fuerzas y des−cendió de nuevo sobre la armadura. Esta vez la coraza mágica se partió como una cascara de nuez, y dejó al adversario de Elric con el pecho al descubierto en el instante en que sus brazos se levantaban para descargar el golpe definitivo. El ca−pitán abrió unos ojos como platos y retrocedió, olvidando la espada y con la vista fija en la terrible *Tormentosa,* cuando la punta de ésta le alcanzó el pecho y se hundió en su carne jus−to bajo el esternón. Con una extraña mueca, el capitán se tambaleó y soltó su arma, asiéndose, en cambio, a la hoja de la espada mágica que le estaba absorbiendo el alma.

- ¡Por Chardros..., no..., no..., aaag!

El capitán de la trirreme murió sabiendo que ni siquiera su alma estaba a salvo de la espada infernal que empuñaba el albino de rostro lobuno.

Elric extrajo la *Tormentosa* del cadáver y apreció que su vitalidad aumentaba mientras la espada le transmitía la energía que acababa de absorber de su víctima. El albino no quiso plantearse en aquel instante el dilema de que, cuanto más uso hiciera del arma mágica, más dependería de ella.

En la cubierta de la trirreme sólo quedaban con vida los galeotes esclavos. Sin embargo, la nave de Pan Tang estaba escorando peligrosamente, pues el espolón y los garfios de abordaje seguían enganchados en el casco de la embarca−ción tarkeshita, que zozobraba rápidamente.

-¡Cortad los cabos de los garfios y ciad, de prisa! -gri−tó Elric.

Los marineros se dieron cuenta de lo que sucedía y se lanzaron a cumplir lo que ordenaba. Los esclavos dieron marcha atrás con los remos y el espolón quedó libre con un crujido de maderas astilladas. Los últimos cabos fueron se−gados y la galera condenada a muerte quedó a la deriva.

Elric hizo recuento de los supervivientes. Menos de la mi−tad de la tripulación tarkeshita había salido bien parada del abordaje y el capitán había muerto en los primeros envites. El albino se volvió hacia los esclavos de la trirreme de Pan Tang.

-Si queréis conseguir la libertad, remad hacia Dhakos con todas vuestras fuerzas -propuso a aquellos hombres.

El sol se ponía ya pero, ahora que estaba al mando, el al−bino decidió seguir navegando durante la noche, guiándose por las estrellas.

Moonglum, que había escuchado la propuesta con in−credulidad, exclamó:

-¿Por qué les ofreces la libertad? ¡Podríamos haber vendido esos esclavos en Dhakos y obtener así cierta com−pensación por nuestro esfuerzo de hoy!

-Se la he ofrecido porque así lo he querido, Moonglum -replicó Elric encogiéndose de hombros.

El hombrecillo pelirrojo lanzó un suspiro y se alejó para supervisar la operación de lanzar por la borda a los muertos y a los heridos graves. Jamás lograría entender al albino, se dijo. Probablemente era mejor así.

Elric hizo su entrada en Dhakos de manera sonada, cuan−do su primera intención había sido colarse en la ciudad sin ser reconocido.

Después de dejar a Moonglum negociando la venta de la trirreme y dividiendo las ganancias a partes iguales entre él y la tripulación, Elric se cubrió la cabeza con la capucha y se abrió paso entre la multitud congregada en el embarcadero, dirigiéndose a una posada que conocía, situada cerca de la puerta oeste de la ciudad.

2

Esa noche, cuando Moonglum ya se había retirado a des−cansar, Elric bajó a tomar unos tragos al salón de la taberna. Al advertir con quién estaban compartiendo el lugar, hasta el más entusiasta de los parroquianos habituales se había marchado y Elric se encontraba ahora sentado a solas bajo la única luz de una antorcha de caña que rezumaba brea, colgada sobre la puerta de entrada.

La puerta se abrió en aquel instante y un joven ricamen−te ataviado apareció en ella, inspeccionando el interior.

-Busco al Lobo Blanco -dijo, inclinando la cabeza en un gesto inquisitivo, pues no podía ver a Elric con claridad.

-A veces me llaman por ese nombre en esta región -respondió el albino con voz parsimoniosa-. ¿Buscas a El−ric de Melniboné?

-Así es. Le traigo un mensaje.

El joven entró en la taberna cuidando de seguir envuel−to en la capa, pues la sala estaba helada aunque Elric no lo hubiera advertido.

-Soy el conde Yolan, segundo comandante de la guar−dia de la ciudad -se presentó el joven con arrogancia, acercándose a la mesa donde se hallaba sentado Elric y estu−diando a éste con gesto brusco-. Eres muy valiente al vol−ver aquí abiertamente. ¿Crees que el pueblo de Jharkor tie−ne tan poca memoria que ya ha olvidado que condujiste a su rey a una trampa hace apenas un par de años?

Elric dio un trago a su vino y luego, por encima del bor−de de la jarra, replicó:

-No me vengas con retóricas, conde Yolan. ¿Cuál es el mensaje?

La actitud firme y resuelta de Yolan desapareció en un abrir y cerrar de ojos, y el joven conde hizo un gesto de cier−ta debilidad.

-Tal vez sea retórica para ti, pero así es como pienso y no me harás cambiar de opinión. ¿Acaso no estaría hoy aquí el rey Dharmit si tú no hubieras huido de la batalla que aca−bó con el poder de los Señores del Mar y con tu propio pue−blo? ¿No utilizaste acaso tus hechizos para facilitar tu huida, en lugar de emplearla en ayudar a los hombres que se consi−deraban tus camaradas?

-Sé que la misión que te ha traído aquí no era provo−carme como lo estás haciendo -replicó Elric con un suspi−ro-. Debes saber que Dharmit murió a bordo de su nave insignia durante el primer ataque en el laberinto marino de Ymrryr, y no en la batalla posterior en mar abierto.

-Te burlas de mis preguntas y respondes con burdas mentiras para ocultar tu cobarde comportamiento -repli−có Yolan con aspereza-. Si por mí fuera, te entregaría a la voracidad de tu propia espada... Estoy al corriente de lo que sucedió en ese ataque.

-Tus provocaciones me cansan. Cuando te sientas pre−parado para transmitirme el mensaje, dáselo al posadero.

Elric se puso en pie, rodeó la mesa y se encaminó hacia la escalera, pero se detuvo bruscamente cuando Yolan, vol−viéndose, le sujetó por la manga.

Lívido como un cadáver, Elric lanzó una mirada ame–drentadora al joven noble. Los ojos carmesíes del albino fla–meaban con una expresión amenazante.

-No estoy acostumbrado a tolerar estas familiaridades, joven.

-Lo siento -Yolan retiró la mano-. Me he dejado llevar por mis emociones y no debería haber permitido que éstas se impusieran a la diplomacia. Estoy aquí para comunicarte un mensaje de la reina Yishana. Solicita tu ayuda.

-Soy tan reacio a ayudar a nadie como a dar explicacio–nes de mis actos -replicó Elric con impaciencia-. En el pasado, mi ayuda no ha sido siempre beneficiosa para quienes me la han pedido. Dharmit, el medio hermano de tu rei–na, pudo comprobarlo en su propia piel.

-Estás repitiendo mis propias advertencias a la reina, señor -murmuró Yolan con voz hosca-. A pesar de ello, desea verte en privado... esta noche. -El joven conde frun–ció el ceño y apartó la mirada antes de añadir-: Debo ad–vertirte que podría arrestarte si te niegas.

-Tal vez... -Elric continuó avanzando hacia la escale–ra-. Dile a Yishana que me quedo a pasar la noche aquí y que mañana al amanecer, sigo camino. Si tanto le urge, pue–de venir a verme ella.

Tras esto, empezó a subir los peldaños dejando a Yolan boquiabierto en mitad del silencioso y desierto salón de la taberna.

Theleb K'aarna frunció el ceño. Pese a todos sus conoci–mientos en las artes negras, estaba locamente enamorado de Yishana, y ésta, tendida en su lecho cubierto de pieles, lo sabía. A la mujer le complacía tener poder sobre un hombre que habría podido destruirla con un simple hechizo de no ser por su debilidad amorosa. Aunque Theleb K'aarna ocu–paba un alto rango en la jerarquía de Pan Tang, la reina era muy consciente de que no debía esperar ningún peligro por parte del brujo. De hecho, su intuición le decía que aquel hombre a quien tanto gustaba dominar a los demás también necesitaba que le dominasen. Y ella era quien cubría esa ne–cesidad... con agrado.

Theleb K'aarna continuó mirándola con aire ceñudo.

-¿Cómo puede ayudarte ese decadente salmodiador de encantamientos donde yo no puedo? -murmuró, to–mando asiento en el borde de la cama y acariciando su pie enjoyado.

Yishana no era una mujer joven, ni tampoco hermosa. Sin embargo, tenía algo de hipnótico en su cuerpo esbelto y bien formado, en su frondosa cabellera negra y en su rostro lleno de sensualidad. Pocos de los hombres que Yishana es–cogía para su placer eran capaces de resistirse a ella.

Tampoco tenía un carácter dulce, ni era justa, sabia o al–truista. Los historiadores no añadirían a su nombre ningún apodo enaltecedor. Y, con todo, había en ella tal arrogancia, algo tan ajeno a los raseros normales por los que se juzgaba a una persona, que todo aquel que la conocía sentía admira–ción por ella y era bienamada por sus súbditos, quienes la querían como se quiere a una hija obstinada, pero con una fidelidad inquebrantable.

La reina se rió por lo bajo, burlándose de su amante he–chicero.

-Es probable que tengas razón, Theleb K'aarna, pero Elric es una leyenda; es el hombre de quien más se habla y de quien menos se conoce en todo el mundo. Esta es mi oportunidad para descubrir lo que otros sólo han podido intuir: su verdadero modo de ser.

Theleb K'aarna hizo un gesto de displicencia. Se mesó la barba larga y negra y, poniéndose en pie, se acercó a una mesa en la que había frutas y vino. Sirvió una copa de éste para cada uno.

-Si pretendes hacerme sentir celoso otra vez, lo estás consiguiendo, por supuesto. Pero preveo que tu aspiración se verá frustrada. Los antepasados de Elric eran medio de–monios; su raza no es humana y no puede ser juzgada por nuestros raseros. Nosotros aprendemos las artes mágicas a base de años de estudio y sacrificio; para la estirpe de Elric, la hechicería es algo intuitivo, natural. Tal vez no vivas para conocer sus secretos. Cymoril, su prima, a la que amaba, murió a manos de su espada... ¡y eso que era su prometida!

-Tu interés me conmueve -replicó la reina, aceptan–do con indolencia la copa que Theleb K'aarna le ofrecía-, pero voy a llevar adelante mi plan. Al fin y al cabo, no se puede decir que tú hayas tenido mucho éxito en descubrir la naturaleza de esa ciudadela.

-Hay algunas sutilezas que todavía no he sondeado bien.

-Tal vez la intuición de Elric nos proporcione alguna respuesta donde tú no has alcanzado -le sonrió Yishana. Se incorporó y contempló a través de la ventana el cielo, don−de la luna llena flotaba en un aire diáfano sobre las torres y agujas de Dhakos-. Yolan se retrasa. Si todo hubiera salido bien, ya debería estar aquí con Elric.

-No deberías haber enviado a un amigo tan íntimo de Dharmit para esta misión. ¡Por lo que sabemos, bien puede haber retado a Elric y haberle matado!

De nuevo, la reina no pudo reprimir una risa.

-¡Oh!, te dejas llevar demasiado por tus deseos, Theleb, y eso te nubla la razón. He enviado a Yolan porque sé que se mostrará áspero con el albino y tal vez debilite su in−diferencia..., tal vez despierte su curiosidad. ¡Yolan es una especie de cebo para atraer a Elric hasta nosotros!

-Entonces, ¿es posible que Elric se haya dado cuenta de la jugada?

-No soy un prodigio de inteligencia, amor mío, pero creo que el instinto rara vez me traiciona. Pronto lo com−probaremos.

Un poco más tarde, tras unos discretos golpes en la puerta, penetró en la alcoba una doncella.

-Majestad, el conde Yolan ha regresado.

-¿Sólo el conde Yolan?

En el rostro de Theleb K'aarna había una sonrisa, pero ésta iba a apagarse muy pronto mientras la reina abandona−ba la habitación, vestida para salir a la calle.

-¡Estás loca! -exclamó el brujo, al tiempo que la puer−ta se cerraba con estrépito.

Apuró la copa de vino. Ya había tenido un fracaso en el asunto de la ciudadela y, si Elric le desplazaba, podía per−derlo todo. Theleb K'aarna se puso a pensar muy profunda y meticulosamente.

3

Aunque decía estar por encima de las emociones, los ojos atormentados de Elric traicionaban su afirmación mientras permanecía sentado junto a la ventana bebiendo un vino fuerte y pensando en el pasado. Desde el saqueo de Imrryr, había vagado por el mundo buscando un propósito para su existencia, un sentido para su vida.

No había podido encontrar la respuesta en el Libro de los Dioses Muertos, no había sabido amar a Shaarilla, la mu−jer sin alas de Myyrrhn y no había logrado olvidar a Cymoril, que aún formaba parte de sus pesadillas. Y guardaba tam−bién el recuerdo de otros sueños..., de un destino en el que no se atrevía a pensar.

Lo único que buscaba, se dijo, era la paz. Pero inclu−so la paz de los muertos le estaba negada. En estos térmi−nos y otros semejantes continuó meditando hasta que unos ligeros golpes a la puerta interrumpieron sus pensa−mientos.

De inmediato, sus facciones se endurecieron. Sus ojos carmesíes adoptaron un aire precavido y elevó los hombros de modo que, cuando se puso en pie, su estampa resultó de fría arrogancia. Dejó la copa sobre la mesa y dijo con voz li−gera:

-¡Adelante!

Entró una mujer envuelta en una capa de color burdeos, que la hacía irreconocible bajo la penumbra de la habitación. La mujer cerró la puerta tras ella y se quedó plantada, inmóvil y en silencio.

Cuando por fin habló, su voz sonó casi titubeante, aun−que también había en ella cierta ironía.

-Estabas despierto a oscuras, Elric. He pensado que te encontraría dormido...

-Dormir, señora, es la ocupación que más me aburre. Pero encenderé una antorcha, si no encuentras atractiva la oscuridad.

Elric se acercó a la mesa y quitó la tapa del pequeño cuenco de carbón allí dispuesto. Alcanzó unas cuantas asti−llas de madera y colocó el extremo de una de ellas en el cuenco, soplando suavemente a continuación. Muy pronto, el carbón estuvo al rojo y la astilla empezó a arder; Elric tocó entonces con ella una antorcha de juncos colgada de una horquilla en la pared sobre la mesa.

La luz de la antorcha iluminó la pequeña habitación llenándola de sombras. La mujer echó hacia atrás la capu−cha, y la luz puso a la vista sus rasgos morenos y gruesos y la mata de cabello negro que

los envolvía. Su figura con−trastaba poderosamente con el esbelto y estético albino que le sacaba una cabeza y la contemplaba con aire impa−sible.

La mujer no estaba acostumbrada a miradas como aqué−lla y la novedad le complació.

-Me has mandado llamar, Elric... y ya ves que he acudi−do -comentó con una burlona reverencia.

-Reina Yishana...

Elric respondió a la reverencia con una ligera inclina−ción de cabeza. Ahora que le tenía enfrente, la reina apreció el poder del albino, un poder que tal vez le atraía aún más que el suyo. Y, sin embargo, él no dio la menor muestra de responder a ella. Yishana se dijo que una situación que ha−bía esperado interesante podía, irónicamente, convertirse en frustrante. Pero incluso esto la divertía.

Elric, a su vez, se sintió intrigado por aquella mujer, in−cluso a pesar de sí mismo. Intuía que Yishana podía dar nue−vas energías a sus agotadas emociones y la idea le resultaba a la vez excitante y turbadora.

Se relajó un poco y encogió los hombros.

-He oído hablar de ti, reina Yishana, en tierras alejadas de Jharkor. Siéntate si quieres.

Señaló un banco mientras él se instalaba en el borde de la cama.

-Eres más cortés de lo que sugería tu convocatoria -sonrió ella mientras ocupaba el asiento, cruzaba las pier−nas y juntaba los brazos delante de su cuerpo-. ¿Significa eso que escucharás la propuesta que vengo a hacerte?

Elric le devolvió la sonrisa. Era una expresión extraña en él, algo sombría, pero sin la amargura de costumbre.

-Creo que sí. Eres una mujer fuera de lo normal, reina Yishana. De hecho, sospecharía que tienes sangre melnibonesa si no supiera que no es así.

-No todos los «advenedizos» Jóvenes Reinos son tan primitivos como crees, mi señor.

-Es posible.

-Ahora que te veo cara a cara, hay cosas de tu oscura leyenda que me resultan difíciles de creer... y, sin embargo, por otra parte -la mujer volvió la cabeza y le observó abiertamente-, también parece que las leyendas hablan de un hombre menos sutil que el que tengo delante.

-Las leyendas suelen ser así.

-¡Ah! -exclamó ella casi en un susurro-, qué gran fuerza haríamos juntos, tú y yo...

-Las fantasías de este género me irritan, reina Yishana. ¿Cuál es el objeto de tu visita?

-Está bien... Ni siquiera esperaba que quisieras saberlo...

-Te escucharé, pero no esperes nada más.

-Escucha, entonces. Creo que incluso a ti te interesará mi relato.

Elric prestó atención y, como había anunciado Yishana, la historia que contaba fue prendiendo su interés...

Hacía varios meses, unos campesinos de Gharavia, una de las provincias de Jharkor, habían empezado a hablar de unos misteriosos jinetes que raptaban jóvenes de uno y otro sexo por las aldeas.

Creyendo que se trataría de bandidos, Yishana había en−viado a la región un destacamento de sus Leopardos Blan−cos, los mejores guerreros de Jharkor, para poner a buen re−caudo a los malhechores.

Ninguno de los Leopardos Blancos había regresado. Una segunda expedición no había encontrado rastro de ellos pero, en un valle próximo a la ciudad de Thokora, habían descubierto una extraña ciudadela. Las descripciones de ésta resultaban confusas. Sospechando que los Leopardos Blancos habían atacado a los bandidos y éstos les habían de−rrotado, el comandante de la segunda expedición había de−cidido emplear la discreción y, tras dejar a algunos hombres para vigilar la ciudadela e informar luego de todo lo que vieran, regresó de inmediato a Dhakos. Una cosa era segura: la ciudadela no había estado en el valle unos cuantos meses antes.

Yishana y Theleb K'aarna habían acudido entonces al valle al mando de un gran ejército. Los vigías apostados ha−bían desaparecido pero, tan pronto como había visto la ciu−dadela, Theleb K'aarna había aconsejado a Yishana que no atacara.

-Era una vista maravillosa, Elric -continuó Yisha−na-. La ciudadela refulgía con los colores brillantes del arco iris..., unos colores que cambiaban y se transforma−ban constantemente. Todo el

edificio parecía irreal; unas veces su perfil se recortaba claramente, otras parecía bo−rroso, a punto de desvanecerse. Theleb K'aarna dijo que su origen era mágico y nadie tuvo la menor duda de ello. Era algo procedente del reino del Caos, y parecía muy po−sible.

La mujer se puso en pie y extendió las manos. Luego, continuó:

-Por estas tierras no estamos acostumbrados a mani−festaciones de hechicería a gran escala. Theleb K'aarna tie−ne bastantes conocimientos de brujería, pues procede de la ciudad de las Estatuas Que Gritan, en Pan Tang, y allí estas cosas se ven con frecuencia..., pero incluso él quedó des−concertado.

-De modo que os retirasteis -le cortó Elric, impa−ciente.

-Nos disponíamos a hacerlo... De hecho, Theleb K'aar−na y yo ya emprendíamos el regreso a la cabeza del ejército cuando escuchamos esa música... Eran unos sones dulces, hermosos, sobrenaturales, dolientes... Theleb K'aarna me gritó que me alejara lo más de prisa que pudiera. Yo me de−moré, atraída por la música, pero él dio una palmada a la grupa de mi caballo y cabalgamos juntos, rápidos como dra−gones en vuelo, huyendo del lugar. Los soldados más próximos a nosotros también consiguieron escapar..., pero vimos como el resto daba media vuelta y regresaba hacia la ciudadela, atraído por la música. Casi doscientos hombres dieron media vuelta..., y no los hemos visto más.

-¿Qué hiciste entonces? -preguntó Elric mientras Yishana cruzaba la habitación y se sentaba a su lado. El albino se movió para dejarle más espacio.

-Theleb K'aarna ha estado tratando de investigar la na−turaleza de la ciudadela, su propósito y quién manda en ella. De momento, sus oráculos no le han dicho mucho más de lo que ya había adivinado: que el reino del Caos ha enviado la ciudadela al reino de la Tierra y está extendiendo lenta−mente su radio de acción. Cada vez son más nuestros jóve−nes, hombres y mujeres, que son abducidos por los secua−ces del Caos.

-¿Y esos secuaces?

Yishana se había acercado un poco más a Elric y, esta vez, el albino no se movió.

-Nadie que haya intentado resistirse a ellos lo ha con−seguido..., pocos han vivido.

-¿Y qué quieres de mí?

-Ayuda. -La reina le miró con intensidad y extendió la mano para tocarle-. Tú tienes conocimientos tanto del Orden como del Caos; conocimientos antiguos, instintivos, si Theleb K'aarna no se equivoca. Si hasta tus propios dioses son los Señores del Caos.

-En esto aciertas completamente, Yishana. Y dado que mis dioses protectores son los del Caos, no tengo ningún in−terés en combatir contra ellos.

Tras esto, Elric se inclinó hacia la mujer con una son−risa, mirándola a los ojos. De pronto, la tomó en sus bra−zos.

-Tal vez tú seas lo bastante fuerte -murmuró enig−máticamente justo antes de que sus labios se encontra−ran-. Y en cuanto al otro asunto..., ya lo discutiremos más tarde.

En el verde intenso de un oscuro espejo, Theleb K'aarna vio parte de la escena de la habitación de Elric, malhumora−do e impotente. Se tiró de la barba mientras la escena se desvanecía por décima vez en un minuto. Ninguna de sus invocaciones consiguió recuperarla. Se reclinó hacia atrás en su silla de cráneos de serpiente y urdió su venganza. De−cidió que disponía de tiempo para madurarla, pues, si Elric podía resultar útil en el asunto de la ciudadela, no tenía ob−jeto destruirle todavía...

4

La tarde siguiente, tres jinetes salieron de la capital de Jharkor en dirección a la ciudad de Thokora. Elric y Yishana cabalgaban juntos mientras que el tercer viajero, Theleb K'aarna, se mantenía a cierta distancia con gesto huraño. Si Elric sentía alguna incomodidad ante la actitud hostil por parte del hombre al que había sustituido en el afecto de Yishana, no dio la menor indicación de ello.

Elric, quien a pesar de sí mismo encontraba más que atractiva a Yishana, había accedido a, cuanto menos, inspec−cionar la ciudadela y a sugerir de qué podía tratarse y cómo podía ser combatida. Antes de dejar la ciudad, el albino ha−bía cambiado también unas palabras con Moonglum.

El trío atravesó a lomos de sus monturas las hermosas tierras de pastoreo de Jharkor, doradas bajo un cálido sol. Había dos jornadas a caballo hasta Thokora y Elric intentó disfrutar de la

marcha.

Sintiéndose algo aliviado en su desdicha, el albino galo−pó junto a Yishana compartiendo sus alegres risas. Sin em−bargo, enterrado en su corazón a más profundidad de la ha−bitual, bullía en él un sentimiento de creciente inquietud cuanto más cerca se encontraban de la misteriosa ciudade−la. Elric también advirtió que, en ciertos momentos, Theleb K'aarna tenía un aire de satisfacción cuando debería haber−se mostrado malhumorado.

-¡Eh, viejo hechicero! -le gritaba en ocasiones Elric desde su montura-, ¿no te alegras de verte libre de las cui−tas de la corte y de encontrarte aquí, entre las maravillas de la naturaleza? ¿A qué viene esta cara tan larga, Theleb K'aarna? ¡Aspira este aire puro y ríe con nosotros!

Theleb K'aarna respondía a estos comentarios fruncien−do el ceño y murmurando por lo bajo, y Yishana se reía de él y lanzaba radiantes miradas a Elric.

Así avanzaron hasta llegar a Thokora y allí encontraron la ciudad reducida a una charca humeante que apestaba como un estercolero infernal.

Elric olfateó el aire y declaró:

-Esto es obra del Caos. Tenías toda la razón, Theleb K'aarna. El fuego que ha destruido una ciudad tan grande no es de origen natural. El responsable de lo sucedido está aumentando su poder, es evidente. Como bien sabes, bru−jo de Jharkor, los Señores del Orden y los del Caos están habitualmente en un perfecto equilibrio y ninguno de los dos bandos interviene directamente en nuestra Tierra. Ahora está claro que ese equilibrio se ha roto ligeramen−te, como sucede en ocasiones, favoreciendo esta vez a los Señores del Caos y permitiéndoles el acceso a nuestro plano.

»Normalmente, un hechicero humano es capaz de invo−car la ayuda del Orden o del Caos durante un breve espacio de tiempo, pero es raro que cualquiera de los dos bandos se establezca en la Tierra con la firmeza que lo ha hecho nues−tro amigo de la ciudadela. Lo más inquietante (al menos para vosotros, la gente de los Jóvenes Reinos) es que, una vez conseguido este poder, resulta posible incrementarlo y que, con el tiempo, los Señores del Caos podrían conquistar el plano de la Tierra mediante un gradual aumento de su fuerza en ella.

-Una posibilidad terrible -murmuró Theleb con sin−cero espanto.

Aunque a veces era capaz de invocar la ayuda del Caos, a ningún ser humano podía interesarle la existencia bajo el dominio del Caos.

Elric montó de nuevo en la silla.

-Será mejor que nos apresuremos a llegar al valle -dijo.

-¿Estás seguro de que es prudente hacerlo, después de ver esto? -respondió Theleb K'aarna, inquieto.

-¡Vaya! -Elric soltó una carcajada-. ¿Y tú eres un hechicero de Pan Tang, la isla que dice saber tanto de brujería como mis antepasados, los Emperadores Brillantes? No, no... ¡Además, hoy no me siento con ganas de tomar precau−ciones!

-Yo tampoco -intervino Yishana, dando unas palma−das en el costado a su montura-. ¡Vamos, nobles señores! ¡A la ciudadela del Caos!

Avanzada la tarde, llegaron a la cresta de la sierra que cerraba el valle, y Elric pudo contemplar al fondo de éste la misteriosa ciudadela.

Yishana había hecho una buena descripción, aunque no perfecta. A Elric le dolieron los ojos al mirarla, pues parecía extenderse más allá del plano de la Tierra hacia otro distin−to, varios tal vez.

La ciudadela brillaba y reflejaba todos los colores terre−nales, así como muchos otros que Elric reconoció como pertenecientes a otros planos. Incluso el perfil exacto de la ciudadela resultaba confuso. En contraste, el resto del valle era un mar de cenizas oscuras que a veces parecía formar remolinos y olas, levantando potentes géiseres de polvo, como si los elementos básicos de la naturaleza se vieran perturbados y sacudidos por la presencia de la ciudadela sobrenatural.

-¿Y bien? -Theleb K'aarna trató de calmar a su impe−tuoso caballo, que pugnaba por alejarse de la ciudadela-. ¿Has visto nunca algo parecido en el mundo?

Elric movió la cabeza en gesto de negativa.

-En este mundo no, desde luego, pero sí lo he visto an−tes. Durante mi iniciación final en las artes de Melniboné, mi padre me llevó con él en forma astral hasta el Reino del Caos, para ser recibido en audiencia por mi protector, Arioco el de las Siete Oscuridades...

Un escalofrío recorrió a Theleb K'aarna.

-¿Has estado en el Caos? ¿Es la ciudadela de Arioco, en−tonces?

-¿Eso una ciudadela? -Elric soltó una carcajada des−deñosa-. ¡No, no! Eso es una choza en comparación con los palacios de los Señores del Caos.

Impaciente, Yishana insistió:

-Entonces, ¿quién vive en ella?

-Según recuerdo, quien habitaba en la ciudadela cuan−do pasé por el Reino del Caos en mi juventud no era ninguno de los Señores del Caos, sino una especie de sirviente de éstos. Aunque tampoco era exactamente un criado... -aña−dió, frunciendo el ceño.

-¡Ah, siempre hablas enigmáticamente! - Theleb K'aarna dio la vuelta a su caballo para iniciar el descenso de las laderas, alejándose de la ciudadela-. ¡Los melniboneses sois muy raros, os estaríais muriendo de hambre y antes os interesaría una paradoja que la comida!

Elric y Yishana le siguieron a cierta distancia. Momentos después, el albino se detuvo y señaló algo a su espalda.

-El habitante de esa ciudadela es un ser bastante para−dójico, una especie de bufón de la corte del Caos. Aunque sea un entretenimiento para ellos, los Señores del Caos le respetan y hasta, tal vez, le temen un poco. Él les complace con acertijos cósmicos y con sátiras burlonas que preten−den explicar la naturaleza de la Mano Cósmica que mantie−ne en equilibrio al Caos y al Orden, manipula misterios como si fueran futesas, se ríe de las cosas que el Caos toma en serio y, al contrario, toma en serio lo que para los Seño−res del Caos carece de importancia... -Hizo una pausa y se encogió de hombros antes de añadir-: Eso me han dicho, por lo menos.

-¿Por qué razón habría de presentarse aquí ese ser?

-¿Por qué habría de existir siquiera? -replicó Elric-. Yo puedo intuir los motivos del Orden y del Caos y, proba−blemente, acertar. Pero ni siquiera los Señores de los Mun−dos Superiores pueden comprender los motivos que im−pulsan a Balo el Bufón. Se dice que es el único que puede moverse entre los reinos del Caos y del Orden a su volun−tad, aunque hasta ahora no había oído que se presentara nunca en el plano de la Tierra. Y, por cierto, tampoco he oído que se le hayan atribuido nunca actos destructivos como los que hemos visto. Esto me tiene desconcertado, cosa que sin duda le complacería a nuestro bufón si lo su−piera.

-Hay una manera de descubrir el propósito de su visita -apuntó Theleb K'aarna con una leve sonrisa-. Si alguien entrara en la ciudadela...

-Vamos, brujo -se mofó Elric-. Tengo poco aprecio por la vida, desde luego, pero todavía doy cierto valor a al−gunas cosas... ¡A mi alma, por ejemplo!

Theleb K'aarna empezó a descender la ladera en su caballo, pero Elric permaneció pensativo donde estaba, con Yishana a su lado.

-Pareces más preocupado de lo debido por todo esto, Elric -comentó la mujer.

-El asunto es realmente preocupante. Tengo la impre−sión de que, si continuamos investigando sobre esa ciudadela, nos veremos involucrados en alguna disputa entre Balo y sus amos..., incluso también con los Señores del Or−den. Intervenir en sus asuntos podría significar fácilmente nuestra destrucción, pues las fuerzas que pueden actuar en tal caso son más poderosas y peligrosas que todo lo que co−nocemos en la Tierra.

-¡Pero no podemos quedarnos mano sobre mano mien−tras Balo reduce nuestras ciudades a escombros, secuestra a nuestros jóvenes y amenaza con adueñarse de Jharkor en poco tiempo!

Elric emitió un suspiro pero no respondió.

-¿No te sirve tu magia, Elric, para obligar a Balo a re−gresar al Caos del que ha venido y para sellar la brecha que ha abierto en nuestro mundo?

-Ni siquiera los melniboneses pueden igualar el poder del los Señores de los Mundos Superiores..., y mis antepasa−dos tenían muchos más conocimientos de hechicería que yo. Mis mejores aliados no sirven al Caos ni al Orden, sino que son espíritus elementales, señores del fuego, de la tie−rra, del aire y del agua, entidades con afinidades con los ani−males y las plantas. Son buenos aliados en las batallas terre−nales, pero no sirven de mucho cuando se oponen a alguien como Balo. Debo pensarlo... Al menos, si me enfrento a Balo, ello no significará necesariamente incurrir en la ira de mis Dioses protectores. Supongo que hay alguna cosa...

Las colinas descendían, verdes y exuberantes, hasta los prados a sus pies; el sol brillaba en lo alto de un cielo despe−jado, sobre la infinita alfombra de hierba que se extendía hasta el horizonte. Por encima de sus cabezas volaba en cír−culos una rapaz de gran tamaño, y Theleb K'aarna era ya una figura minúscula que se volvía en la silla para gritarles algo con una vocecilla cuyas palabras

no llegaban hasta ellos.

Yishana parecía descorazonada. Con los hombros un poco hundidos, empezó a guiar lentamente su caballo la−dera abajo hacia el brujo de Pan Tang sin volver la mirada a Elric. El albino fue tras ella, consciente de su falta de decisión pero apenas preocupado por ello. ¿Qué le importaba a él si...?

La música empezó a sonar, débil al principio, pero au−mentando progresivamente con una dulzura atractiva y conmovedora que evocaba recuerdos nostálgicos, llenaba de paz y daba un profundo sentido a la vida, todo a la vez. Si la música surgía de algún instrumento, no era ninguno que se conociera en la Tierra. Los sones produjeron en él un de−seo imperioso de dar media vuelta e ir en busca de su fuen−te, pero resistió la tentación. Yishana, por su parte, no en−contraba tan fácil resistirse a la música. Se había dado la vuelta por completo, con la cara radiante, los labios temblo−rosos y los ojos llenos de brillantes lágrimas.

Elric, en sus correrías por otros planos ajenos al terres−tre, había oído ya una música como aquélla, que recordaba muchas de las extrañas sinfonías de la vieja Melniboné, y por eso no ejercía una atracción tan poderosa sobre él como sobre la reina Yishana. En seguida se dio cuenta de que la mujer corría peligro y, cuando pasó junto a él espo−leando el caballo, alargó la mano para sujetar las bridas.

Yishana descargó su látigo sobre ella, y Elric soltó las bridas al tiempo que profería una exclamación de sorpresa y dolor. La mujer le dejó atrás, lanzándose al galope hacia la cresta de la sierra para desaparecer al otro lado de ésta en un abrir y cerrar de ojos.

-¡Yishana! -le gritó desesperadamente, pero su voz apenas resultó audible bajo la música pulsante.

Miró atrás con la esperanza de que Theleb K'aarna pu−diera prestarle ayuda, pero el brujo se alejaba a galope ten−dido. Evidentemente, al oír los primeros sones de la música, había tomado una rápida decisión.

Elric se apresuró tras Yishana, gritándole que diera la vuelta. Su caballo alcanzó la cima de la colina y desde allí vio a la mujer inclinada sobre el cuello de su montura, al tiempo que la azuzaba en dirección a la resplandeciente ciudadela.

-¡Yishana! ¡Vas camino de tu perdición!

Ahora, la reina había llegado a los límites exteriores de la ciudadela y los cascos de su caballo parecían levantar oleadas de colores cambiantes al tocar el suelo, afectado por el Caos, que rodeaba el lugar. Aun a sabiendas de que era demasiado tarde para detenerla, Elric continuó al galope tras ella con la esperanza de alcanzarla antes de que pe−netrara en el recinto de la ciudadela.

Sin embargo, al entrar en el torbellino irisado, el albino vio lo que parecía una decena de Yishanas introduciéndose en la ciudadela por otras tantas puertas. Una extraña refrac−ción de la luz creaba el efecto óptico y hacía imposible de−terminar cuál era la auténtica.

Con la desaparición de Yishana, la música cesó y Elric creyó escuchar una risilla como un leve suspiro detrás de él. El caballo le resultaba cada vez más difícil de dominar, hasta el punto de desconfiar de que siguiera obedeciendo sus órdenes. Desmontó. Sus piernas quedaron envueltas en la niebla radiante y soltó el caballo. El animal se alejó al ga−lope, relinchando de terror.

Elric llevó su mano izquierda a la empuñadura de la es−pada mágica pero vaciló en desenvainarla. Una vez extraída de la funda, la hoja exigiría almas antes de ser guardada otra vez. Sin embargo, era su única arma. Retiró la mano, y la es−pada pareció agitarse de furia junto a su costado.

-Todavía no, *Tormentosa.* ¡Tal vez ahí dentro haya fuerzas aún más poderosas que la tuya!

Empezó a caminar entre los remolinos luminosos, que apenas ofrecían una ligera resistencia, medio cegado por los rutilantes colores que le envolvían, a veces azul marino, plateados o rojos, otras, dorados, glaucos y ámbar. También percibió la ausencia de cualquier tipo de referencias para orientarse: distancia, profundidad y anchura carecían de sentido. Reconoció entonces lo que sólo había experimen−tado en forma astral: aquella cualidad extraña, carente de tiempo y de espacio, que identificaba a los reinos de los Mundos Superiores.

Continuó avanzando en la dirección que suponía había tomado Yishana, pues para entonces ya había perdido de vista la entrada y todos sus espejismos.

Comprendió que era preciso desenvainar la *Tormentosa* si no quería vagar perdido por el lugar

hasta morir de ina−nición, pues la espada mágica podría resistir la influencia del Caos.

Esta vez, al asir la empuñadura, notó una sacudida que le recorría el brazo e impregnaba su cuerpo de vitalidad. La espada salió de la vaina. Su enorme hoja, llena de extrañas palabras en una antiquísima lengua, despidió un fulgor negro que contrarrestó los colores cambiantes del Caos, dis−persándolos.

Elric lanzó entonces el ancestral grito de guerra de su pueblo y siguió su avance hacia la ciudadela, lanzando esto−cadas a las imágenes intangibles que surgían por todas par−tes a su alrededor. El portón de entrada quedaba al frente y Elric pudo observarlo ahora, pues la espada le había mostra−do cuáles eran las imágenes falsas. Cuando llegó al portón, lo encontró abierto. Se detuvo un momento y movió los la−bios recordando una invocación que tal vez le sirviera más adelante. Arioco, Señor del Caos y dios−demonio protector de sus antepasados, era un ser indiferente y caprichoso; no podría confiar en que le ayudara en aquel lugar, a menos que...

Con pasos lentos pero airosos, una bestia dorada de ojos encendidos como rubíes apareció por el pasadizo que arrancaba desde el portón. Aunque muy brillantes, sus ojos parecían ciegos y tenía cerrado su enorme hocico, parecido al de un perro. Sin embargo, su avance le conducía directa−mente hacia Elric y, cuando estuvo cerca de éste, la bestia abrió la boca de pronto, y dejó a la vista dos colmillos de ví−bora. La criatura se detuvo en silencio, sin fijar una sola vez sus ciegos ojos en el albino... ¡y de repente, saltó sobre él!

Elric retrocedió tambaleándose al tiempo que alzaba la espada para defenderse. Se vio derribado al suelo por el peso de la bestia y notó que ésta le cubría con su cuerpo. La bestia era fría, muy fría, y no hizo el menor ademán de que−rer destrozarle; sencillamente, se limitó a inmovilizarle de−bajo de su cuerpo y a dejar que su fría temperatura se trans−mitiera al albino.

Elric empezó a tiritar mientras trataba de quitarse de encima aquel cuerpo helado. La *Tormentosa* gimió y mur−muró en su mano y, a continuación, abrió una herida en al−guna parte del cuerpo de la criatura. Una horrible fuerza fría empezó a llenar al albino. Fortalecido gracias a la fuerza vi−tal de la propia bestia, hizo un nuevo esfuerzo por incorpo−rarse. La bestia continuó sofocándole, aunque ahora surgía de ella un sonido ligero, apenas audible. Elric supuso que la pequeña herida de la *Tormentosa* estaba teniendo su efecto en la criatura.

Desesperadamente, puesto que estaba temblando y do−lorido de frío, movió la espada y la hundió otra vez. La bestia volvió a lanzar un leve sonido; de nuevo, una fría energía fluyó a través del albino y éste empujó otra vez. En esta oca−sión, la bestia se despegó de él y retrocedió hacia el portón. Elric se incorporó como un resorte, levantó la *Tormentosa* por encima de la cabeza y descargó su filo en el cráneo do−rado de la criatura. El cráneo se hizo añicos como si fuera de hielo.

Elric se internó a la carrera en el pasadizo y, una vez es−tuvo dentro, el lugar se llenó de rugidos y chillidos que el eco repetía y ampliaba. Era como si la voz que le había falta−do a la bestia de la entrada estuviera lanzando sus gritos agónicos allí dentro.

Ahora, el suelo empezó a subir hasta que se encontró as−cendiendo por una rampa en espiral. Al mirar abajo se estre−meció, pues se encontró asomado a un pozo infinito de suti−les y peligrosos colores que se mecían y arremolinaban a su alrededor, de tal modo que a duras penas conseguía apartar la vista de ellos. Incluso le pareció que su cuerpo empezaba a abandonar la rampa y a avanzar hacia el pozo, pero cerró el puño con fuerza en el pomo de la espada y se obligó a continuar la ascensión.

Cuando miró hacia arriba, encontró lo mismo que deba−jo. Únicamente la rampa poseía algún tipo de tangibilidad y empezaba a tomar ahora el aspecto de una joya delicada−mente tallada, a través de la cual podía ver el pozo y en la que se reflejaban sus colores.

Predominaban los verdes, azules y amarillos, aunque también había trazas de rojo intenso, negro y anaranjado, junto a muchos otros colores que no aparecían en el espec−tro humano.

Elric comprendió que estaba en algún lugar de los Mun−dos Superiores y supuso que aquella rampa no tardaría en conducirle a algún nuevo peligro.

Sin embargo, no parecía aguardarle ninguno cuando, por fin, llegó al término de la rampa y se adentró por un puente del mismo material, que conducía por encima del pozo deslumbrante hasta un arco que despedía una luz azul constante.

Cruzó el puente con cautela y, con idéntica precaución, pasó bajo el arco. Allí todo estaba teñido de azul, incluso él mismo; dio unos pasos y el azul se hizo más y más intenso conforme

avanzaba.

La *Tormentosa* empezó entonces a emitir un murmullo y, advertido por la espada o por un sexto sentido propio, Elric se volvió hacia su derecha. Otro arco había aparecido allí y en él brillaba una luz roja tan intensa como la azul del anterior. Donde los dos colores se encontraban, se creaba un púrpura de fantástica riqueza y Elric experimentó al contemplarlo una atracción hipnótica similar a la que había percibido mientras ascendía la rampa. De nuevo, su mente se impuso y obligó a su cuerpo a pasar bajo el arco rojo. Al instante, otro arco apareció a su izquierda, despidiendo un rayo de luz verde que se fundía con la roja, y otro más a la izquierda de éste que emitía luz amarilla, y otro que aporta−ba una luz violeta, hasta que Elric pareció atrapado en aque−lla confusión de colores. Cortó los rayos con la *Tormentosa* y el fulgor negro de su hoja los redujo por un instante a me−ros hilillos de luz, que inmediatamente empezaron a recu−perar su anterior intensidad. Elric continuó su avance.

Ahora, asomando entre la confusión de colores, apare−ció una silueta que Elric creyó perteneciente a un hombre.

De hombre era su forma, pero no lo parecía su tamaño. Sin embargo, cuando la tuvo más cerca, comprobó que no se trataba de ningún gigante; de hecho, Elric le superaba en altura. Con todo, la figura daba la impresión de tener unas proporciones inmensas, de ser realmente un gigante y de que era Elric, más bien, quien había aumentado de tamaño hasta igualar sus proporciones.

La figura se lanzó contra Elric y pasó a través de él. Pero no era ella la intangible; fue Elric quien se sintió el fantasma. La masa de aquel ser parecía de una increíble densidad. Ahora estaba dándose la vuelta con unas manazas enormes extendidas hacia Elric y una mueca burlona en el rostro. El albino lanzó un golpe de la *Tormentosa* y comprobó con asombro que la espada mágica golpeaba al ser sin dejar la menor huella en su cuerpo.

Sin embargo, cuando las manos del ser se cerraron so−bre Elric, pasaron a través de él sin tocarle. Elric retrocedió con una sonrisa de alivio. A continuación, vio con cierto ho−rror que la luz brillaba a través de él. Había acertado: ¡Él era el fantasma!

El ser volvió a extender la mano hacia él para agarrarle, pero no encontró nada.

Seguro de no correr ningún peligro físico por parte del monstruo, pero muy consciente también de que su cordura podía quedar muy pronto afectada permanentemente. Elric dio media vuelta y huyó.

De pronto se encontró en un salón cuyos muros tenían los mismos colores inestables y cambiantes que el resto de lugar. Allí, sentado en una banqueta en el centro de la estan−cia y sosteniendo en las manos unas criaturas diminutas que parecían correr por su palma, había una figura menuda que alzó la vista hacia Elric y le sonrió alegremente.

-Bien venido, rey de Melniboné. ¿Qué tal está el gober−nante de mi raza terrestre favorita?

La figura iba vestida con brillantes telas multicolores. En la cabeza lucía una alta corona de púas, imitación jocosa de las que lucían los poderosos. Su rostro era anguloso y su boca, amplia.

-Saludos, Balo -Elric hizo una burlona reverencia-. Extraña hospitalidad la que me ofreces con tu acogida.

-¡Ja, ja...! Veo que no te ha gustado, ¿eh? Los hombres son mucho más difíciles de complacer que los dioses. Nadie lo pensaría, ¿verdad?

-Los placeres humanos rara vez son tan rebuscados. ¿Dónde está la reina Yishana?

-Permíteme tener también mis propios placeres, mor−tal. Aquí está, creo.

Balo señaló una de las pequeñas criaturas que tenía en la palma de la mano.

Elric dio un paso adelante y observó que, efectivamen−te, se trataba de Yishana. La reina estaba acompañada por bastantes de los soldados desaparecidos. Balo miró al albino y le guiñó un ojo.

-Reducidos a este tamaño, son mucho más fáciles de manejar -dijo.

-No lo dudo, aunque me pregunto si no seremos noso−tros los que hemos aumentado de tamaño, en lugar de ha−ber empequeñecido ellos...

-Eres muy astuto, mortal, pero ¿eres capaz de adivinar cómo ha sucedido tal cosa?

-Ha sido esa creación tuya de ahí, tus pozos y arcos y colores. De algún modo, ejercen un efecto sobre... ¿sobre qué?

-Sobre la masa, rey Elric. Pero son conceptos que no entenderías. Incluso los Señores de Melniboné, los más inteligentes y parecidos a los dioses de entre todos los morta−les, sólo han aprendido a manipular los elementos a base de ritos, invocaciones y hechizos, pero nunca han llegado a comprender lo que estaban manipulando; en esto les aven−tajan todos los Señores de los Mundos Superiores, por gran−des que sean las diferencias entre ellos.

-Pero yo he sobrevivido sin necesidad de hechizos. He sobrevivido gracias a haber disciplinado mi mente.

-Es cierto que eso ha contribuido, pero estás olvidan−do tu ventaja más notable: esa perturbadora espada que em−puñas. La utilizas para que te ayude en tus pequeños proble−mas y no te das cuenta de que es como utilizar una podero−sa galera de combate para pescar un arenque. ¡Esa espada significa poder en todos los planos, rey Elric!

-Sí, tal vez sea así, pero eso no me interesa ahora. ¿Por qué has venido aquí, Balo?

Su interlocutor soltó una risita sonora y musical.

-¡Oh!, he caído en desgracia. Me he peleado con mis amos, que se tomaron a mal una broma mía sobre su egoís−mo y su insignificancia, sobre su destino y su orgullo. Ellos, rey Elric, consideran de pésimo gusto cualquier referencia a su mala memoria. Hice una broma al respecto y he tenido que huir de los Mundos Superiores a la Tierra, donde los Se−ñores del Orden y del Caos apenas pueden intervenir, a me−nos que sean invocados. Como buen melnibonés que eres, Elric, te gustarán mis planes: tengo intención de establecer mi propio reino en la Tierra: el reino de la Paradoja. Una parte de Orden, otra de Caos; un reino de opuestos, de cu−riosidades y de bromas.

-Creo que ya tenemos un mundo como el que estás des−cribiendo, Balo, sin necesidad de que tú vengas a crearlo.

-Es una buena ironía, rey Elric, oír esas palabras en boca de un melnibonés. Los melniboneses son famosos por su indiferencia.

-Tal vez sea así, pero en ocasiones como ésta me vuel−vo muy terco y no atiendo a razones. ¿Nos liberarás a mí y a Yishana?

-Pero tú y yo somos gigantes, pues te he proporciona−do la condición y la apariencia de un dios. Tú y yo podría−mos ser socios en esta empresa que he mencionado.

-Por desgracia, Balo, yo no poseo tu capacidad para el humor y no me siento preparado para desempeñar un papel tan exaltado. Los Señores de los Mundos Superiores no se mantendrán de brazos cruzados ante ese ambicioso proyec−to tuyo, puesto que parece estar en abierto conflicto con sus planes para mi mundo.

Balo soltó una carcajada pero no dijo nada.

Elric sonrió también, pero su mueca sólo pretendía en−mascarar sus desbocados pensamientos.

-¿Qué te propones hacerme si me niego?

-¡Vamos, Elric, seguro que no te negarás! Se me ocu−rren muchas travesuras que podría empezar a hacerte si...

-¿De veras? ¿Y la Espada Negra?

-Ah, sí...

-Balo, tu euforia y tus obsesiones te han llevado a no tener en cuenta todos los detalles. Deberías haberte esfor−zado más para derrotarme antes de que llegara ante ti.

Tras estas palabras, Elric lanzó una mirada flameante y alzó la espada con un grito:

-¡Arioco, mi señor! ¡Yo te invoco, Señor del Caos!

-¡No sigas con eso, rey Elric! -se apresuró a decir Balo.

-¡Arioco, aquí tengo un alma que ofrecerte!

-¡Cállate, he dicho!

-¡Arioco! ¡Escúchame!

La voz de Elric era potente y desesperada. Balo dejó caer al suelo las cositas con las que estaba ju−gando y se puso en pie rápidamente, avanzando hacia Elric.

-¡Tu invocación no ha sido escuchada! -exclamó con una carcajada mientras extendía las manos hacia Elric.

Sin embargo, la *Tormentosa* emitió un gemido y se es−tremeció bajo el puño de Elric. Balo retiró la mano y en su rostro apareció una expresión seria y ceñuda.

-¡Arioco de las Siete Oscuridades, tu siervo te llama!

Las paredes de llamas empezaron a temblar y a desvane−cerse. Balo abrió los ojos como platos y volvió la cabeza a un lado y a otro.

-¡Oh, señor Arioco! ¡Ven a recuperar a tu extraviado Balo!

-¡No puedes hacer eso! -gritó Balo, retirándose rápi−damente de una zona del salón donde las llamas se habían difuminado por completo, dejando a la vista un vacío en la oscuridad más completa.

-Por desgracia para ti, pequeño bufón, sí que puede...

La voz que así habló sonaba sardónica y, a la vez, hermo−sa. De la oscuridad surgió una figura alta y solemne en lugar del ser informe y monstruoso que, hasta entonces, había sido la manifestación empleada por Arioco cuando visitaba el plano de la Tierra. La gran belleza del recién llegado, lle−na de una especie de compasión mezclada con orgullo, crueldad y tristeza, dejaba patente desde el primer momen−to, sin embargo, que no podía ser humana. El ser iba vestido con un jubón de un escarlata pulsante y calzones de tonos cambiantes, y portaba al cinto una larga espada dorada. Te−nía unos ojos grandes, pero rasgados hacia arriba, el cabello largo y tan dorado como la espada, los labios carnosos y el mentón afilado, igual que las orejas.

-¡Arioco!

Balo retrocedió tambaleándose mientras el Señor del Caos avanzaba.

-Ha sido un error por tu parte -murmuró Elric a la es−palda del bufón-. ¿No te has dado cuenta de que sólo los reyes de Melniboné pueden invocar a Arioco y traerle al plano de la Tierra? Éste ha sido el privilegio de mi estirpe desde tiempos ancestrales.

-Y mucho han abusado de él - añadió Arioco con una leve sonrisa, mientras Balo se encogía de temor al escuchar−le-. Sin embargo, Elric, este servicio que nos has prestado compensará el mal uso que haya podido hacerse hasta hoy. No me divirtió nada lo del Gigante de la Niebla...

También Elric sentía un temor respetuoso ante la pre−sencia, increíblemente poderosa, del Señor del Caos. Tam−bién se sentía muy aliviado, pues no había estado seguro de poder lograr que Arioco respondiera a su invocación.

El Señor del Caos extendió una mano hacia Balo y levan−tó por el cuello de la blusa al bufón hasta que le tuvo deba−tiéndose y dando sacudidas en el aire, con el rostro crispa−do de miedo y consternación.

Arioco tomó entre las manos la cabeza de Balo y la com−primió. Sorprendido, Elric observó como la cabeza empeza−ba a reducirse de tamaño. Arioco tomó entonces las piernas de Balo y las dobló, aplastando al bufón y amasándole luego entre sus delicadas manos no humanas, hasta que Balo no fue más que una pequeña bola compacta. A continuación, el Señor del Caos se introdujo la bola en la boca y se la tragó.

-No me lo he comido, Elric -explicó con otra débil sonrisa-. Es sólo la manera más fácil de transportarle de vuelta a los reinos de los que procede. Ha transgredido las normas y será castigado. Todo esto -añadió, moviendo la mano para señalar el conjunto de la ciudadela- es muy lamentable y contradice los proyectos que nosotros, los Señores del Caos, tenemos para la Tierra. Unos planes en los que tú, nuestro siervo, participarás y que te harán po−deroso.

-Me siento honrado, mi señor Arioco -respondió Elric dirigiendo una reverencia a su dios protector-, aunque no deseo ningún favor.

La voz argentina de Arioco perdió parte de su belleza y su expresión pareció nublarse por un instante.

-Estás obligado por juramento a servir al Caos, Elric, igual que tus antepasados. ¡Y cumplirás con tu obligación! Se acerca el momento en que el Orden y el Caos combati−rán por el dominio de la Tierra... ¡y el Caos se impondrá! La Tierra será incorporada a nuestro plano y tú entrarás a for−mar parte de la jerarquía del Caos. ¡Serás inmortal como no−sotros!

-La inmortalidad no representa gran cosa para mí, se−ñor Arioco.

-¡Ah, Elric! ¿Acaso los hombres de Melniboné se han vuelto como esos medio simios que dominan ahora la Tie−rra con sus insignificantes «civilizaciones»? ¿No eres mejor, acaso, que esos advenedizos de los Jóvenes Reinos? ¡Piensa en lo que te ofrezco!

-Lo haré, mi señor, cuando llegue el momento del que hablas -respondió Elric, con la cabeza agachada todavía.

-Desde luego que sí. -Arioco alzó los brazos y aña−dió-: Ahora, antes de devolver este juguete de Balo al pla−no al que pertenece, corregiré los problemas que ese bufón ha causado, para que nuestros adversarios no descubran ningún rastro de nuestras intenciones antes del momento oportuno.

La voz de Arioco subió de volumen como si un millón de campanas de bronce repicara a la vez, y Elric tuvo que envainar la espada y llevarse las manos a los oídos para ali−viar el dolor que producía.

Entonces, Elric notó que su cuerpo parecía hacerse jiro−nes, hincharse y estirarse hasta no ser

más que humo dis−persándose en el aire. A continuación, rápidamente, el humo empezó a concentrarse otra vez, a hacerse más y más denso y Elric se sintió ahora como si estuviera encogiendo. A su alrededor había bancos de color, destellos y ruidos indes−criptibles. Tras esto, se hizo una inmensa oscuridad y Elric cerró los ojos para no ver las imágenes que parecían refle−jarse en la negrura.

Cuando los abrió, se encontró en el valle. La ciudadela había desaparecido y sólo Yishana y algunos de los solda−dos, de aspecto sorprendido, aparecían cerca de él. Yishana corrió a su lado.

-Elric..., ¿has sido tú quien nos ha salvado?

-Sólo debo atribuirme parte del mérito -respon−dió él.

-Aquí no están todos mis soldados -añadió la reina tras echar un vistazo a los hombres-. ¿Dónde están los de−más? ¿Y los campesinos raptados?

-Si Balo tiene los mismos gustos que sus amos, me temo que ahora tengan el honor de formar parte de un se−midiós. Los Señores del Caos no son comedores de carne, por supuesto, ya que pertenecen a los Mundos Superiores, pero encuentran en el hombre algo que les complace sabo−rear...

Yishana se apretó el cuerpo con los brazos como si tu−viera frío.

-¡Balo era enorme...! No puedo creer que esta ciudade−la fuera capaz de albergar su mole.

-La ciudadela era mucho más que una morada, evi−dentemente. No sé cómo, pero cambiaba de forma, de ta−maño... y otras cosas que no sé describir. Arioco se la ha llevado junto con Balo al plano donde todos ellos deben estar.

-¿Arioco? ¡Pero si es uno de los Seis Máximos! ¿Cómo ha podido acudir a la Tierra?

-Por un viejo pacto que hicieron con mis antepasa−dos lejanos. Invocándole, le permitían pasar un breve lap−so de tiempo en nuestro plano de existencia y él les re−compensaba con algún que otro favor. Eso fue lo que su−cedió.

-Vámonos, Elric -dijo ella tomándole del brazo-. Alejémonos del valle.

Elric se sentía debilitado por el esfuerzo realizado para conjurar a Arioco y por las penalidades que había experimentado antes y durante el episodio. Apenas podía cami−nar, y pronto fue Yishana quien le sostuvo mientras avan−zaban lentamente, seguidos por los desconcertados sol−dados, hacia el pueblo más próximo donde podrían des−cansar y conseguir caballos que les llevaran de regreso a Dhakos.

Cuando pasaban tambaleándose junto a las ruinas de Thokara, Yishana levantó de pronto la mano hacia el cielo señalando algo.

-¿Qué es eso?

Una criatura de gran tamaño volaba hacia ellos batiendo sus alas. Tenía el aspecto de una mariposa, aunque con unas alas tan enormes que ocultaban el sol.

-¿Puede ser alguna criatura que Balo haya dejado en este plano? -preguntó la mujer.

-Es muy probable -replicó él-. Eso tiene el aspecto de un monstruo conjurado por un hechicero humano.

-¡Theleb K'aarna!

-Esta vez se ha superado a sí mismo -comentó Elric con tono burlón-. No le creía capaz de algo semejante.

-¡En su venganza contra nosotros, Elric!

-La idea parece razonable. Pero estoy débil, Yishana, y la *Tormentosa* necesita almas, si he de servirme de ella para recuperar las fuerzas.

El albino estudió con mirada calculadora a los soldados que, detrás de él, contemplaban boquiabiertos a la criatura que se aproximaba. Ahora podía apreciarse que ésta tenía las formas de un ser humano con el cuerpo cubierto de pe–los o plumas de los colores del pavo real.

La criatura descendía surcando el aire con un silbido; sus alas, de más de quince metros, empequeñecían los más de dos metros que medía el cuerpo. De su cabeza surgían dos cuernos retorcidos y sus brazos terminaban en dos grandes zarpas.

-¡Estamos perdidos, Elric! -exclamó Yishana.

La reina vio que varios soldados salían huyendo y les gri–tó que regresaran. Elric se quedó inmóvil donde estaba, consciente de que no podría derrotar sin ayuda a aquella criatura alada.

-Será mejor que huyas con ellos, Yishana -murmu–ró-. Creo que ese ser se contentará conmigo.

-¡No!

El albino no atendió a la súplica y se adelantó hacia la criatura cuando ésta se posó en tierra y empezó a deslizarse por el suelo en dirección a él. Desenvainó una apaciguada *Tormentosa,* que le pesó en la mano. Un poco de energía fluyó por su brazo, pero fue insuficiente. La única esperanza de Elric era conseguir una buena estocada en las partes vita–les de la criatura y absorber de ésta una parte de su energía vital.

La voz de la criatura hendió el aire con un aullido y su rostro, extraño y desquiciado, adoptó una mueca horrible al acercarse al albino. Elric apreció entonces que aquel ser no era en realidad un habitante sobrenatural de los mundos inferiores, sino una criatura que había sido humana y a la que Theleb K'aarna había transformado mediante sus cono–cimientos de hechicería. Por lo menos, aquello significaba que la criatura era mortal y que sólo tendría que derrotar su fuerza física. De haber estado en mejores condiciones, no le habría costado gran cosa deshacerse de ella, pero ahora...

Las alas batieron el aire al tiempo que las zarpas de sus manos le agarraban. Elric asió la *Tormentosa* con ambas manos y dirigió la hoja hacia el cuello del monstruo. Este plegó las alas rápidamente para protegerse y la *Tormentosa* quedó enredada en su carne extraña y pegajosa. Una zarpa alcanzó el brazo del albino, desgarrando sus músculos hasta el hueso. Elric lanzó un aullido de dolor y extrajo la espada del ala cerrada.

Trató de afirmar los pies en el suelo para lanzar otro gol–pe, pero el monstruo le asió por el brazo herido y empezó a arrastrarle hacia su cabeza -ahora agachada- y hacia los cuernos que surgían de ella, enroscándose.

Elric luchó desesperadamente, descargando golpes de espada en los brazos de la criatura con las fuerzas que le daba sentirse amenazado de muerte.

En ese instante, escuchó un grito detrás de él y vio por el rabillo del ojo a una figura que

saltaba hacia adelante con una espada reluciente en cada mano. Las espadas hirieron las garras del monstruo y éste, con un alarido, se volvió ha–cia el aspirante a salvador de Elric.

Se trataba de Moonglum. Elric cayó hacia atrás respiran–do entrecortadamente mientras observaba a su amigo el pe–lirrojo enfrentándose al monstruo.

Pero Moonglum no tenía posibilidades de sobrevivir mucho tiempo, a menos que recibiera ayuda.

Elric se devanó los sesos buscando algún conjuro que les pudiera ayudar pero, incluso si lo encontraba, estaba de–masiado débil y no podría reunir la energía necesaria para convocar la ayuda sobrenatural.

Y entonces le vino a la cabeza la solución: ¡Yishana! La mujer no estaba tan agotada como él. Pero ¿sería capaz de hacerlo?

Se volvió mientras el aire gemía bajo el batir de las alas de la criatura. Moonglum sólo estaba consiguiendo a duras penas mantenerla a distancia y las dos espadas se movían como centellas en sus manos, parando todos los esfuerzos del monstruo por ensartarle con sus zarpas.

-¡Yishana! -gritó el albino.

La mujer se acercó hasta él y le tomó de una mano.

-Escapemos, Elric... Tal vez podamos ocultarnos de ese ser.

-No -replicó él-. Tengo que ayudar a Moonglum. Es–cucha, te das cuenta de lo desesperado de nuestra situa–ción, ¿verdad? Entonces, tenlo en cuenta mientras recitas este hechizo conmigo. Tal vez juntos lo consigamos. Por es–tas tierras tiene que haber muchas especies de lagartos, ¿me equivoco?

-En efecto, abundan estos animales.

-Entonces, fíjate bien en lo que tienes que decir... y re–cuerda que, si no tenemos éxito, todos moriremos bajo el ataque de ese monstruo enviado por Theleb K'aarna.

En los inframundos donde habitaban los arquetipos de todas las criaturas terrenas distintas del hombre, una entidad se desperezó al escuchar su nombre. Esa entidad tenía por nombre Haaashaastaak y era escamosa y fría, carente de inteligencia como la que poseían hombres y dioses, pero dotada de una conciencia que le servía tan bien como aqué–lla, si no mejor. La entidad era hermana, en aquel plano, de otras como Meerclar, Señor de los Gatos, Roofdrak, Señor de los Perros, Nuru–ah, Señor del Ganado y muchísimas otras. Haaashaastaak era el Señor de los Lagartos. Su con–ciencia no captó las palabras en el sentido exacto, pero cap–tó unos ritmos que tenían un gran significado para él, aun–que ignoraba por qué. Aquellos ritmos se repitieron una y otra vez, pero parecían demasiado débiles para merecer su atención. Se desperezó y bostezó, pero continuó sin hacer nada.

Haaashaastaak, Señor de los Lagartos,
tus hijos fueron padres de los hombres.
¡Haaashaastaak, Príncipe de los Reptiles,
ven ahora en auxilio de tu nieto!

Haaashaastaak, Padre Escamoso,
engendrador de la vida de sangre fría...

Era una escena extraña, con Elric y Yishana entonan–do desesperadamente el hechizo una y otra vez mientras Moonglum seguía luchando, perdiendo fuerzas lentamente.

Haaashaastaak se estremeció y su curiosidad creció. Los ritmos no aumentaban de intensidad, pero parecían más in–sistentes. Decidió viajar al lugar donde vivían las criaturas sobre las que tenía autoridad. Sabía que si respondía a los ritmos, se vería obligado a obedecer a quien los estuviera produciendo. Naturalmente, aquella entidad del inframundo no era consciente de que tales decisiones le habían sido implantadas en una era muy remota, antes de la creación de la Tierra, cuando los Señores del Orden y del Caos, que por aquel entonces habitaban un solo plano y

se conocían por otro nombre, habían supervisado la formación de las cosas y habían establecido la manera en que debían comportarse, guiándose para su gran edicto por la voz del Equilibrio Cós−mico..., una voz que no había vuelto a hablar desde entonces.

Con cierta pereza, Haaashaastaak se dirigió hacia la Tierra.

Elric y Yishana aún seguían su cántico con voces roncas, cuando el Señor de los Lagartos hizo su brusca aparición. Tenía el aspecto de una iguana enorme, sus ojos eran multi−colores como un montón de joyas talladas y sus escamas pa−recían de oro, plata y otros metales valiosos. Los perfiles de su cuerpo eran ligeramente borrosos, como si hubiera traí−do con él una parte del ambiente en el que vivía.

Yishana emitió una exclamación, y Elric exhaló un pro−fundo suspiro. Siendo niño había aprendido los idiomas de todos los Señores de los Animales, y ahora tenía que recor−dar el sencillo lenguaje de Haaashaastaak, Señor de los La−gartos.

La necesidad iluminó su cerebro y las palabras surgie−ron de pronto en sus labios.

- *¡Haaashaastaak* -gritó, señalando a la criatura alada que les atacaba-, *mokik ankkuh!*

El Señor de los Lagartos volvió sus ojos rutilantes hacia la criatura y disparó repentinamente su gran lengua, enros−cándola en torno al monstruoso ser, que lanzó un chillido de terror al verse arrastrado hacia las enormes fauces del la−garto. Brazos y piernas se agitaban frenéticamente cuando la boca se cerró, engulléndolo. Con varios movimientos espasmódicos, Haaashaastaak terminó de tragarse la gran creación del brujo Theleb K'aarna. A continuación, el Señor de los Lagartos movió la cabeza a un lado y otro durante unos instantes y desapareció.

El dolor empezó a adueñarse del brazo herido de Elric, mientras Moonglum se acercaba a él tambaleándose, con una sonrisa de alivio.

-Os seguí a distancia como me pediste -explicó el hombrecillo-, ya que sospechaba que Theleb K'aarna podía traicionaros. Luego le vi volver solo y le seguí hasta una cue−va de aquellas colinas de allá -indicó-. Pero cuando el di−funto -continuó, con una risa trémula- salió de la cueva y abrió las alas, decidí que era mejor perseguir a ese monstruo, pues tuve la impresión de que se dirigía hacia vosotros.

-Me alegro de que fueras tan astuto -declaró Elric.

-En realidad, el mérito es tuyo -replicó Moonglum-. Porque, si no hubieras previsto la traición de Theleb K'aar−na, yo no habría estado aquí en el momento oportuno.

De repente, Moonglum cayó derrumbado sobre la hier−ba, quedó tendido de espaldas, lanzó una nueva sonrisa y perdió el sentido.

Elric también se sintió mareado.

-Creo que, de momento, no debemos temer nuevas sorpresas por parte de ese hechicero tuyo, Yishana -dijo a ésta-. Descansemos un rato aquí y refresquémonos. Quizá más tarde tus cobardes soldados empiecen a regresar y po−damos enviarles a algún pueblo a buscar caballos.

Los dos se tendieron en el prado y, abrazados, se queda−ron dormidos.

Elric mostró su asombro al despertar en una cama cálida y mullida. Abrió los ojos y vio a Yishana y a Moonglum que le sonreían.

-¿Cuánto tiempo llevo aquí?

-Más de dos días. No despertaste cuando llegaron los caballos, de modo que hicimos preparar una camilla a los soldados para trasladarte hasta Dhakos. Ahora estás en mi palacio.

Elric movió con cautela el brazo herido, que tenía ven−dado y rígido. Aún le dolía.

-¿Mis cosas siguen todavía en la posada?

-Puede ser, si no las han robado. ¿Por qué?

-Tengo allí una bolsa con hierbas que me curarían el brazo rápidamente y que también me proporcionarían un poco de fuerzas, que necesito terriblemente.

-Iré a ver si todavía está todo -dijo Moonglum, desa−pareciendo de la estancia al momento.

Yishana acarició el cabello de Elric, blanco como la leche.

-Tengo mucho que agradecerte, lobo -murmuró la mujer-. Has salvado mi reino..., tal vez todos los Jóvenes Reinos. A mis ojos, estás redimido de la muerte de mi her−mano.

-¡Oh, señora, muchas gracias! -replicó él con un tono de ironía.

-¡Sigues siendo un melnibonés! -rió Yishana.

-Sí, sigo siéndolo.

-Eres una extraña mezcla, sin embargo. Sensible y cruel, sardónico y leal a tu pequeño amigo, Moonglum. Tengo ganas de conocerte mejor.

-En cuanto a eso, no estoy seguro de si tendremos oca−sión.

La reina le lanzó una mirada inquisitiva y preguntó:

-¿Porqué?

-Ese resumen de mi carácter que acabas de hacer esta−ba incompleto, reina Yishana; deberías haber añadido «des−preocupado del mundo... y, sin embargo, vengativo». Deseo cobrarme venganza de tu brujo doméstico.

-Pero si tú mismo dijiste que había dejado de ser un peligro, por el momento...

-Escucha, Yishana, como has señalado, sigo siendo un melnibonés. ¡Mi sangre arrogante clama venganza a ese ad−venedizo!

-Olvida a Theleb K'aarna. Haré que mis Leopardos Blancos le den caza y te aseguro que ni su magia le salvará de esos salvajes.

-¿Olvidarle? ¡Oh, no!

-Elric, Elric, te daré mi reino, te proclamaré rey de Jharkor, si me dejas ser tu consorte.

Elric extendió su mano sana y acarició el brazo desnudo de la reina.

-No eres nada realista, Yishana. Una decisión como ésa provocaría una rebelión unánime en tu tierra. Para tu pue−blo, sigo siendo el traidor de Imrryr.

-Ya no... Ahora eres el héroe de Jharkor.

-¿Cómo es eso? Tu gente no ha conocido el peligro que corría y, por tanto, no sienten ninguna gratitud. Lo mejor será que salde mi deuda con ese hechicero tuyo y luego siga mi camino. Las calles ya deben estar llenas de rumores sobre si has llevado a tu cama al asesino de tu hermano. No debes gozar de mucha popularidad entre tus súbditos, majestad.

-No me importa.

-Te importará cuando los nobles lleven al pueblo a la insurrección y te crucifiquen desnuda en la plaza mayor.

-Veo que conoces nuestras costumbres.

-Los melniboneses somos un pueblo culto y refinado, reina.

-Versados en todas las artes.

-En todas ellas.

De nuevo, Elric notó que la sangre le circulaba muy de prisa cuando la mujer se levantó y cerró la puerta con llave. En aquel momento, no sentía necesidad de las hierbas que Moonglum le había ido a buscar.

Esa noche, cuando salió de puntillas de la alcoba, Elric encontró a Moonglum esperando pacientemente en la ante−cámara. Moonglum le mostró la bolsa de hierbas con un guiño. No obstante, Elric no estaba de humor. Sacó unas briznas de hierba de la bolsa y seleccionó las que necesita−ba. Moonglum hizo una mueca mientras contemplaba a El−ric mascar y tragar la pócima. A continuación, abandonaron juntos el castillo a hurtadillas.

Con la *Tormentosa* al cinto y a lomos de su montura. El−ric cabalgó un poco por detrás de Moonglum mientras éste abría la marcha hacia las montañas de más allá de Dhakos.

-Si conozco a los hechiceros de Pan Tang -murmuró el albino-, Theleb K'aarna debe estar más agotado de lo que me encontraba yo. Con un poco de suerte, le sorpren−deremos dormido.

-En tal caso, yo esperaré a la entrada de la cueva -su−girió Moonglum, quien tenía ya cierta experiencia acerca de las venganzas de Elric y prefería no asistir a la muerte lenta de Theleb K'aarna.

Se lanzaron al galope hasta alcanzar las colinas y Moon−glum guió a Elric hasta la boca de la caverna.

El albino saltó del caballo y se internó en la cueva sin ha−cer ruido, con la espada mágica preparada.

Moonglum aguardó con nerviosismo los primeros gri−tos de Theleb K'aarna, pero no escuchó ninguno. Siguió es−perando hasta que el alba trajo las primeras luces difusas y, entonces, con el rostro helado de rabia, Elric saltó de la cueva, asió las riendas del caballo con furia y montó de un salto.

-¿Estás satisfecho? -preguntó Moonglum, titubeante.

-¿Satisfecho? ¡No! ¡Ese perro ha desaparecido!

-¿Desaparecido...? Pero...

-Era más listo de lo que yo había creído. Hay varias cuevas ahí dentro y le he buscado en todas ellas. En la más profunda he descubierto restos de inscripciones mágicas en las paredes y en el suelo. Nuestro amigo se ha transportado a alguna parte y no he podido descubrir adonde, a pesar de que he descifrado la mayor parte de las inscripciones. Tal vez haya ido a Pang Tang.

- ¡Ah! Entonces, nuestra cacería ha sido en vano. Regre−semos a Dhakos y disfrutemos un poco más de la hospitali−dad de Yishana.

-No. Nos vamos a Pan Tang.

-Pero, Elric, los brujos hermanos de Theleb K'aarna tienen allí su guarida. ¡Y Jagreen Lern, el teócrata, no permi−te visitantes!

-No importa. Quiero dejar terminado mi asunto con Theleb K'aarna.

-¡No tienes ninguna prueba de que esté allí!

-¡No importa!

Y un instante después, Elric espoleaba su caballo cabal−gando como un hombre poseído o como si huyera de un te−rrible peligro..., y quizá estuviera, en efecto, poseído y hu−yendo. Moonglum no le siguió en seguida, sino que obser−vó, pensativo, a su amigo que se alejaba al galope. Poco acostumbrado a introspecciones, el hombrecillo se pregun−tó si Yishana no habría afectado al albino más de lo que éste deseaba. Dudo de que vengarse de Theleb K'aarna hubiera sido la principal razón para la negativa de Elric al volver a Dhakos.

Por fin, se encogió de hombros e hincó los talones en los ijares del caballo, apresurando la marcha para alcanzar a Elric. Mientras llegaba el frío amanecer, se preguntó si real−mente seguirían hacia Pan Tang una vez Dhakos quedara su−ficientemente atrás.

Pero en la cabeza de Elric no había ahora pensamientos; tan sólo las emociones le inundaban. Unas emociones que no deseaba analizar.

Siguió cabalgando con sus níveos cabellos agitados por el viento a su espalda y una expresión de seriedad en su ros−tro hermoso, lívido como un cadáver, sujetando con fuerza las riendas del semental entre sus manos largas y delgadas. Únicamente sus extraños ojos carmesíes reflejaban el dolor y el conflicto que se agitaban dentro de él.

Aquella mañana, en Dhakos, otros ojos habían reflejado también la pena, aunque no por mucho tiempo. Yishana era una reina pragmática.

ÍNDICE

Prólogo
El sueño de Aubec 7

Libro primero
La Ciudad de Ensueño 25

Libro segundo
Mientras los dioses ríen 65

Libro tercero
La ciudadela cantante 107

NOTA ACERCA DEL AUTOR

Michael Moorcock (1939), el más polifacético *de* los escritores ingleses contemporáneos, ha alcanzado la celebri−dad literaria por dos caminos diferentes, en ambos con efec−tos revolucionarios. Dirigió la revista *New Worlds* desde el número 142 (mayo/junio 1964) hasta el 201 (marzo 1971), gestando desde sus páginas el movimiento literario que se conoció como *New Wave,* el más influyente que puede re−cordar la ciencia ficción moderna. Como autor, con una obra prolífica en los campos de la ciencia ficción y la fantasía, ha llegado a convertirse en una de las firmas más populares del mundo por su creación del *Multiverso,* escenario en el que discurren numerosos ciclos de novelas, entre las que existen constantes referencias cruzadas que les confieren una com−plejidad global extraordinaria, sólo comparable, dentro de la narrativa fantástica, al *Gran Ciclo* de H. Rider Haggard.

Hacer una bibliografía del autor es una tarea imposible pero, ampliando la que aparece en el número 19 de la colec−ción Fantasy, podría ser ésta (los títulos y fechas indicados corresponden a la última versión registrada de las obras. Cuando un cambio de título no viene acompañado de una re−visión del manuscrito, se mantiene el año original):

CICLOS FUNDAMENTALES DE FANTASÍA

Erekosé:

1970 - *The Eternal Champion (El Campeón Eterno,* Ed. Martínez Roca, col. Fantasy núm. 4, Barcelona, 1985)
- *Phoenix in Obsidian*
1987 - *The Dragon in the Sword*
1973 - *The Champion of Garathorn*
1975 - *The Quest for Tanelorn*

Elric de Melniboné:

1972 - *Elric of Melniboné (Elric de Melniboné,* Ed. Martí−nez Roca, col. Fantasy núm. 11, Barcelona, 1986)
1976 - *The Sailor on the Seas of Fate (Marinero de los mares del destino,* Ed. Martínez Roca, col. Fantasy núm. 19, Barcelona 1988)
1977 - *The Weird of the White Wolf (El misterio del lobo blanco,* Ed. Martínez Roca, col. Fantasy núm. 24, Barcelona, 1989)
1970 - *The Vanishing Tower* (Ed. Martínez Roca, en pre−paración)
1977 - *The Bane of the Black Sword* (Ed. Martínez Roca, en preparación)
- *Stormbringer* (Ed. Martínez Roca, en preparación) 1989
- *The Fortress of the Pearl* (Ed. Martínez Roca, en preparación)

Corum (ciclo de las espadas):

1971 - *The Knight of the Swords (El Caballero de las Es−padas,* Ed. Miraguano, col. Futurópolis núm. 8, Ma−drid, 1988)
- *The Queen of the Swords (La reina de las Espadas,* Ed. Miraguano, col. Futurópolis núm. 9, Madrid, 1988)
- *The King of the Swords (El Rey de las Espadas,* Ed. Miraguano, col. Futurópolis núm. 10, Madrid, 1988)

Corum Jhaelen Irsei:

1973 - *The Bull and the Spear*
- *The Oak and the Ram*
1974 - *The Sword and the Stallion*

Dorian Hawkmoon:

1977 - *The Jewel in the Skull* («La joya en la frente», en *El Bastón Rúnico,* Ed. Martínez Roca, col. Gran Fantasy, Barcelona, 1989)
- *The Mad God's Amulet* («El amuleto del dios Loco», en *El Bastón Rúnico)*
- *The Sword of the Dawn* («La Espada del Amane−cer», en £7 *Bastón Rúnico)*
- *The Runestaff* («El Bastón Rúnico», en *El Bastón Rúnico)*

Conde Brass:

1973 - *CountBrass*
. *The Champion of Garathorn*
1975 - *The Quest for Tanelorn*

OTROS CICLOS

Jerry Cornelius:

1968 - *The Final Programme (El programa final,* Ed. Mi−notauro, Barcelona, 1979)
1971 - *A Cure for Cáncer*
1972 - *The English Assassin*
1977 - *The Condition of Muzak*
relacionados:
1976 - *The Lives and Times of Jerry Cornelius,* relatos
- *The adventures of Una Persson and Catherine Cornelius*

Bailarínes del Fin del Tiempo:

1972 - *An Alien Heat*
1974 - *The Hollow Lands*
1976 - *The End of All Songs*
relacionados:
- *Legends of th eEnd of Time,* relatos
1977 - *The transformation of Miss Mavis Ming*

Oswald Bastable:

1971 - *The War Lord of the Air*
1974 - *The Land Leviathan*
1979 - *The Steel Tsar*

Karl Glogauer:

1969 - *Behold the Man* (Ed. Júcar, en preparación)
1972 - *Breakfast in the Ruins*

Serie de Marte:

1965 - *The City of the Beast*
- *The Lord of the Spiders*
- *The Masters of the Pit*

OTRAS OBRAS

1963 - *The Stealer of Souls,* relatos
1965 - *The Blood−Red Game*
- *The Fire Clown*
1966 - *The Shores of Death*